



# EL LUJO

Y

## SUS DESASTROSAS CONSECUENCIAS

MEMORIA PREMIADA

CON CARTA DE APRECIO POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS  
DE VALENCIA, EN EL CERTAMEN DE 1883

por el

Dr. D. FRANCISCO DE P. VILANOVA Y PIZCUETA

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE VALENCIA

LEMA.—*Non argentum,  
Sed frumentum,  
Peperit divitiam.*

### PRÓLOGO

**N**UNCA debe invocarse como mérito en un trabajo literario la precipitación con que está escrito, porque suele estribar la culpa de esta imperfección en el autor, que no se tomó el tiempo ó los datos suficientes para hacer una obra completa. Pero hay circunstancias que atenúan ó disculpan dicha manquedad, cual ocurre en el caso presente.

Esta modesta obrita, que alcanzó la alta é inmerecida honra de ser juzgada favorablemente por la Sociedad Económica Valenciana, aunque concebida y madurada mucho

tiempo antes, fué trasladada de la mente al papel en menos de un mes y dictada de viva voz y sin borrador de ninguna especie. Y no es que el autor quisiera alardear de una facilidad poco envidiable, sino que por causa de una equivocación relativa al plazo de admisión de las Memorias, el tiempo urgía y era muy triste desistir de un proyecto hacia el cual sentía verdadero cariño y una atracción irresistible.

Por eso se notan en la actual disertación faltas no pequeñas, tanto en lo relativo á su conveniente desarrollo, como en lo que respecta á la crítica y erudición, de que está despojada. Al darla ahora á luz podría, sin duda, modificar el plan antiguo y exornarla con modernas ilustraciones, pero me impide el hacerlo la consideración poderosa de que debo al público el trabajo sobre el lujo tal y como fué censurado por la docta corporación. Así que sólo me he limitado á dividirlo en capítulos y subdividirlo en párrafos, sustituyendo á la forma de discurso la de libro, menos fatigosa y más comprensible. Pido, pues, indulgencia para una Memoria que, exenta de citas bibliográficas y de filosofía trascendente, no tiene más valor que expresar mi opinión sobre un determinado punto económico.

## REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE VALENCIA.

Ilmo. Sr.: El tema que la reconocida competencia de V. S. Ilma. ha puesto á discusión bajo el título «El Lujo, sus desastrosas consecuencias en la sociedad, y singularmente en las clases menesterosas, medios de evitarlo,» con opción á los premios del presente año, ha llamado desde luego mi atención, y llevado de mi cariño á las cuestiones económicas y sociales, me propongo abordarlo, confiando más que en mis fuerzas, en la benevolencia de tan digno tribunal.

## CAPÍTULO PRIMERO

## PROBLEMAS SOCIALES

## § I.

La Filosofía y la Historia nos prestarán sus argumentos en el curso de esta disertación.

Siglo es este de transición y de lucha entre las más diversas tendencias y los más opuestos sistemas filosóficos. En especial el dogmaticismo creyente, inalterable como firme roca, y el racionalismo escéptico y ateo, mudable como las arenas del desierto, revistiendo múltiples formas, libran su ruda batalla secular con más encarnizamiento que nunca. La lucha y la incertidumbre se entronizan en las conciencias y dominan los corazones. No sabemos á qué atenernos, ni si el paso que damos es adelanto ó retroceso. Caminamos por entre las ruinas de las antiguas instituciones y no nos sentimos con valor suficiente para levantar los planos de las nuevas.

La existencia de Dios, del alma humana, la libertad individual y la vida futura, parecerán cuestiones sobrado metafísicas para preocupar la mente del estadista y del político, y sin embargo, trascienden mucho á la vida de los pueblos. Como que la solución favorable ó desfavorable de estos perpetuos problemas resolvería otros muchos, en especial, los que atañen al Derecho penal y á la Economía política.

Chócame mucho lo que ocurre en estos últimos tiempos con respecto á las antedichas entidades, por partir del falsísimo supuesto de atribuirles carácter negativo. Afírmase, por ejemplo, que el espíritu humano es sólo un concepto debido al atraso de la Medicina, que desaparecerá indudablemente cuando alcance aquélla el máximo de su desarrollo. Hácese algún descubrimiento fisiológico, una túnica ó membrana

del cerebro, un nervio más ó menos importante, un movimiento imperceptible en la masa encefálica, son sorprendidos por el experto observador, y crece por doquier la ansiedad, todos creen resuelto el problema. Mas he aquí que examinado con frialdad el asunto, resulta no alcanzar las proporciones que en un principio se le dió, ni satisfacer á los mismos materialistas, pues no explica lo inexplicable, que es la emisión del pensamiento. Vuelta, pues, otra vez á empezar la ingrata tarea de perseguir la rebelde y ansiada equis. ¿No es verdad que esto sería en demasía ridículo si no fuera tan doloroso?

Mas como quiera que este error ha contaminado á las escuelas idealistas, es preciso quitar el carácter negativo ó las verdades racionales, aunque sea bajo la fórmula infinita, y darles existencia positiva y real, fuera del alcance de los descubrimientos de las ciencias naturales y físico-químicas, con objeto de asentar sobre aquéllas las sólidas é inquebrantables bases del futuro edificio social.

## § II

Para el que hojea el libro de la Historia como mero entretenimiento, redúcese la urdimbre histórica á Reyes alzados y depuestos, batallas ganadas y perdidas, Imperios constituidos y derrocados en revuelta confusión de fechas; todo pasando ante la vista, como ilusión fantasmagórica. Pero para aquel que estudia los hechos históricos con más detención, que enlaza antecedentes y consiguientes, que se remonta á las causas y estudia los efectos, la Historia no es un relato novelesco. Los individuos y las sociedades no se mueven á impulsos de un resorte extraño cuya influencia desconocen, ni sus esfuerzos se agotan en la esterilidad, ni se pierden en el vacío. Obran con entera conciencia de la libertad de sus actos, cuyos resultados han de ser altamente beneficiosos ó por todo extremo perjudiciales.

El Derecho, la Religión, la Política y la Economía, nadie me negará que son los principales elementos que componen

la sociedad, y sin los cuales se hace imposible su existencia. Pues bien; la Historia es el palenque donde se han debatido tan altísimas instituciones, ansioso el hombre de saber los verdaderos principios que debieran informarlas.

Roma, el pueblo jurídico por excelencia, es el que trae á la vida, es decir, á la Historia, la noción más completa del Derecho que se conoce. Fundada dicha ciudad por un puñado de bandidos, la hez del Lacio, claro es que necesitaba una gran dosis de legalidad que sancionara su existencia. Rómulo, al constituir la como nación independiente, le dió una organización militar, que es la que más se aproxima á la jurídica, gracias á la cual pudieran sus sucesores realizar sus ensueños de dominación universal, la más larga y justificada que ha existido, pues se trataba de hacer partícipes á todos de las sabias instituciones de Roma. El Derecho, en esta ciudad restringido, receloso, hostil al extranjero en un principio, era patrimonio de unos pocos pertenecientes á la clase patricia; pero lenta y seguramente fué abriendo brecha en él el Derecho pretorio, hasta darle un carácter cosmopolita. Un imbécil tirano, el Emperador Caracalla, guiado por su desmedida codicia, y creyendo sólo acrecer los caudales del fisco, dió el golpe de muerte al antiguo Derecho, concediendo carta de ciudadanía á todos los súbditos del Imperio. El Derecho de gentes, que sustituyó al civil al perder éste la corteza del ritualismo, es el hoy adoptado generalmente por los pueblos civilizados.

### § III

La idea de Dios, como causa única de los fenómenos del orden material y suprasensible, y como supremo árbitro de nuestras acciones, es innata en el hombre, ya viva en el centro de las cavernas, ya habite en tiendas movibles ó se guarezca de la intemperie en suntuosas ciudades, ora vista con pieles de reno ó de lobo marino, ora se encubra con seda y con lana preparadas artísticamente. No hay lengua ni dialecto, por informe que sea, ni aun aquellos de las tribus salvajes de América que apenas llegan á contar el número doce, que

no tenga el nombre de Dios. Esto prueba la universalidad de dicha idea. Perdida casi del todo y corrompida la tradición paradisiaca, el mundo entero se entregó á un culto grosero y sensual, el politeísmo. Este reviste innumerables formas; en China, el sabeísmo ó religión de los astros; en la India, el panteísmo, que deifica la naturaleza; en Persia, el magismo ó culto del fuego; en Africa, el fetichismo asqueroso, dedicado á las plantas y animales, y en Grecia, al antropomorfismo, cuyo ídolo es el hombre.

Sólo el pueblo hebreo permaneció libre de estos extravíos; teniéndose como el escogido por Dios y mirando con horror la idolatría de sus vecinos, supo conservar incólume el principio monoteísta, apesar de su escasa importancia como nación.

Una, al parecer, insignificante reforma, una excisión del mosaísmo, como fué en sus comienzos la religión cristiana, había de traer al mundo consecuencias incalculables. Rompiéronse con mano vigorosa los estrechos moldes litúrgicos, y forzado tan poderoso dique, desbordóse la verdad religiosa á través de todos los pueblos, dejando de ser patrimonio exclusivo de un solo país. A la manera que el romano, enorgullecido con su calidad de *cives*, despreciaba al peregrino y aborrecía al bárbaro ó extranjero, el israelita, en su carácter de adorador del verdadero Dios, tenía en menos á los conversos de la Puerta y odiaba mortalmente á los gentiles. Jesucristo, creador de la nueva doctrina, reclutando sus prosélitos en las filas de los idólatras, demostró en religión lo que el Pretor romano en el Derecho; esto es, que la verdad es como la luz, que comunica su virtud sin perderla y que su fin es la universal difusión. Sigamos adelante en nuestro camino y veremos la marcha del progreso.

#### § IV

La política, que es la ciencia de gobernar á las naciones, ha tardado siglos y siglos en encontrar su panacea. Desde los más remotos tiempos observamos latente en la humani-

dad el concepto jurídico del Estado. Fórmase éste primero á imitación de la familia, de quien era continuación, adhiriéndosele después otros elementos extraños. La más antigua forma de Gobierno fué la tribu y su jefe el patriarca, ó sea el veterano de la más poderosa de las familias reunidas, contribuyendo á sostener dicha institución el ser mucho más frecuentes entonces que ahora los casos de asombrosa longevidad.

Multiplíquense las familias más tarde, y acosadas por necesidades nuevas, se separan para formar nuevos hogares, surge entre ellos la división, tal vez por causa de la propiedad de las tierras, y como consecuencia la lucha, desoídos por la tribu más fuerte los consejos del patriarca. Para acaudillar la pelea, ya no sirve éste por su edad ni por sus achaques; es menester nombrar un jefe joven y valeroso. Termina la guerra, y el mismo ascendiente que tuvo el adalid sobre sus soldados para vencer al enemigo, lo vuelve entonces contra los suyos para dominarlos, y lo que antes era institución transitoria y excepcional, como la dictadura romana, se convierte en normal y permanente. Esto se ve palpable en todos los pueblos. Nemrod, *robusto cazador, ante el Señor*, primer Rey de Asiria, los Jueces hebreos, desde Josué á Sansón, Rómulo en Italia, Codro en Atenas, Leonidas en Esparta, los primeros caudillos góticos y los primeros Reyes de la Reconquista española disfrutaron del gobierno como una investidura militar.

Entonces, como la guerra era casi continua y la paz el estado anormal, gobernaba el más fuerte; pero cuando á la lucha con las armas sucedió la intriga, gobernó el más hábil. Los sacerdotes y legisladores fueron los que aprovecharon el cambio y los que dieron á la monarquía ó al gobierno de una clase (república), más ó menos insignias y atributos, forma hereditaria y mayor estabilidad. Esto hizo Samuel en Judea, Numa Pompilio en Roma, Minos, Solón y Licurgo en Grecia y la casta sacerdotal en las seculares y nominales monarquías teocráticas del Egipto y la India. Ya vemos aquí manifiesto, tanto en estos últimos pueblos como en los de Grecia y algo más tarde en Roma, el gobierno de una clase

ó casta, llámese república aristocrática ó democrática, ó monarquía teocrática ó militar, sustituido el mando colectivo por el individual.

Todas estas ideas que apuntamos, por más que nos sean útiles, su importancia principal es bajo el punto de vista de la erudición, pues todos aquellos imperios, reinos y repúblicas, están muy lejos de nosotros para influir en nuestros destinos. Lo capital, lo importante, lo verdaderamente útil y necesario, es el estudio de la época de gestación de la era moderna, que se denomina Edad Media. Nada más embrollado y confuso que dicho período de eterna colisión entre los poderes sociales. De una parte la nobleza militar, el feudalismo compuesto de infinidad de señores dueños de tierras y castillos, uno de los cuales recibía el nombre de Rey, representando la fuerza bruta é ignorante; de otra parte, el clero, también con señorío jurisdiccional, representando la fuerza inteligente y paulatina. Más abajo, perdiéndose ya entre las sombras de la esclavitud, el pueblo menospreciado y zaherido y sobre quien caía todo el peso de gabelas y vejaciones. Y sin embargo, su existencia estaba animada por la fuerza viva más importante de la sociedad, cual es el trabajo. Él se abrirá camino.

Andando el tiempo, de los nobles arruinados por guerras ú orgías y sujetos al poder real y de los plebeyos enriquecidos con el sudor de su rostro, formóse una tercera clase intermedia entre las dos superiores y la inferior, que fué aumentando en categoría é importancia á medida que las otras se debilitaban con su lucha continua, y que era conocida en las Cortes con el nombre de brazo real ó de las villas y universidades. Esta fué la palanca poderosa de que se sirvió el Rey para consolidar su dominación, conteniendo las demasías de los grandes y las exorbitantes pretensiones del clero. El Rey fué, pues, al concluir aquella edad y comenzar la moderna, gracias á las perpetuas disensiones entre las diversas clases sociales, el árbitro y pacificador de sus discordias.

Los letrados influyeron no poco en esta exaltación de la dignidad regia, resucitando las obras del Derecho romano ce-

sáreo, en que tantas atribuciones se arrogaba el supremo Gerarca. Y esto se comprende muy bien. Los jurisconsultos pertenecían casi todos al brazo real, y conocían, en su claro talento, que era cien veces preferible la tiranía de uno solo á la tiranía de muchos. El clero también lo entendió así, y advirtiéndole que no podía atacar de frente á los Reyes, se puso á su lado declarándose su defensor acérrimo. De aquí todas las teorías sobre el derecho divino de aquéllos, de aquí el llamarlos ungidos del Señor y rodear de pompa litúrgica sus coronaciones.

Aplastado el poder de los nobles y quebrantado el de la Iglesia, quedábale al Rey domeñar el orgullo de los gremios y las ciudades, es decir, de aquel tercer brazo, que tan buen auxiliar le había sido. Hízolo así el Rey, y aquellas liberales Cortes, donde los procuradores (ó diputados) de la nobleza, el clero y las villas, le exponían sus quejas, proponiéndole medios acertados para la gobernación del reino, convirtieron-se en instrumento de tiranía, y si acaso se convocaban de tarde en tarde, era sólo para pedir subsidios. Harto cara pagaron las clases la protección que habían implorado de los Reyes, y bien pronto conocieron cuán dura era la ley que habían hecho necesaria con su poco juicio.

Así como en la naturaleza la electricidad se acumula y produce el rayo que todo lo aniquila, así, merced á sus desaciertos y abusos, fulminóse contra los Reyes el rayo de la revolución. Donde estalló primero con más fuerza, fué en Inglaterra, adquiriendo legalidad bajo el protectorado de Cromwell, y con el *Habeas Corpus* promulgado por Carlos II y adición ó complemento de la *Charta Magna libertatum*, arrancada por los Barones á Juan Sin Tierra. Vínose entonces á una transacción entre las clases sociales y las instituciones regias, productora de paz y felicidad para la nación inglesa, que vió engrandecida su marina, fomentada su industria, aumentado su comercio y ensanchadas considerablemente sus colonias. Había resuelto el problema político, que consiste en dar participación por igual en el gobierno á todas las clases sociales.

Pero esta solución estaba limitada á Inglaterra; era nece-

sario que á las demás naciones trascendiese su bondad. Tócole desempeñar este papel á la revolución francesa, mucho más sanguinaria que la inglesa y de consecuencias más grandes. A los derechos del ciudadano inglés sucedieron los derechos del hombre, proclamados por la Asamblea Constituyente francesa de 1789. A partir de esta fecha, todos los Códigos políticos de Europa se inspiran más ó menos directamente en el principio igualitario.

Mucha sangre costó esta reforma y no poca de ella inocente, pero es el destino de la Humanidad tener que marcar cruentamente sus huellas en el camino del progreso. También á los plebeyos romanos, para ganar á los patricios una línea de legalidad, les costó torrentes de sangre, y también los primeros cristianos derramaron la suya en testimonio de su fe.

Si quisiéramos constituirnos en defensores de determinadas ideas, diríamos que los anteriores progresos podían encerrarse en un triángulo en cuyos vértices se leyera las palabras *Libertad, Fraternidad é Igualdad*. La Libertad representada por el Derecho pretorio, la Fraternidad por la Religión de Cristo y la Igualdad por el Derecho público francés. Réstanos sólo la Justicia, que ha de ocupar el centro del triángulo. ¿Y quién podrá mejor significarla que el problema social?

## § V

Este sí que permanece insoluble como paréntesis no cerrado y equis no resuelta y reservada á las contingencias del porvenir. Varias escuelas económicas han planteado la palpitante cuestión social, singularmente la individualista y la socialista, proponiendo medios más ó menos acertados para cortarla en absoluto, ó por lo menos amenguar sus proporciones, sin haberlo conseguido nunca. Y esto consiste en que no es posible alcanzar la igualdad económica en la forma que la política, y aun siéndolo, produciría resultados desventajosos. Porque así como la balanza puesta en el fiel acusa la más pequeña desigualdad con su movimiento, así en el orden

económico la nivelación de fortunas produciría la inercia de la muerte. Las escuelas citadas indican cada una el remedio que juzgan oportuno. Los individualistas creemos que la propiedad es un atributo esencial al hombre, y del cual no puede privársele, afirmando que por medio del trabajo podrá llegarse al ideal tan suspirado. Los socialistas sostienen que debe ser el Estado el que haga la repartición de bienes, desconfiando de la influencia del trabajo como fuerza niveladora.

Aún van más allá los comunistas, que conceden al Gobierno el carácter de único poseedor de los bienes, que se encarga de la manutención de sus administrados, negando la familia y la propiedad y anulando por completo el estímulo personal. La *Utopía*, del Canciller Tomás Moro; la *República*, de Platón, y la *Ciudad del Sol*, de Campanella, en la esfera de la teoría, y en el terreno de la práctica los *Falansterios de Owen en New Lanark* (1), de Saint Simón y de otros, prueban hasta la evidencia que todas esas teorías son producto de imaginaciones exaltadas que viven fuera de la realidad. Siempre lucha el comunismo en la parte teórica con lo imposible y lo ilógico, y en la práctica con el más completo fracaso.

Descartada, pues, la escuela comunista como impracticable y absurda, quedan luchando frente á frente el individualismo y el socialismo, que parten ambos del principio de la propiedad personal, y sólo discrepan en las mayores ó menores facultades que atribuyen al Estado. En todas las naciones modernas se inspiran los legisladores económicos en uno y otro sistema; porque si bien es verdad que la principal fuente de producción y el medio más seguro de compensación entre las clases es el trabajo, tampoco es menos cierto que á causa de las excesivas contribuciones se encuentran en manos del Gobierno las cuatro quintas partes de las riquezas de un país.

---

(1) Dicha colonia es una excepción que confirma la regla, pues sólo se debió su buen éxito al carácter de Owen, que en vano quiso repetir el ensayo en New Harmony.

Sucede en estos tiempos lo que ha acontecido siempre, es decir, que al paso que muchos se han enriquecido por medio del trabajo y del ahorro, otros han experimentado grandes pérdidas en su fortuna, debidas á azares imprevistos ó á la mala administración.

El consumo excesivo é inútil, ó sea el lujo, del cual vamos hoy á ocuparnos, es una de las causas que más contribuyen á estas impensadas ruinas. De modo que, según se ve por lo expuesto, el problema social es un fantasma que escapa á las más delicadas investigaciones. A manera de un fuego fá-tuo, huye de los que le persiguen, y persigue á los que le huyen.

No sería tal vez así si la ciencia económica estuviera asentada sobre sólidas bases. No obstante el entrañable amor que le profesamos, hemos de reconocer que está muy lejos de ser una ciencia perfecta. Si lo fuera, arrancaría de un punto conocido, esto es, de una definición aceptada generalmente y con arreglo á la cual pudieran ordenarse las verdades de clase inferior. Por desgracia, no ha sido este el criterio seguido por los economistas, puesto que cada cual la ha definido á su manera. Para unos, su objeto es la producción de la riqueza; para otros, su circulación, y para muchos también, y esta es la opinión más admitida, la economía política ó ponología es la ciencia del trabajo humano. Partiendo de esta definición, como más racional y comprensible, entraremos de lleno en el fondo de la disertación, procurando allegar materiales para la solución del problema social, pues es indudable que todo lo que tienda á atajar los efectos del lujo y á despertar la afición al ahorro, facilita la nivelación de fortunas dentro del criterio económico individualista.

## CAPÍTULO II

### EL TRABAJO

#### § I

*In sudore vultus tui vesceris panem*, dijo Dios al hombre, según la Vulgata latina, al lanzarle del Paraíso. En tan conci-

sa frase se encerraba el siguiente concepto: «La tierra que sin esfuerzo alguno te prestaba pródiga sus dones, avara te los negará en adelante; los animales, hoy sumisos, se rebelarán contra ti, el sentimiento del pudor, ayer desconocido, junto con las inclemencias del clima, te obligarán á cubrir tus carnes y á construir viviendas que te guarden del sol, el frío, la lluvia y las bestias contra ti conjuradas. Todo esto en castigo de tu desobediencia. Sin embargo, puestas en juego las fuerzas intelectuales y físicas que radican en ti, puedes contrapesar tan ingrata influencia y convertirte en rey del mundo.»

Desde entonces comienza el hombre su penosa peregrinación por la tierra. ¡Cuántos siglos transcurren á veces para conseguir la más pequeña victoria sobre la enemiga naturaleza animada é inanimada! Lucha es esta, la del trabajo, perenne é imperecedera, cuyas derrotas son victorias y cuyos triunfos lauros inmortales.

La caza y pesca y la guerra son las primeras ocupaciones útiles del hombre. La caza (terrestre ó marítima) satisfizo dos necesidades muy importantes: la de la alimentación, que según el aparato digestivo humano, debía ser omnívora, y la del vestido, tanto más apremiante, cuanto que la aparición de nuestra especie coincide con el cambio completo del clima de la tierra, marcado por el tránsito del período terciario al cuaternario. La guerra fué un gran medio de civilización y estrechó considerablemente las relaciones de los pueblos, haciendo partícipes á unos de los progresos de los otros, y dando, tal vez, las primeras nociones del comercio. Los pueblos guerreros y cazadores se convierten después en pastores, comprendiendo que el animal y el hombre cautivos, podían prestar mayor utilidad con su vida que con su muerte, dándole el primero sabrosa leche, quesos, pieles y lanas, y sirviéndole el segundo de rabadán ó de doméstico.

Al pueblo pastor, indolente, rudo y de área más limitada que la del cazador y guerrero, sigue el pueblo mercantil, nómada como los anteriores, pero más inteligente y astuto. Así como á los primeros se deben los utensilios conocidos con los nombres de hachas ó flechas de piedra, cobre y bronce, y

las tiendas móviles con sus cercas ó corrales, somos deudores á éste de la moneda, ese valor universal que establece ecuación perfecta con todos los valores, y que facilitando los cambios, hace fraternizar á los hombres sin apelar al derramamiento de sangre.

Con la moneda vino la Aritmética, que inspiró afición á las observaciones científicas y á la Escritura, que contribuyó á perpetuar los resultados de aquéllas y á aumentar y fortalecer los vínculos sociales. La Geometría y la Astronomía siguen de cerca á la Aritmética, y en la acuñación monetaria se advierten los primeros indicios de las Bellas Artes. Habiéndose despertado el espíritu aventurero de los comerciantes, fundan multitud de colonias donde infiltran sus adelantos, adquiriendo así una idea de lejanos países y, por consiguiente, de la Geografía. Da tanta vida el comercio á estos pueblos sobre sus vecinos, que no sólo entonces, sino mucho después, las naciones mercantiles son fragmentarias, reducidas casi siempre á una sola ciudad, efecto también de la índole mueble de su propiedad principal, la moneda.

Los países comerciales demuestran en sus instituciones políticas un carácter muy liberal, porque, necesitando ponerse á cubierto del mando personal, se rigen por un consejo de varios individuos, cuya influencia neutralizada viene á evitar la tiranía. Y no admitiéndola ellos, no la imponen, por regla general, á sus colonias. Tras el pueblo mercantil aparece el conquistador, que no es lo mismo que el guerrero, pues pelea por retener á un país vecino y asimilárselo, imponiéndole su lengua, religión é instituciones. Sucede á éste el agrícola y el fabril, industrias ya conocidas, pero que entonces toman mayor vuelo, convirtiendo á los hombres de nómadas en sedentarios. A la industria y agricultura se deben las primeras poblaciones, que las necesidades de la caza, pastos ó comercio, obligaba á los pueblos anteriores á vivir errantes. Entonces ya se echaron las bases de las sociedades modernas, desarrollándose en sumo grado el espíritu colectivo y con él las artes y ciencias, hasta alcanzar la perfección maravillosa en que hoy las vemos.

El paso de unas á otras de las épocas mencionadas, va

precedido y acompañado de notables descubrimientos. Entre ellos los más importantes son: el de los metales, la domesticación de animales útiles, como el perro, el caballo y el asno, la conquista del fuego, superior á las de Alejandro y Napoleón, y la subsiguiente del alimento más generalizado, cuya utilidad expresa muy bien la palabra griega pan, que significa todo. También es digno de anotarse y conviene á nuestro propósito, dado que la economía política es ciencia del trabajo, la transformación del tosco y primitivo instrumento industrial en la primera máquina que, aunque imperfecta, le llevaba inmensa ventaja, secundando mejor los esfuerzos del hambre. ¡Y desde esa máquina á las admirables de la industria moderna, qué espacio tan enorme se ha recorrido!

Con pluma mucho más castiza que la mía, con erudición mucho más profunda, y con golpe de vista más certero y seguro, describe el distinguido ingeniero D. Melitón Martín la historia del trabajo humano en su apreciable novela alegórica titulada *Ponos*, en la cual, revestidas con gran magia de estilo y con las galas de la forma poética más encantadora, se presentan las gloriosas conquistas de la civilización y el progreso. No es buen español quien, conociéndola, no tiene en su biblioteca un ejemplar de esta obra tan amena como útil, junto al *Quijote* de Cervantes. Varias veces me he recreado en su lectura, que jamás me ha cansado, y siempre he aprendido algo nuevo, desentrañando su sentido alegórico. El pensamiento capital ó síntesis de tan hermosa obra es el de que la historia del trabajo es á la vez la de la redención del hombre.

## § II

De dos partes esenciales consta la Economía política: de los hechos económicos y de las leyes económicas. El hecho económico por excelencia, es el trabajo; eje cardinal sobre el que giran los demás, ó sean el valor, el precio, la producción, la riqueza, el capital, el consumo, la asociación con fin económico, etc. Corresponden á estos hechos varias leyes, como son la libertad, división y concurrencia del traba-

jo, la de la producción cooperativa, la del consumo útil, la de la oferta y la demanda en los precios, y otras menos importantes.

Trabajo, producción y consumo, son tres hechos económicos que se hallan íntimamente ligados. Trabajamos para producir, y producimos para consumir. El fin simultáneo de todas estas operaciones, es la satisfacción de nuestras necesidades. Entiéndese por trabajo, el esfuerzo que hace el hombre consagrando sus facultades y fuerzas físicas á un objeto determinado. Si éste consiste en convertir en utilizables y propias para el antedicho fin las fuerzas y sustancias de la naturaleza, diremos que el trabajo es económico, y que cae, por lo tanto, dentro de nuestra esfera de acción. Es decir, que la economía política trata del trabajo agrícola, industrial y mercantil, no del puramente intelectual, científico ó artístico.

La producción es el resultado inmediato del trabajo. Todo lo que éste elabora ó perfecciona, haciéndolo apto para la realización del fin económico, es un producto de la industria humana. La acumulación de esos productos, que pueden ser sustituidos por un precio que represente un valor crecido, es lo que se llama riqueza. Presta utilidad á ésta el darnos medios para existir, pero sólo de una manera: destruyendo ó aminorando el valor de la cosa. Esto es lo que en lenguaje económico se llama consumo.

### § III

La mencionada escena bíblica, aquella divina maldición, mezclada con esperanzas redentoras, explica satisfactoriamente los pasos que da el hombre por el camino del progreso. Su meta es conseguir la perfección absoluta, prueba la más patente de su notoria imperfección. Sólo trabaja y se mueve el que aspira á mejorar de condición; aquel que ha llegado á la cúspide, no puede por menos de entregarse á la inercia. Por eso el hombre trabaja incesantemente y está en continuo movimiento, porque siempre encuentra en su cora-

zón y en su inteligencia vacíos que no han de llenarse jamás. Pequeño es el corazón del hombre, y por más amor y por más deseos que en él se acumulen, nunca se llenará; pequeña es la inteligencia humana, si se mide por el cráneo que la contiene, y en ella cabe la noción de Dios y la idea de lo infinito; aún más pequeña es nuestra mano, que guiada por una voluntad de hierro, enseñorea el mundo. La fórmula matemática del infinito tiene gran aplicación con respecto al progreso. No hay ramo alguno de nuestra actividad en donde no se vea esto palpable. Citaremos varios ejemplos.

¿Qué industria, por adelantada que esté, puede decir que ha llegado al máximo de su desarrollo? ¿Hay invento, por asombroso que sea, donde no quepa perfeccionamiento? Así se creía cuando Juan Guttenberg, auxiliado por Faust y Schœfler, inventó los caracteres movibles de la imprenta; cuando á los fuegos griegos, especie de entretenimiento infantil, sucedió la pólvora con aplicación á la guerra, en la defensa de Algeciras por los moros granadinos; cuando se midió el tiempo con el defectuoso reloj de agua ó depsidora; cuando el napolitano Gioja perfeccionó la brújula, tan útil á la navegación; cuando Stephenson construyó la locomotora, Morse dió consistencia al telégrafo y Niepce y Daguerre iniciaron la fotografía. ¿Y quién me dirá que todas esas inapreciables mejoras están hoy á igual altura que en el día que se plantearon? De Guttenberg al célebre impresor francés Michel Levi, de principios del siglo, hay enorme distancia; la de Levi á nosotros es casi mayor; la fuerza explosiva de la pólvora queda muy inferior á la de la dinamita, y ésta será pronto sustituida por la nitro-glicerina, la pancrastita ú otra sustancia análoga; el reloj actual construido en Ginebra ó en Londres es muy superior al primer reloj mecánico que ideó Arquímedes; la brújula amalfitana no tiene ni con mucho la precisión de la moderna, y la máquina locomóvil, la telegrafía eléctrica y la heliografía ó reproducción fotográfica han sufrido trascendentalísimas reformas en los últimos años.

Las continuas mudanzas que experimentan las ciencias en sus sistemas y teorías y las Bellas Artes en sus ideales y pro-

cedimientos, nos dan la prueba más patente del perfeccionamiento progresivo del hombre. Citemos como tipo de ciencias racionales á la Filosofía, que es la que las comprende á todas. Los sistemas incompletos de Epicuro, Diógenes, Heráclito, Demócrito y Zenón de Elea son reemplazados por las ideas espiritualistas de Platón y Sócrates, á quienes sigue, con carácter más enciclopédico, Aristóteles, el que cierra el ciclo pagano. La Filosofía cristiana tiene sus grandes campeones en los apologistas Tertuliano, Orígenes, San Isidoro y San Ireneo, y los doctores San Basilio, San Agustín, San Gregorio, San Gerónimo, San Ambrosio, San Atanasio, Osio de Córdova y Duns Scotto, cuyas nociones teológicas, psicológicas y dialécticas recopiló, en su excelente *Summa Teologica*, el sol de las escuelas, Santo Tomás de Aquino, síntesis del ciclo cristiano. Descartes inicia la emancipación de la Filosofía del dominio teológico, en cuyo camino le siguieron Leibnitz, Malebranche, Condillac, el insigne Manuel Kant, con su *Crítica de la razón pura*, y los panteistas Schelling, Hachel y Schopenhauer, cuyas diversas escuelas vienen á condensarse en el armonismo krausista, que parece el sistema más completo de los que componen el ciclo moderno.

Aunque creemos conveniente la separación de la Filosofía y la Teología, no podemos menos de censurar el espíritu anticristiano y tendencias panteísticas de los modernos filósofos posteriores á Kant, lo cual hace que sus esfuerzos, ó se pierdan en el vacío, ó, lo que es peor, contribuyan á adormecer los sentimientos religiosos y morales de la multitud, que si no comprende una palabra de la jerga germánica, no desconoce el alcance de sus tiros. El krausismo, que es la escuela á que nos referimos principalmente, ha producido algunos buenos resultados en lo tocante al método de enseñanza; pero su afán de introducir palabras nuevas y giros extraños, y su sabor antirreligioso, han sido causa de su total fracaso, dividiéndose sus sectarios en infinitas ramas y favoreciendo con su descrédito el incremento del materialismo.

De lo que en las ciencias racionales nos da pruebas la Filosofía, nos suministran datos elocuentes las ciencias de experimentación. Las exactas, que son al parecer las más inmó-

viles, ó por lo menos de progreso más lento, pueden servirnos de punto de comparación. Desde las Tablas pitagóricas y los problemas geométricos de Arquímedes, hasta el célebre binomio de Newton y las Tablas logarítmicas de Lalande y Vázquez Queipo, asusta el terreno recorrido. La Astronomía, que es la más notable aplicación de estas ciencias, ve convertidos los observatorios de Asiria, el zodiaco de Denderah en Egipto, los astrolabios árabes y el sistema de Tolomeo, en el telescopio de Herschell, las observaciones de Le Verrier, y el sistema copernicano.

Lo propio sucede en las ciencias físicas y naturales. La Geografía encuentra un Colón y un Vasco de Gama, que dan la verdadera idea de la forma de la tierra; la Zoología, un Cuvier y un Milne-Edwards; la Botánica, un Linneo y un De Candolle; la Mineralogía, un Beudat; la Geología, un Lyell y un Elie de Beaumont; la Física, un Galileo y un Torriceli, y la Química, un Berzelius y un Liebig, floreciendo además en las ciencias médicas, aplicación de las anteriores, Boerhave, Broussáis, Le Roy y otros muchos.

Análogos adelantamientos experimentan las bellas artes. La Pintura va paulatinamente del rudimentario incáustico bizantino, á las admirables creaciones de Miguel Angel y Rafael, Rubens y Vandyck, Juanes y Velázquez, Lesueur y Pousín. La Escultura recobra con Canova, Tordwalsen y Alvarez el esplendor griego. La Arquitectura eleva el ánimo con las suntuosas catedrales góticas y los ricos palacios del Renacimiento. La Música llega desde el modesto canto llano á los conciertos y oratorios de Mozart, Beethoven y Haydn, y las óperas de Bellini, Donizzeti, Verdi, Gounod, Meyerbeer y Wagner, y la Poesía resplandece en Italia, con Leopardi; en Alemania, con Heine y Uhland; en Francia, con Beranger y Víctor Hugo; en Inglaterra, con Byron, y en España, entre otros, con el cantor de la libertad, Quintana, y el cantor de la tradición, Zorrilla. Esto sin contar más que con la poesía lírica y épica, descartando, por consiguiente, el teatro, la novela, la oratoria y demás géneros afines.

Y sin embargo de tan grandes progresos como hemos apuntado, ¿quién nos dice que en los citados ramos no se

pueden hacer muchos más? Siempre resuena en los oídos del hombre un fatídico «más allá,» parecido al terrible «¡anda!» de la leyenda de Ahasverus.

#### § IV

Esto mismo acontece con las necesidades humanas. A medida que unas se satisfacen, van brotando otras menos precisas y urgentes que las primeras. El lujo de hoy será necesario mañana, como lo necesario de hoy fué lujo ayer. Las necesidades del orden material y sensible, preceden siempre en el individuo y en la sociedad á las del orden racional ó intelectual.

El niño en su primera edad se satisface con bien poco, pues tratando sólo de su conservación física, le basta con el abrigo y alimento. Al desarrollo de su cuerpo, apto ya para tener vida propia, sigue paralelo el de las facultades de su alma, y con ellas, por consiguiente, necesidades nuevas. Aspira á la belleza su sensibilidad, á la verdad su inteligencia y al bien su voluntad. Acláranse sus sensaciones, coordínanse sus ideas y fortalécense sus actos volitivos, ampliando la memoria, la imaginación y el juicio el círculo de sus atribuciones. Pero todavía no es útil á sus semejantes, porque toda su actividad está reconcentrada en sí mismo. Despiértanse en él los instintos sociales y los sentimientos de la amistad, y el amor y la carrera ó profesión á que se dedica le ponen en relación con sus semejantes, á quienes presta servicios recibéndolos él en cambio. Más tarde constituye una familia, reproducción en pequeño de la sociedad civil, que tiene como ésta su presupuesto, sus medios de adquirir, sus leyes y relaciones exteriores, sus tradiciones y costumbres, sus rentas, etc.

Como es fácil de comprender, el niño menor de siete años ó infante no tiene iguales necesidades que el mayor de siete y menor de catorce, ni el adolescente ó joven soltero, las del padre de familia. Es una cadena continua que forman nues-

tras aptitudes y nuestras necesidades. El uso, en vez de desgastar nuestras facultades superiores, las aumenta para llenar vacíos que se sentían en nuestro ser, pero si aquéllas se acrecientan en progresión aritmética, éstas se multiplican en progresión geométrica.

No menos que en el individuo se advierte esto en la colectividad. Comer, beber y dormir, era la vida del hombre en sus primeros tiempos, es decir, que sólo pensaba en satisfacer sus necesidades materiales. Después conoce las ventajas de la instrucción y cultiva las letras, ciencias y bellas artes, y no descuidando por eso su perfeccionamiento físico, en sus vestidos, sus alimentos y sus habitaciones, demuestra gran conocimiento y un gusto exquisito. Por último, al llegar á su virilidad, conocen las naciones que la asociación para todos los fines humanos, desde el religioso hasta el industrial, es fuente de progreso y manantial de vida.

Observa muy justamente el egregio D. Melitón Martín en su citada obra, que para llegar á cumplir la satisfacción de una necesidad moral, hay que llenar muchas, diez por lo menos, de orden físico. En otros términos se puede condensar la misma idea, diciendo que para aumentar un grado el caudal de nuestra inteligencia, han de darse muchos pasos en nuestro mejoramiento material.

De éste trata con preferencia la *Economía política*, con lo cual dicho se está la importancia capitalísima de su estudio. Contribuir al bienestar físico de los pueblos en el tiempo presente, es ensanchar los horizontes de las ideas para lo porvenir. La ciencia que hoy nos ocupa regula el uso que de las cosas hemos de hacer para la consecución del fin económico, separando las necesidades verdaderas de las falsas; el consumo prudente, del lujo.

Para lucrarnos de un objeto necesitamos aniquilarnos por completo, ó cuando menos, disminuir su valor. Lo primero sucede con los productos naturales que sirven para nuestra alimentación, y lo segundo, con los muebles, trajes, etc. Hay cosas cuyo uso, en vez de desmerecerlas, acrece su valor, si bien son rarísimas, pudiéndose tal vez citar solamente entre ellas, los instrumentos de música, por más que á la

larga, concluya el gasto por destruirlos. La regla general es que el valor de una sustancia esté en razón directa de su utilidad, y ésta en razón inversa de su uso.

## § V

Todos los autores convienen en la definición y caracteres del consumo, así como en lo provechoso y altamente productivo que es para las naciones, encerrado en sus justos límites; pero, en cambio, todos disienten al tratar de definir y caracterizar el lujo y de precisar sus efectos.

¿Qué es el lujo? Para unos, como Stewart, es «el consumo de lo superfluo,» entendiéndose por tal las cosas absolutamente necesarias para vivir, concepto sumamente vago, que queriendo restringir la idea del lujo, la extiende por doquiera. ¡Lo necesario para la vida! El constituido en dignidad dirá que lo son sus honores, el potentado que sus riquezas, el libertino que sus orgías, la dama elegante que sus ricas alhajas. De este modo nos tendríamos todos por consumidores arreglados siendo derrochadores sempiternos. Juan B. Say, que es uno de los que han estudiado con más acierto esta materia, dice que el lujo «es una ostentación;» definición más exacta, pero no la propia.

Aun nos satisface menos la que da el caballero Filangieri en su *Ciencia de la legislación*, pues afirma que el lujo es el uso que se hace de las riquezas y de la industria para procurarse una existencia agradable.

El docto italiano confundió lastimosamente la comodidad, el *comfort*, como llaman nuestros vecinos, con el consumo destructivo y antieconómico. Otro sinnúmero de ideas se han vertido con respecto al lujo, teniéndolo todos como gasto considerable no proporcionado á la fortuna del consumidor, ni conducente á utilidad alguna.

Los tres últimos caracteres aparecen palpables en el verdadero concepto del lujo. El ser gasto desmesurado ya indica algo de su naturaleza; pero no es bastante, pues, sobre poderse aplicar á un objeto útil, carecemos de tasa ó medida

que la contenga. Algo podría hacer en este sentido escoger como tipo la fortuna del que lo usa, mas en no pocos casos habríamos de justificar y aun aplaudir la dilapidación. Lo que sí censuraríamos siempre es todo gasto que no tuviese por objetivo una inmediata utilidad. Podemos definir el lujo, diciendo que es el consumo infructuoso, el empleo de nuestras riquezas en cosas que sólo sirven para halagar la vanidad.

*(Se concluirá.)*





## HISTORIAS INCREIBLES

---

### VINOS MINERALES DE ASA

#### *Conclusión (I)*



AL cabo de dos semanas nos mandó el doctor su estudio analítico, cuyo resumen se verá más adelante. Dispuestos los fondos y terminado y aprobado el proyecto, partimos para Logroño el banquero, un afamado maestro de obras, paisano nuestro, llamado Andiconagoitia, y yo, para dar principio á su realización. Desde Logroño pasó el banquero á una de las inmediatas villas de la Rioja alavesa y adquirió la propiedad de los terrenos de Asa en una gran extensión: mientras tanto, el maestro ajustó una gran cuadrilla de operarios y contrató en la sierra piedras y maderas. El solitario rincón de la antigua villa romana se vió bien pronto poblado de una multitud de gente que trabajaba sin cesar. Nadie podía darse cuenta del objeto de aquellas obras; hacíanse infinidad de conjeturas, preguntaban á los capataces, sonsacaban á los amigos del maestro; pero éste, único poseedor del secreto, además de Barrachi, se hacia el reservado y el interesante, contando á todos entre las bocanadas de humo de su pipa de

---

(1) Véase la pág. 226 de este tomo.

barro, que tampoco él sabía una palabra de lo que se trataba. Alguno acertó á decir que las obras estaban dispuestas y pagadas por el Emperador. Napoleón, que iba á establecer allí un gran viñedo y una granja agrícola, y ésta fué la hipótesis que más éxito tuvo, con gran complacencia nuestra, porque nos hacía pasar muy agradables ratos oyéndola comentar.

Las obras duraron ocho meses. A su terminación, el aspecto del antes solitario lugar ofrecía un cuadro admirable. Un gran cuerpo central mirando al Mediodía, alzado sobre una anchurosa escalinata, formaba la fachada, compuesta de tres galerías de balcones, y terminada en una balaustrada elegante sobre cuyos pedestales, ocho jarrones ostentaban lozanas y verdes macetas. Desde la partía escalinata, dando vuelta á las otras tres fachadas, un paseo cubierto formado por esbelta columnas de hierro. Varios óvalos de jardines ingleses en suave declive, daban paso á caprichosas alamedas enarenadas que se perdían en los bosquecillos inmediatos, salpicados de asientos, grupos de rocas artificiales, estatuas, grutas, estanques y chozas rústicas en su trazado exterior, pero cómodas y capaces en su interior. Detrás del edificio principal se alzaban otros ocho más modestos, pero en cambio mucho más extensos, decorados á manera de fondas, y entre los cuales se veían los cuadros de dilatadas huertas, jardines y arboledas. En lo más apartado de la posesión se construyó un cercado de altas tapias y de severo aspecto, sobre cuya puerta se pusieron una cruz, una calavera, y esta inscripción copiada á la letra de la que se ve en la aldea de Gardélegui á poca distancia de Vitoria:

«El filo de la muerte no se embota;  
La columna más fuerte cae rota.»

Era de ver cómo todos los vecinos de los pueblos inmediatos acudían á contemplar con la boca abierta «la granja de Napoleón,» como la llamaban. Entre ellos vinieron varias veces Leza, Samaniego, Calandanga, Bernaola Navaridas, quienes al verme de director en aquellas maravillas, olvidaron la mala partida de la merienda y continuaron siendo mis buenos amigos.

Andiconagoitia quedó de mayordomo y director mientras Barrachi y yo volvimos á Madrid para terminar el proyecto. Cual fuera éste, lo comprenderá el lector al enterarse del flamante prospecto que repartimos por toda España é islas adyacentes, y del cual tal vez habrá llegado algún ejemplar á sus manos. Decía y dice así:

### «VINOS MINERALES DE ASA

EL MÁS MARAVILLOSO Y EL ÚNICO ESTABLECIMIENTO DEL MUNDO

*Interesante á toda la humanidad*

La historia de los siglos viene demostrando que el hombre no se considera feliz cuando está sujeto á la vida metódica y ordenada que rancias, egoistas y ruines doctrinas le imponen, obligándole á contener sus aspiraciones físicas, sus ímpetus naturales y sus espontáneas manifestaciones dentro del círculo de ciertos preceptos sociales, que el miedo, y sólo el miedo á la muerte, siempre segura, dentro de un período infinitesimalmente más ó menos corto, ha podido inventar.

Nuestra naturaleza es pequeña y reducida, y sólo cuando en lo más florido de la vida, en el período de la efervescencia de la sangre se anima, es cuando realiza la vehemente necesidad de su desarrollo sensitivo engolfándose en el placer. Pero ese período pasa, ó no llega nunca suficientemente dotado de actividad anímica, y entonces el hombre queda convertido en un mendigo de la felicidad y la vida, en una utópica aspiración de la dicha. Durante diez años las funciones orgánicas dan al espíritu extraordinaria potencia; pero el período es corto, pasa en breve, y la febril aspiración de la felicidad viene después como miserable fiebre solamente para irse agotando poco á poco. Hay, pues, un gran problema que resolver; y es el de dotar al organismo de una excitabilidad permanente que nos ponga en aptitud segura para realizar todos nuestros deseos. Agitada la masa cerebral, el hombre tendrá en su físico una expansibilidad, una energía constante,

cuya potencia le impulsará á la consecución de sus aspiraciones según el rumbo que sus naturales inclinaciones le marquen. Para resolverlo hay que apelar á un medio que produzca esa agitación, sin matar la acción de los sentidos, sino aclarándolos también y dándoles mayor lucidez y fuerza. He aquí nuestro maravilloso descubrimiento. Los vinos *minerales* de Asa son el gran tesoro de nuestro siglo, porque resuelven ese problema. La humanidad está de enhorabuena.

Asa, la antigua Acsa ó Axita de los romanos, destruída por los árabes, hoy pintoresco y desconocido sitio situado en la orilla izquierda del Ebro entre la carretera de Laguardia á Logroño, en la Rioja, es el punto en donde brotan los manantiales del vino mineral y donde hemos alzado nuestro grandioso establecimiento.

Estos vinos, analizados por el gran químico Excmo. señor D. Didimio Glicol, ofrecen la siguiente composición cualitativa y cuantitativa:

El manantial brota en la latitud  $42^{\circ} 3' 2''$  Norte, y en la longitud  $1^{\circ} 10' 58''$  del meridiano de Madrid á la altura de 395 metros sobre el nivel del mar en terreno terciario \_\_\_\_\_ á la temperatura de  $8^{\circ} 5'$  en cantidad de 20 litros por hora.

Sus compuestos son en cien partes:

Alcohol.....	18,15
Ácido carbónico.....	0,55
Aldeido y ácido acético.....	1,33
Éter acético.....	0,31
Ácido y éter enánticos.....	0,42
Principios aromáticos.....	0,63
Tanino.....	0,11
Ácido tártrico y málico.....	0,12
Materia colorante roja.....	0,51
Materias grasas.....	0,63
Albúmina.....	0,02
Goma y mucílago.....	0,09
Azúcar.....	0,26
<i>raicina</i> (?).....	6,62

Sales solubles.....	4,02
Cal fermentada.....	3,31
Agua.....	62,82

Estos vinos son, pues, muy ricos en alcohol, en éter enántico y en aroma; pero le dan extraordinarias y maravillosas propiedades la *raicina* y la cal fermentada. El distinguido químico analizador se expresa así respecto á estos dos principios esenciales: «He llamado *raicina* á un compuesto admirable, de origen vegetal, que ha entrado á disolverse y á formar parte de la masa líquida en el período de la fermentación subterránea. Como la extensión de la superficie en que ésta se ha verificado es muy distintamente situada, por fuerza ha lamido é infundido en su caudal el vino todos los caracteres farmacológicos de un millar de raíces distintas, atemperantes unas, excitantes otras, purgantes algunas, y excitantes las más en sumo grado; caracteres ó propiedades que han sido modificadas armónicamente con los diversos productos naturales de la fermentación alcohólica, dando lugar á ese conjunto enolaturado, hasta aquí desconocido para los químicos, y muy poco estudiado aún por el que suscribe. La cal fermentada es otro de los productos incomparables, cuyo nombre debe de ser el de ese cuerpo que forma la base del compuesto. Indudablemente en los terrenos por donde corre el líquido, calizos en su mayor parte y que en sus capas superiores contienen humus ó mantillo, hay muchos restos orgánicos, que aunque perdieron un día todos los elementos volátiles, dejaron en el suelo una gran riqueza de despojos, de esos que dan á las tierras fértiles todas sus condiciones de vida. Estos despojos arrastrados y concentrados en el trabajo molecular de la fermentación, unidos á la cal, á la magnesia, á la sosa, á la alúmina y al fósforo, sobre todo, dan á los vinos de Asa un carácter esencialmente mineral, y contienen el secreto de la maravillosa fuerza de excitación que su bebida produce.

Usos.—La excitación poderosa del sistema nervioso, y el acrecimiento de la potencia creadora del cerebro, son la base de las aplicaciones de este tesoro natural.

Se emplea, pues, para que las personas que gozan de buena y cabal salud puedan á su gusto echarse en cualquiera de las direcciones siguientes:

1.<sup>a</sup> Aumentando la tendencia á la pereza y á la holganza-nería, y dedicándose al alcoholismo, que enerva la actividad física, inunda el cerebro de visiones y quiméricos proyectos, desorganiza las funciones fisiológicas, reduce al idiotismo y lleva al hombre al sepulcro en estado de caba.

Esta marcha puede detenerse en cuanto se haya adquirido cualquiera de las afecciones que su buen deseo elija, y que son el resultado del abuso del vino, á saber:

Pérdida de las facultades mentales, tendencias apopléticas, ceguera, neuralgias totales ó parciales en la cabeza, raquis, temblores en las extremidades, afonismo, cánceres gástricos, nudos intestinales, hepatitis galopantes, mal de orina, atonía digestiva incurable, parálisis.

2.<sup>a</sup> Si en la misma trayectoria se insiste en el abandono de los negocios, del trabajo ó de la profesión, se obtendrá inmediatamente la ruina de la casa, la deshonra del hombre, el desprecio de la sociedad, la miseria para los padres, y el abandono, el vicio y la prostitución para los hijos.

3.<sup>a</sup> Podrá el que acuda á tomar los vinos, en cuanto la excitación esté en punto, dedicarse al amor libre, en los departamentos especiales del establecimiento, donde tenemos un buen arsenal de aparatos experimentales. La lujuria con todas sus pompas y atractivos le producirá: la ruina del bolsillo, el abandono de sus obligaciones y de sus deberes, la tisis en todas sus formas (á elegir), las enfermedades vergonzosas en el inmenso mosaico de sus figuras y colores; el embrutecimiento perfecto, la gangrena, la ulceración universal y la muerte.

4.<sup>a</sup> Si las excitaciones cerebrales le impelen hacia la pasión del juego, nuestro instituto de Asa le ofrece vastos salones públicos, unos severamente prohibidos por la autoridad (aunque tolerados y amparados por sus agentes); otros, en los que podrá derrochar su corta ó larga fortuna y entraparse por completo.

5.<sup>a</sup> En la inteligencia de que hay multitud de personas

de virtud suficiente para no seguir por las anteriores vías, pero que son entusiastas por las creaciones cerebrales, hasta el punto de convertirse en monomaniacos, visionarios y locos, nuestro vino mineral les dará extremada aptitud para engolfarse por completo en sus manías. Al efecto, hemos dispuesto habitaciones para filósofos, poetas, políticos rabiosos, mecánicos del movimiento continuo y de la dirección de los globos, fabricantes de elixires inmortales, panaceas maravillosas, hacendistas, beatos, mineros y otros gustos. La locura, la pobreza y la presunción de los caracteres de estos infelices se obtendrán á las pocas semanas del tratamiento.

6.<sup>a</sup> y resumen. En el lugar conveniente hemos dispuesto un espacioso cementerio, cuyos locales concedemos gratis á los abonados que lleguen por la desesperación, ó por sus pasos naturales al último capítulo de este trabajo. Es indudable que nuestro establecimiento no estaría completo, ni tendría digno remate, si no acogiéramos cariñosamente los restos de aquellos á quienes hemos arruinado física, moral y pecuniariamente.

*Período balneario.*—Se reciben ¡bañistas! sanos ó enfermos, durante todo el año y á todas horas.

*Precios.*—El bañista dejará en el establecimiento todo el dinero que traiga y además todo el que, una vez dentro de él, tome á crédito.

*Nota interesante.*—No se expenden abonos, sino en el gran peristilo de Asa, porque es tal el número de pedidos hechos aun antes de publicar este anuncio, que ya están llenas todas las localidades. Las personas que deseen tomar número de orden en la lista que hemos abierto en las dependencias inmediatas á dicho peristilo, pueden hacerlo dirigiendo su petición, bien afianzada, á

*D. José Miguel de Andiconagoitia, mayordomo del establecimiento de los vinos minerales de Asa.»*

¡Créalo el lector! Pocas veces se ha realizado en el mundo una empresa más grandiosa. En el primer año de nuestra instalación, se inscribieron dos mil cuatrocientos veintiseis *bañistas*, que nos dejaron una suma de cuarenta y tres millones de reales. El establecimiento nos había costado en nú-

meros redondos trece millones, de modo que la realización inaugural fué de treinta millones, de los cuales invertimos ocho en ampliarlo para el segundo año. El número de entusiastas que ingresaron en el cementerio fué mil seiscientos sesenta y ocho.

¡Cuántas veces sentado en mi despacho de director-propietario, consideraba á dúo con Barrachi la magnificencia y sencillez de mi asombroso proyecto! Y sin embargo, ¡cuán fácil y cuán verídico y real era!

—¿Creiste tú—le decía—en la posibilidad de mi plan, cuando por primera vez te lo inicié?

—No; ni mucho tiempo después tampoco.

—Pues yo tuve absoluta fe en él desde que se me vino á las mientes en la verbena de aquella noche, que nunca olvidaré.

—¿Cómo razonaste?

—Muy lógicamente, querido banquero; yo dije para mí: cónstale al hombre que haciendo uso de sana razón y del sentido común, logrará en esta vida, si no grandes y quiméricas satisfacciones, apacible, tranquila y larga existencia, y cónstale también que si obedece ciegamente á los espontáneos ímpetus de ese instinto de maldad que todos llevamos en el corazón, gozará realmente engolfándose en la incierta suerte de un mañana que se desprecia, dispuesto á sufrir con la más estoica indiferencia, la desgracia, los dolores y la muerte. A todos nos consta esto, y nadie ha de negar que todos los momentos de la vida no son otra cosa que la constante y colosal lucha que sostenemos, entre la prudencia que nos refrena dentro del espíritu de la propia conservación, y esa inclinación al placer en sus múltiples formas y hacia el cual tiende nuestra alma con una expansibilidad irresistible la mayor parte de las veces. En este titánico combate que resume toda la historia del hombre, generalmente somos vencidos por el genio del mal. A millares se engolfan todos los días las gentes en el piélago de las pasiones, aceptando el desafío que hace á su conciencia el fantástico ideal de una felicidad terrena, jamás lograda. La pobre conciencia pierde siempre la partida.

¿No ves cuán corren sin cesar los hombres, impelidos por el egoísmo, detrás del fantasma de la felicidad mundana, para caer en el abismo de muerte deshonrosa?

• Miles y miles de enfermos buscan afanosos la salud perdida; pero ¿qué significa su número al lado del de los sanos y robustos que buscan su perdición, con plena conciencia de que la encontrarán?

Y si, basados en la consideración de que fatalmente ha de haber siempre enfermos que busquen la salud, se logran tan pingües ganancias, en los establecimientos curativos, ¿no tenía yo derecho á esperar ganancias sin término, abriendo un centro incomparable al que, dada la fatalidad universalmente demostrada de haber tantos sanos que buscan el mal, vendrían á millares las personas?

Si mi buena fortuna me había hecho poseedor de un excitante poderoso, que aumentara ese instinto de las pasiones, ¿en qué emplearlo, dada la sed de oro de nuestro siglo, más que en invitar á la humanidad á realizar los placeres de un modo incomparable, siquiera pereciese y se hundiera en aterradora proporción creciente? El dinero iba á rodar á mis pies en caudal más abundante que el que de aguas arrastra el Ebro al pie de Asa. Ante la idea de la ganancia, ¿debería yo de ser un hombre de mi siglo? ¿Qué me importaba que en torno mío, la humanidad encenagada en sus pasiones, pereciera agostada por el vendaval furioso de la fiebre?

El hombre es tal, que si le dicen mostrándole las puertas de Asa: «Mira, si penetras en ese recinto, perderás tu honra, tu salud, tu porvenir, y la honra, el porvenir y la salud de los tuyos. Es verdad que te sientes sano, poderoso y fuerte, y que la casualidad podría sacarte á salvo, pero no juegues tan preciados tesoros al azar infame de la casualidad; consérvalos para la modesta y positiva ventura tuya y de los tuyos;» es tal, digo, que ciego por su perversidad, se abalanzaría y entraría, y se abalanza y entra, como ves, dejándose la conciencia á la espalda.

Ahora bien; dale á ese hombre media docena de copas de nuestro vino de Asa, que enciende el corazón y el cerebro, y... ¿quién resiste?

A Barrachi se le caían las lágrimas oyéndome; y á mí también, ¿por qué no he de confesarlo? Pero ¡vil espíritu humano! Aun conociendo que éramos unos infames, persistimos en *nuestro negocio*, en cuanto se enjugaron nuestra mejillas. Así suelen ser muchos arrepentimientos.

De la descripción del establecimiento, ¿qué he de decir? No me encuentro con fuerzas, ni para hacerla ni para recordarla. Mas vaya, en obsequio al lector, la siguiente nota, que entre sus papeles dejó un eminente hombre de letras, que en compañía de otros muchos, justamente afamados también, acudió á tomar los vinos por espacio de cuatro años, y cuyos restos yacen enterrados en nuestro cementerio de Asa, calle número 17, hoja núm. 3 duplicado:

“.....25 de julio.—Hace ocho días que he llegado á Asa, y voy de sorpresa en sorpresa. Parece todo cuanto veo un cuento de hadas, es decir, esta comparación aún se me figura pobre; los relatos orientales no nos han dejado Memoria de nada semejante á esto. Sólo en la mente del propietario X..., exaltada sin cesar por una inconcebible fuerza, se concibe la creación de tanto portentoso. ¡Qué cuadro tan admirable! El grandioso establecimiento se eleva á orillas del Ebro, de ese imponente río, semejante á una pausada generación de gigantes que desfila sin descanso por medio de los bosques sagrados, cuyas ondas ya toman las tintas verdes oscuras de los viejos robles y olmos de las riberas, ya se platean al reflejo de las rocas calizas; río tranquilo y manso que toma de día todos los colores del iris, y que devuelve de noche á los espacios, en mil reflejos, las fulgurantes llamaradas de las estrellas, inspirando al poeta un mundo de creaciones, mientras al contemplar las ondas se orea con las frescas brisas del valle, escucha los misteriosos murmullos de la naturaleza, lejos de la sociedad y de sus torbellinos morales, y se extasía en seductor arrobamiento, dando rienda libre á sus quimeras y á sus ensueños. El ambiente es perfumado; límpido y sereno el cielo; claro y templado el sol; fragante y rica la tierra; suave el tiempo, defendido de los rigores de la montaña por poblados altos y por múltiples vallecitos, y de los excesos caniculares por los

frescos vapores del río y de la hermosa vega que ante él se dilata.

»Entre los olivares y las viñas se alza el majestuoso palacio de blanca piedra sillar, construído con arreglo al gusto neobizantino, y en torno suyo se ven los pabellones de las fondas coronados de galerías, balaustres, jarrones y flores; la mansión del amor, con amplios jardines y fuentes, y confortables salones decorados con arreglo á las últimas exigencias de la más refinada coquetería; el instituto del juego con sus impostas, jambas y cornisas ajedrezadas, con sus columnas en forma de pala de ruleta, y con sus cuarenta antepechos, en los que están representadas las páginas del famoso libro de las cuarenta hojas; la academia de los locos, vasta galería de un kilómetro de extensión, donde los filósofos discuten, los poetas vociferan, rugen los políticos, se agitan convulsivos los mecánicos, haciendo rayas en las paredes; rezan y predicán en desierto los beatos, y escarban el suelo con las uñas los mineros; los paseos y alamedas invadidos por un mundo embriagado, lujoso, elegantísimo, atronador, movido por estos vinos dignos de los dioses, y que los hombres no habían soñado ni probado jamás; un mundo de calaveras jóvenes y viejos, que bulle entre las umbrosas arboledas, cerca de las fuentes monumentales, á la orilla de las cascadas, próximo á los admirables surtidores de cristalina espiral, y, por fin, el templete, de mármol de Carrara, cuyas columnas tienen estrías de oro, basas de pórfido y capiteles de cristal de roca, cuya media naranja, de plata cincelada, desafía en sus labores á las más espléndidas creaciones del arte del renacimiento; templete divino, que cobija en una pila de oro, maravillosamente trabajada, el surtidor de vino mineral, que alimenta la vida y la grandeza de esta magnífica é incomparable mansión.

»¡Oh, á la verdad, este prodigioso cuadro incita al hombre al amor, al placer y á la actividad! ¡Viviendo en Asa se siente en el alma algo grande y maravilloso, semejante al impulso del genio, que conmueve nuestros sentidos! El que ha soñado la posible humana ventura, escuchando esa eterna sinfonía de la dicha con que la imaginación canta á nuestros

oídos, encuentra aquí, en la fragancia y sabor de este néctar encantador, la realización de cuanto los sentidos ansían; el fuego jamás apagado en el cerebro; el valor inextinguible en el corazón; los besos apasionados en los labios; la embriagadora y apacible saciedad en el estómago; el oro huyendo á montones ante nuestra vista, acumulándose después en nuestras manos; el acento de la indiferencia y del estoicismo en los que sienten desgarradas sus entrañas y envenenada su sangre por la ponzoña; el llanto abrasador, escaldando á un tiempo el alma y las mejillas; el himno solemne de la lucha de las pasiones; el horrible *De profundis* del placer y de la muerte.

» La juventud florida; la sensatez honrosa; la virilidad potente; la hermosura, el candor y la pureza, todo se disuelve aquí, en el inmenso torbellino de la vida, monstruosamente agitada por las ondas envenenadas de este vino singular. Se vive poco, pero la vida es incomparable. ¡Qué nos importa el mañana!

» El hombre, rey de la creación, coloso de la inteligencia, imagen de Dios, maravilla de la naturaleza, vida de la vida, apaga el esplendor y la lumbre de la poderosa antorcha de su valor en la copa de oro del vino mineral; la mujer, lirio sagrado de la virginidad, océano de la pureza, templo de la maternidad, genio de la poesía, modelo del arte y *non plus ultra* de la belleza, aniquila toda su esencia en el vapor del líquido de Asa. ¡No hay nada semejante! El cerebro arde, la sangre hierve, la existencia se dilata y se escapa por todos los poros; el alma no cabe dentro de la estrecha y negra cárcel del cuerpo... ¡Bebamos! ¡Bebamos, hasta caer rendidos!

.....»

Juzgue el lector. Inmenso, aunque muy triste, fué el resultado de mi maravillosa obra. Setecientas familias hay enriquecidas en la Rioja y las provincias inmediatas, por haber accedido yo á darles parte en mi empresa, sin que hubieran comprometido más capital que su deseo, ya que á todos invité é hice partícipes de ella. Triste he dicho, porque de mis compañeros de instalación no queda ya ninguno, por haberse dedicado con excesivo cariño á los tragos del vino mi-

neral, apesar de tener conciencia de sus terribles efectos. ¡Elocuente prueba de la verdad de mis razonamientos! Ni Barrachi, ni Andiconagoitia, ni Bernaola, ni Calandanga, ni sus amigos existen ya.

Barrachi, consumido por la fiebre del negocio, dió en la manía de que el Gobierno podía intervenir en nuestra empresa, encausarnos y hacernos morir en el patio de un presidio. En vano procuré calmarle, pues dió en ocultarse en lo más retirado de la posesión y en temblar como un condenado. Sólo acudía á nuestras habitaciones, cuando ya había entrado la noche, para sentarse á la mesa y despachar ansioso una copa de vino, que encendía más y más su perturbado cerebro. Al fin hubo que enterrarle.

Andiconagoitia no abusó del Asa, pero se dió en cambio á beber cognac en copas de medio litro y á fumar constantemente. Empapado en el licor, y hecho una chimenea, cayó en un idiotismo completo, que concluyó con él. Mis amigos de Elciego aceleraron los estragos de la vejez, vagando á la ventura y á su gusto por los jardines y gabinetes de la casa maravillosa.

Al llegar el año 1873, y cuando era ya inmensamente rico, me fué forzoso cerrar mi establecimiento, porque la guerra civil escogió aquellos territorios para teatro de sus sangrientos sucesos. Con inmenso dolor supe en Madrid que los carlistas habían desbaratado todas las obras, llevándose los mejores materiales para construir el fuerte de San León, encima del puerto de Herrera. El que quiera contemplar aún los restos y despojos de tan admirables trabajos, debajo de los cuales yace enterrado mi tesoro, que vaya á la Charca del Cañamal, debajo del pueblecito de Loza, en el camino que, sombreado por hermosas hayas, serpea por el que conduce de Peñacerrada á Pipaon. ¡Cuántos recuerdos y cuántas esperanzas hay allí enterrados!

El caudal con que me he retirado á vegetar en Madrid es tan grande, que he tenido que vender este libro á un editor amigo, por un puñado de pesetas, para comprarme un traje-cillo de verano.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.



## EN EL PAIS DE LOS POBRES

### ROMANCE

De una humilde mendiga entre los brazos  
que dan asiento á un candoroso niño,  
su angelical figura se destaca  
de azules ojos y dorados rizos,  
con la mísera sombra contrastando  
que de aquella infeliz envuelve el tipo.

¿Hijo suyo será?... ¿no podrá ahorrarle  
el cotidiano y criminal martirio  
que en triste desnudez sufre vagando  
de calle en calle con amargo oficio  
del sol intenso bajo el rayo ardiente  
ó de la lluvia al inclemente frío?

¿Será tal vez de la inhumana industria  
el tierno sér un instrumento vivo  
que la piedad con su aliciente explota  
cual diz que á precio de alquiler se ha visto?...

¡Harto menguada es la ruín miseria,  
que no hace extraño su feroz realismo!  
Mas de ambas suertes la existencia ruda  
tenaz se impone al inocente niño,

endureciendo el delicado rostro  
al crudo golpe de elementos rígidos;  
y se dilata su insensible efecto  
á la extrema raíz del organismo,  
adonde el alma su expresión imprime  
que es revelada por su medio artificio  
tomando en él los tonos del carácter  
que forma el exterior personalismo.

Y si el afecto material influye  
de sus embates al chocar continuo  
ensordeciendo como torpe cayo  
de la exquisita sensación los hilos,  
¡cuánto hará en la moral naturaleza  
el choque del dolor con el cinismo,  
de la ansiedad con el desprecio vano,  
del hambre y la opulencia! ¡qué conflicto  
entre el llanto y la risa, para ejemplo  
del que al nacer se encuentra que es mendigo!...

Del templo acude á los marmóreos atrios  
llevado sin saber que es su ejercicio  
inspirar la limosna con terneza,  
más eficaz si mueve su gemido  
cansancio abrumador; queda suspenso  
al escuchar de los acordes místicos  
la voz del coro que interior resuena;  
su vista absorbe el tétrico recinto  
y la torre elevada, cual gigante  
con labios de metal que lanza gritos,  
á cuyos roncossones se extremece  
con sustos y temores aturdido,  
é ignora que aquel grande monumento  
de amor y humanidad ostenta el símbolo,  
aunque allí en pompa y vanidad profana  
el mundo trueque el ideal divino.

Coches brillantes con escudos de oro  
que arrastran alazanes protegidos  
paran al pie de regia escalinata  
que en lujo adulator alfombra el piso;

con gravedad descubren los aurigas  
sus bustos diplomáticos; los mímicos  
y engalanados jóvenes lacayos  
saltan, corren, se postran al estribo;  
parece allí con tanta ceremonia  
que va á tener lugar algo de olímpico:  
mas, nada; son las damas elegantes  
de alto sombrero y ramillete erguido,  
últimos figurines y devotas  
que acuden como á todo requisito,  
ahora bien, con las armas convenientes,  
rosario, catre y nacarado libro  
de una mano pendientes como adorno,  
y en la otra colgado el abanico;  
prendida va la bulliciosa falda  
sobre el bordado pie pabellón digno.  
Son piadosas; profesan el defecto  
de ciega imitación; llega al delirio  
la bondad de sus bellos corazones  
cuando el buen tono exige un sacrificio  
(que en todo ha de imperar su ley tirana),  
ó cuando la impresión hiere el abismo  
donde se funde la pasión vehemente  
y brota en los volcanes del capricho;  
pero en algo vulgar no espere el pobre  
que se detengan sus cuidados fijos,  
tan deslumbradas siempre de sí propias  
al coro adulador de los suspiros.

En tanto el niño aquel que duerme en brazos  
ó llora ó desfallece sin ser visto,  
cada vez menos interés despierta  
ya su ejemplar en plaga convertido.

De noche en altas horas cuando es fama  
que los *señores* salen del Casino,  
unos de distraer *matando el tiempo*  
de la ociosa riqueza el parasismo;  
otros de hallar sepulcro á la esperanza  
que en mal hora soñó su torpe vicio

haciendo á un naípe el árbitro alevoso  
de honra, fortuna, porvenir, destino;  
y otros que de corbata y guantes blancos  
tienen la habilidad de ser *garlitos*  
y llevarse el dinero *honradamente*,  
sin trabuco, refriega ni peligro;  
cuando ya la faena terminada  
abandonan los centros ilustrísimos,  
la mujer con el niño está á la puerta  
pidiendo la limosna á tantos ricos;  
y aunque hay quien dice que se compran fincas  
mendigando, que no hay más positivo  
negocio en realidad, éste cual todos  
sale á la cara con marcado aviso;  
y ella que habita como paria errante  
en las puertas, paseos y caminos,  
cubierta de sus únicos andrajos,  
la faz doliente como espectro vivo;  
que al pasar por la espalda de una fonda  
adonde las cocinas dan postigo  
y exhalan los vapores perfumados  
que parecen sabrosos al instinto,  
tiene en una ventana su recreo  
participando casi su apetito  
de un placer novelesco y entusiasta  
como quien ve pintado el Paraíso  
ó un acto inverosímil, ó una gloria  
de envidiado imposible su dominio,  
¿quién puede suponerle más que hambre,  
y qué podrá tener quien de ella es rico?

En aquellas ventanas de la fonda  
detúveme observando el regocijo  
que animaba la cándida belleza  
del pequeño infeliz al incentivo  
de succulentos platos que pasaban  
ante su vista al comedor vecino:  
cual ráfagas después pintó en su rostro  
el afecto fugaz con sus vestigios

de hondas escenas que al cerebro agitan,  
imágenes en cambios fugitivos  
que á la faz en destellos fotográficos  
trasladan como frases su arquetipo:  
el afán, la esperanza, la impaciencia...  
el desengaño y su despecho esquivo...  
ilusiones, proyectos ambiciosos  
de ciegas tempestades por aviso;  
el rauda manantial de las pasiones  
en el todo de un germen que es principio.

¡Ah, pobre sociedad! ven y contempla  
de tu propia desgracia los motivos  
en esa obra que tu mano acaba  
labrando tu constante precipicio.  
¿Es bastante con muros y cadenas  
que llenes de tus códigos el círculo,  
para atajar el espantable incendio  
que trabaja la suerte de tu siglo?  
¿Conseguiste comprar por un instante  
ni aun por el precio del atroz suplicio  
el respeto seguro á tu morada?  
¿tu gaveta y tus sueños son tranquilos?  
¿Cómo han de ser, si te es indiferente  
en tus senos criar fieras ó amigos!  
¿Ves ese ángel de mirada tierna  
que al cruzar con la tuya sientes frío  
y á un cielo de inocencia te arrebat  
que fulgura en la paz de sus hechizos?  
Pues como escoria vil amontonado  
tu desdén lo rechaza al negro sitio  
donde arrojas en él todo el veneno  
con que ha de alimentar sus años críticos.  
De ángel feliz trasformarán su rostro  
con el alma á la vez rasgos sombríos  
que concentra el dolor; de su ignorancia  
el odio nacerá contra tus hijos,  
y al primer choque que exaspere el fondo  
donde hacina sus quejas reprimido,

le verás convertirse en tigre humano  
olvidando el temor y el fanatismo,  
y en instrumento de la furia ciega  
do quier que lance su huracán maligno.

No es de cristiana caridad tan solo  
un mentís el ejemplo abundantísimo  
que consiente tu orgullo ó tu ignorancia  
de esos seres hermanos, depresivos  
por condición que la miseria abyecta  
deprime hasta la infamia del ludibrio;  
es de un orden social el abandono  
aceptando conforme al pauperismo  
en pueblos que condenan su presencia  
de Natura los pródigos auspicios.  
No existe en realidad; lo que supone  
la existencia de miles de mendigos  
que la sensible *caridad* blasona  
de sustentar con sus apoyos míseros;  
existencia que sirve de argumento  
como insensata muestra de un prodigio  
de generosidad, que aumenta pobres  
en el país que es limosnero y rico,  
cuando más bien acúsale de falsa  
que no se atreve ni á fundar asilos,  
prefiriendo que exploten con caretas  
la corte del ochavo tantos tipos;  
lo que supone es desnivel de extremos:  
que lo que excede el alto baja el chico;  
que donde la riqueza es de magnates  
hay un núcleo inferior que es de perdidos.  
Lo que dice esa hambrienta muchedumbre  
que sale con el sol de sus abismos  
y se derrama por do quier gravando  
al que no puede dar sin ser mezquino,  
es el empeño y ceguedad en moda  
de sostener grandezas por estímulo  
á una altura violenta, que enriquece  
la extraña producción cual patrocínio,

empobreciendo de la propia fuente  
el caudal que se extingue en el olvido.

Grandezas unas que el derecho ostenta  
de sostenerse por remotos títulos  
contra el tiempo y su ley que lo declara  
en el presente destructor pasivo,  
y la ciencia que, en nombre de intereses  
y humanidad, proclama el veredicto.

Otras grandezas cuya sola base  
es de la impune usurpación el tino,  
que siendo criminal vive en las sombras  
do no alcanzan las leyes del delito;  
pero públicas son á la conciencia,  
que las declara el superior testigo  
de la opinión: él rompe los secretos,  
penetra en los ocultos laberintos  
de la trama social, condensa el voto  
de las opuestas causas y juicios  
con la sabia altitud que nunca el hombre  
logra ilustrar su personal sentido;  
él, por cima de hombres y de leyes,  
tiene en la sociedad abierto un libro  
con páginas de todas dignidades,  
con las verdades mudas de su estilo,  
que nadie alcanza á destruir, pues pende  
de algo que no se ve y es infinito,  
y en él escribe la sentencia clara  
que cada cual merece, como un sino.

¡Poderosa opinión! moral concepto  
que no engañan hipócritas prestigios,  
y acatan en silencio sus agravios,  
aunque públicos son, los ofendidos;  
que hace justicia á la virtud é infunde  
aura de honor á la modestia y brillo.  
Su entidad impalpable no es, empero,  
la letra inerte de legal principio,  
que espera un cumplimiento ó que protesta  
de la infidelidad con un vacío:

es corriente de acción que se difunde de capa en capa á los sociales pisos, y va formando el general carácter que nunca retrocede arrepentido, hasta inundar la universal idea que invade al fin é impónese pacífico.

Pero si al lento paso se le opone contraria resistencia en su camino, desarrolla una fuerza irresistible á su obstáculo en orden relativo que precipita el gradual progreso en furioso tropel de sus designios y arrastra instituciones, pueblos, hombres, al ímpetu voraz del exterminio.

No lo dudéis, grandezas; es la Historia de estas enfermedades el gran clínico: la pública opinión os aconseja tiempos há contra el necio desvarío de consumir en vanidades locas el trabajo de un pueblo harto benigno; vuestro alarde de lujo no responde en justa proporción; queréis luciros ostentando cual rentas las fortunas, que rentas son en otros pueblos ricos, y osáis sobrepujarlos en derroche con ruinas provechosas á los mismos.

La *importación* que elévase en el cambio y sostenéis por indolencia y vicios, representa del *déficit* la causa en cola eterna de la *deuda* y *fisco*.

Entretanto las clases indigentes que no cobran del árbitro *pasivo*, y las clases pasivas del trabajo que de tanto servir no hacen servicio, ruedan al moridero abandonadas constituyendo almácigas de erizos; no os quejéis de quien son; quéjese acaso la clase media á quien donáis su vínculo.

Laméntese quien vive entre las lágrimas de otra clase sin nombre, que es martirio, víctima de desgracias ó injusticias, velada por decoros y desvíos, por sencilla vergüenza, por reparos de confundirse en el enjambre díscolo que pide y que solloza. Aquella clase que sufre y calla con carácter digno, aunque esconda las últimas miserias bajo el acero de su aspecto lívido, transita una existencia inverosímil nutrida en el misterio, sin auxilios.

Admira la entereza con que guarda en el silencio su virtud, que es ídolo del sentimiento cuanto más provocan de la amarga desdicha los destinos.

Y ese estado, diremos, esa especie tan huérfana y tan triste, por alivio sólo tiene en el mundo torpe befa y en otros el escarnio del ridículo; no tiene en estas huecas sociedades la moral protección, ni honor debido á su índole prudente; porque es regla de costumbres y pueblos favoritos donde existen enormes privilegios, do paga la nación rentas á ricos por frívolas historias, que imitando se haga por caridad favoritismo.

¡Hermoso nombre, caridad! él sólo al humano distingue por amigo del bien creador eterno y generoso; pero si no es discreto y positivo su esfuerzo protector; si lucha aislada la caridad con el escollo impío de la duda; si justas eficacias no satisface, y no es en colectivo orden social que en ella se levanten, para extinguir un mal medios activos,

será un consuelo, un transitorio oasis para el sediento mártir sin camino que el ansia apaga aquel momento, y luego sigue á la sed de su desierto ímprobo.

¡Desierto me parece donde canto, discreta caridad! No, no confío en animar la acción del poderoso, aunque sí en penetrar hasta lo íntimo de su intención, donde me dice á solas: —«Yo no quiero aceptar tal compromiso; conviene que haya pobres é ignorantes; siga la caridad brindando mimos, que el plazo en ilustrar tanta bajeza es el tiempo que queda á nuestro arbitrio.»—

¡Ciegos! ¿nada os importa que el ambiente de la opinión refleje el estoicismo de impasibles sonrisas y desprecios, y vayan murmurando á los oídos los secretos que vagan transparentes de tanta impunidad, y que esos riscos del corazón refresquen sus cristales con el llanto que salta de los ínfimos?

Pues ahí tenéis entre los mil ejemplos de esa lucha fatal del egoísmo, y abusos del derecho, y divisiones como en campos de razas y enemigos, en un pueblo de hermanos, el sangriento drama que á fines del pasado siglo expuso Francia ante el asombro humano, que el orbe contempló de horror transido.

Mas aquella hecatombe formidable en que se devoraron los políticos y se inmolaron inocentes genios, todo en el frenesí de un gran suicidio, no tuvo origen del combate airado en proyectos, ideas ó principios; acaso tantos que agitó cual serie de la revolución no hubieran sido,

si la grave cuestión de subsistencias  
no abre el período inmenso de conflictos;  
pero éste fué la chispa fulminada  
por una gran razón: un *hambre* hizo  
que convocase el Rey las asambleas  
para deliberar, y ellas el vivo  
soplo fueron entonces de la llama  
que voló en huracanes de partidos  
y que asoló con espantoso incendio  
aquella sociedad por un *descuido*.

Y no penséis que la grandeza aquella  
os pudiera envidiar en patriotismo,  
ni que entregada á la oriental molicie  
ignorara los prósperos caminos  
de la Universidad, no hubiera sabios  
en esas clases, como aquí no han visto:  
fué providencia de oftalmía que ciega  
cuando tiene que hacer grandes castigos;  
fué una lección al *sacrosanto* fuero  
de ese derecho que soñáis divino,  
de que unos puedan derrochar gozosos  
y han de perecer otros de hambre y frío.

Abrid los ojos, próximas grandezas;  
de ese derecho-tuerto no hagáis bríos,  
que si se extrema su razón, es pleito  
que no lo ha de fallar el que la hizo

Y si no abris el cálculo á mi súplica,  
abrid el corazón á su atractivo:

¿no tenéis el poder, que es el dinero?  
(que á las grandezas pobres nada digo);  
¿no tenéis el dinero, que es grandeza,  
pues se compra con él y el poderío?  
¿no sostenéis con pompa tanto halago  
y hasta pensáis á Dios tener propicio  
con adular su imagen, mientras lloran  
de miseria y pesar sus otros hijos?...

Ya que sois dueños, la fortuna entera  
llevadla si podéis á vuestro arrimo,

pero no permitáis que vaya el pobre  
partiendo el corazón de sitio en sitio,  
desesperado de encontrar remedio,  
desesperando al que le observa fijo;  
no consintáis que el ángel de inocencia  
ruede en el lupanar por vuestro olvido  
y allí quiebre sus alas ese monstruo  
de quien hacen nacer todos los vicios,  
y se convierta en el sarcasmo fiero  
del bien que inspira su infantil deliquio;  
que con torres y cruces no es cristiano  
un pueblo de grandezas y mendigos.

RAFAEL GONZÁLEZ.

*Granada, julio 1885.*





## LA ODA

### ESBOZO HISTÓRICO CRÍTICO

*Continuación (I)*

#### XXXIV

#### ODA HEROICA



De lo religioso á lo profano, ó sea del templo á la calle ó á la plaza. El aedo cantó primero á los dioses y después á los héroes.

Esta secularización de la musa representa para algunos el desenvolvimiento progresivo del arte. Será un progreso tal vez la conversión del poeta religioso en profano, ya porque abarca nuevos horizontes la poesía, ya porque abandonando las cimas ideales se comunica y familiariza con las gentes; pero la irreligiosidad, el olvido de Dios no es adelanto para el hombre, sino atraso y error tenebroso y ciego.

Recorrida la escala de la oda religiosa elevada, hay que recorrer la profana de altos vuelos, esto es, la heroica y sus

(I) Véase la pág. 293 de este tomo.

manifestaciones. La patria, la guerra, que es la defensa de esa patria querida, los hechos notables de sus mejores hijos, son dignos asuntos de la lira.

Acontecimientos hay en la historia que pueden evocarse líricamente sin describirlos con épica minuciosidad, ni concretarlos en un personaje. Son ó pueden ser cantos heroicos sin representar una hazaña, sino más bien un conjunto armónico de grandiosos hechos. Algunas de estas odas, para subdividir y facilitar, se incluyen en la sección titulada «Voces de la Historia,» como otras en las «Voces de la Naturaleza» que ha inspirado algunas veces á los buenos poetas, no ya simples y vagas descripciones, sino acentos vigorosos de gran entusiasmo.

Asuntos hay (la Profecía del Tajo, la batalla de Lepanto, etc.) que, por su singular importancia, constituyen un grupo aparte, pero este honor se debe á la inspiración genial que ha brotado de las aguas del río y del mar y se ha condensado en artísticas y bellas producciones. Porque eso tiene de especial lo lírico: crea un poema de un ligero vapor de agua ó de una sombra fugitiva. La niebla y el vapor son la causa puramente ocasional de la poesía lírica, de la emoción personal retratada en la composición poética. En la epopeya no se hacen grandes cosas sin asunto grande: en la lira con un par de notas se teje una melodía. La musa reina en estos dominios con imperio absoluto. No cabe duda en que con ricos elementos se forman riquezas, pero el lírico, semejante al alquimista, sabe transmutar los metales y sacar oro del cobre ó del hierro.

El lírico sublime, no obstante, no suele decir sublimidades sobre motivos baladíes. Si la Campana ha inspirado armonías pindáricas á un genio alemán, un ingenio mediano ve en la lengua de bronce que habla desde la cima de los templos, un símbolo de la fe divina que mece la cuna, llena de flores el tálamo y sonríe al borde del sepulcro, mostrando el sendero de la eternidad. Allí había material sobrado para una bellísima estatua: vino el artista y la arrancó de la tosca peña.

De todas suertes, cuando el mármol es bueno, hay mayo-

res facilidades para la perfección de la obra. Y de ahí que en la cítara solemne de Píndaro resuenen los ecos de los dioses y de los héroes, como notas armoniosísimas que pueden formar un canto heroico.

Ya dijo Horacio:

*Musa dedit fidibus...*

Euterpe dió á la lira que cantase  
los dioses y los héroes, al atleta  
coronado en el circo...

### XXXV

#### HIMNOS PATRIÓTICOS Y GUERREROS

La guerra es, por excelencia, el numen épico, esto [es, el más alto de los númenes inspiradores de la poesía.

Canta el gran Homero la destrucción de Troya, ante cuyos muros se inaugura la eterna cuestión del Oriente, la eterna rivalidad entre la Europa y el Asia; canta Virgilio al fundador de Roma, fugitivo de Ilión, que pelea con un Rey itálico antes de erigir la «ciudad;» canta Lucano las discordias civiles, que con la sangre de cesarianos y pompeyanos, riegan el mundo conocido y arruinan la seguridad y legalidad de la república; canta el ilustre Tasso las hazañas de los caballeros cruzados que volaban á Jerusalén, ganosos de arrancar la tumba del Redentor del poder inicuo de los musulmanes; canta Ariosto las aventuras, duelos y combates de los andantes caballeros, y no hay poeta épico, de alientos sublimes, que no mezcle los acentos de su lira ó los sonidos de su trompa con el clamor de las batallas y los alaridos de la victoria.

Y lo mismo acontece en la poesía lírica. Los himnos guerreros se deben á los poetas de entonación más elevada. Y

es que la guerra es fecunda en gérmenes de civilización, como la muerte es semillero de la vida.

Así el canto de la guerra se confunde con el canto de la patria. Los cantores de la paz son poetas que apenas con sus gratas descripciones encienden la llama del hogar en las noches frías del invierno; los poetas de la guerra suelen encender la llama abrasadora del entusiasmo en los corazones de un pueblo, y sus cantos resuenan de valle en valle y de monte en monte como los truenos de una tempestad inmensa.

¿Qué raza, qué nación carece de estos himnos? La ciudad más civilizada y la tribu más salvaje se han estremecido al rumor de los cantos que anunciaban la proximidad de un ejército enemigo ó su fuga y descalabro.

No se trata aquí de los himnos nacionales, que sin títulos literarios, han llegado á tan alta categoría, como algunos pobres que se enriquecen por un capricho loco de la fortuna.

No se trata del himno de Garibaldi, vulgarísimo en Italia, sobre todo, cuando perseguía su unidad política; ni del himno de Riego, muy vulgar en la España liberal de la primera guerra civil, fecunda en canciones patrióticas de poco fuste; ni del Cancionero de la última guerra de Africa, que hizo resonar con los aires populares de nuestra tierra, los campos y ciudades marroquíes; pues todos esos cantos y coplas vulgares pertenecen á la Demología ó Folck-lore, que, á imitación del inglés, fundado en 1878, se fundó en Madrid el 29 de enero de 1882, con título de Academia Nacional de Letras populares.

A su jurisdicción ó á la de *Demófilo* y sus centros demológicos (que conviene se unan en una organización como lo están en una aspiración común), corresponden esas odas vulgares, guerreras y patrióticas, que envuelven en sus mal rimadas estrofas las luchas sociales y políticas de un siglo, de una revolución, de un mundo. No por irregulares y desaliñadas, son despreciables las canciones populares, encendidas por la pólvora de las ideas. Entre el cieno crecen flores olorosas y de la nube brota el rayo.

Aunque invadiendo el terreno del Folck-lore, no queremos

olvidar todos los himnos guerreros y patrióticos del pueblo español: mencionemos algunos, para auxiliar á los demólogos en su obra.

Una canción empezaba así:

En las montañas  
de Cataluña,  
en la Coruña  
y en el Ferrol,  
hay un convento  
de religiosas:  
parecen monjas  
y no lo son.

.....

Era el *Voto de la Zagala* una canción liberal, obra de un poeta algo culto:

Reinará en mi pecho,  
cual dulce señor,  
sólo el que idolatre  
la Constitución.

Este era el coro ó estribillo. Una voz sola cantaba:

La gracia y belleza  
el cielo me dió,  
mi rostro tiñente  
de hermoso color.

He aquí el coro del *trágala* de los liberales á los pancistas:

Tú que no quieres  
lo que queremos,  
la ley sagrada  
do está el bien nuestro,  
trágala, trágala,  
trágala, perro.

Voz sola:

Dicen que el trágala  
es insultante,  
pero no insulta  
sino al tunante;  
y mientras dure  
esta canalla,  
no cesaremos  
de decir trágala.

Otra poesía de este género se titula «Canción que se recitó en el aniversario de las trece víctimas inmoladas por el despotismo el día 20 de enero de 1819 en Valencia.»

Pedantescamente empieza el coro de esta canción:

Hijos caros de madre Edetania...

oliendo al pseudo-clasicismo de la mayoría de los poetas y versificadores que han intervenido en la primera guerra civil y en la guerra de la Independencia.

Varias canciones:

- 1.<sup>a</sup> Al restablecimiento de la Constitución.
- 2.<sup>a</sup> A la muerte del General Elío.
- 3.<sup>a</sup> A los catalanes seducidos por los corifeos del bando servil.

Si eran serviles los catalanes, como entonces se decía, lo manifiestan las coplas catalanas parecidas á estas:

A Deu demano`gracias,  
amor y humilitat,  
per cantar unas coplas  
ab favor del Estat.

Del que pasa á la Espanya  
ab la Constitució,  
destruyenxen la iglesia  
y la santa religió.

El coro del himno de Riego está fácil y armoniosamente versificado:

Soldados, la patria  
nos llama á la lid:  
juremos por ella  
vencer ó morir.

Los absolutistas compusieron y entonaron la «Canción del pueblo y ejército del Rey contra los del bando de Riego y Quiroga y sus secuaces».

Y en sus montañas solían cantar los vizcaínos:

Espartero está malo:  
¿qué le daremos?  
Caldo de caracoles,  
que cría cuernos.  
¡Ay! ¡ay! ¡ay!  
Motilá chapilingorriá;  
¡ay! ¡ay! ¡ay!  
motilá lanceruá.

La guerra de la independencia se encendió más y más con los himnos bélicos y odas patrióticas de Arriaza, Quintana y otros poetas. Educados en las letras francesas, el enciclopedismo cegó á muchos literatos y vates españoles, que, olvidando á su patria, se afrancesaron y creyeron en la buena estrella de Napoleón. Moratín comparaba con el Cid Campeador á un General francés. Pero, olvidando tamañas debilidades, recordemos sólo que era popular entonces la oda heroica y toda canción patriótica enderezada á execrar á los pérfidos invasores. En capítulo aparte oiremos los acentos poéticos de aquellos Tirteos, veremos que fueron muchas las canciones escritas con la fe de la que en 1808 veía la luz con epígrafe: «Canción sobre el modelo del cántico de Moisés; á la libertad de España de la opresión de los franceses.» Ignoramos el nombre de su autor.

En prosa y verso escribió odas el famoso Quintana, por-

que sus manifiestos y alocuciones tienen un vigor lírico admirable. Unas y otras contribuyeron á asegurar la libertad de nuestra patria. Por su magnificencia, se estudiarán las odas en el capítulo de las guerreras y heroicas.

El año 1840, cuando el Ministerio francés (según Lamartine en su prólogo á Alfredo de Musset), aquel Ministerio, llamado de coalición ó coligación, amenazaba turbar la paz europea por el irreflexivo empeño de sostener en Egipto un Pachá sublevado contra su Soberano, despertaron y se encendieron vivamente las viejas enemistades entre Francia y Alemania. Un poeta alemán, eco en aquel entonces del coraje nacional, compuso un valiente himno, que estremeció ambas orillas del Rhin con sus patrióticos y belicosos acentos.

Bécquer es autor de la poesía lírica *El Rhin alemán*, traducida en su libro *Granos de oro*, por Jaime Martí-Miquel:

No será suyo el Rhin; ¡vana quimera!

    aunque cual bando ruin

de cuervos, su ambición tenerle quiera:

    no será suyo el Rhin.

Mientras rueda tranquilo con las brumas

    entre sus verdes blondas;

mientras azote el remo las espumas

    de sus azules ondas.

No será suyo el Rhin, bello y sonoro,

    que se desliza errante,

mientras el pueblo libe en copas de oro

    su vino chispeante.

Mientras las rosas abran sus breñales

    de la aurora al reflejo;

mientras que las caladas catedrales

    se miran en su espejo.

No será suyo el Rhin, no lo presumas,

    hasta que el cuerpo inerte

del último alemán, en sus espumas

    vaya á buscar la muerte.

Esta última estrofa, la más enérgica de todas, fué una es-

pecie de religioso juramento que todos los alemanes hicieron, á orillas del sagrado río, de morir y sepultarse en sus aguas antes que permitir la huella vencedora del francés en sus márgenes.

No comprendieron los orgullosos franceses que el espíritu vigoroso de la Germania, vibrante en las notas agudas de la oda becqueriana, crecía y se robustecía en el seno del trabajo y de la filosofía nacional, y tomaron á broma este desahogo literario de la musa heroica. La ligereza gala es responsable de muchas desgracias y vergüenzas.

Musset, el cantor de las orgías inmundas, espíritu burlón y cínico, contestó á Bécquer, cantor del Rhin, con «estrofas burlescas y prosaicas» (dice el autor de *Los Girondinos*), suponiendo que el «vino blanco» del río germánico era ya francés, pues las hijas de Alemania lo habían escanciado á los franceses en las copas de sus festines.

¡Vuestro Rhin alemán lo hemos bebido;  
estuvo en nuestro vaso.

Vuestro Rhin alemán lo hemos bebido.

Si olvidasteis acaso

la historia, que os la cuenten vuestras hijas,  
que la habrán en su mente conservado  
mucho mejor, pues escanciaron ellas  
en nuestra copa vuestro vino blanco.

Esta desvergonzada contestación fué extraordinariamente aplaudida por el espíritu nacional de Francia ó por «la necesidad nacional» (calificación del historiador-poeta).

Este, el buen Lamartine, revolucionario de buena fe, patriota de los mejores, contestó al himno alemán con su poesía «La Marsellesa de la paz.»

Y decía el egregio poeta:

Rueda apacible ¡oh Rhin, por tu ancho cauce,  
Nilo de Europa, copa de los pueblos,  
y de estos mismos que tus aguas beben,  
las ambiciones llévate y los retos.

No más tus hondas teñirá la sangre  
roja de Francia, azul de vuestro Imperio...

¡No más sangre! El romántico poeta se equivocaba. Apagados estos acentos de paz y de armonía, creciente y próspera la Francia, se encontró en su camino con el ejército alemán, y estalló la formidable guerra que ha arrancado al territorio francés un pedazo, y á las manos de la diplomacia la dirección de los asuntos internacionales. Los franceses se rieron de «La Marsellesa de la paz;» los franceses gritaron ¡á Berlín! ¡á Berlín! desdeñando el consejo de uno de sus más hábiles políticos; los franceses, en una y otra ocasión, han escuchado el canto del Rhin y aún lo escuchan en medio de sus sueños y de su delirio.

Estos himnos son los que entran en nuestra jurisdicción. Otro poeta alemán, Körner (que murió peleando como un valiente en 1813, á los veintidos años de edad), tiene las bellas canciones nominadas «La tierra del cantor,» la «Caza guerrera de Lutzow,» y la poética y ardiente «Canción de la espada,» su grito postrero, verdadero canto del cisne.

Suyo es también el himno «Los valientes y los cobardes» que traducimos de esta manera:

El pueblo se levanta,  
la nube se condensa:

¡ay del que en esta hora  
las manos tiene quietas!

¡ay del cobarde y flaco  
que aun escondido tiembla!

(¡Eres un miserable!

Para ti las doncellas

no guardarán sus besos,  
ni aliviarán tu pena  
los cantos alemanes,  
la alemana cerveza.

Nosotros ¡oh! bebamos,  
y entre algazara y fiesta  
brindemos como hombres:  
la copa dadme llena,

y que la espada vibre,  
apellidando guerra.

Este himno guerrero y patriótico, ni por su extensión, ni por su elevación lírica, es un himno guerrero de los que se calientan en la fragua de Píndaro; pero no abundan las odas ó canciones de esa índole para omitir los cantos breves y enérgicos del numen de la guerra. Recuerda el himno de lord Byron, en su Don Juan, invocando á los trescientos espartanos, con la copa de vino en la diestra. Estos Anacreontés metidos á Martes, sin dejar de ser Anacreontes, resultan híbridos personajes sin familia en el Parnaso.

¿Serán verdaderos himnos guerreros ó patrióticos las poesías *corazadas* del alemán Rückert? Ingenuamente confesamos que sólo las conocemos de nombre. Alemania es tierra de cantares. Allí todo el mundo es amante de la música y del canto: el estudiante, el soldado, el minero, el campesino, el marinero, el mozo y el viejo, el rico y el pobre, todos cantan, inspirando á Mozart, á Bach y Beethoven. Allí es muy vieja la afición poético-musical. El Rey godo Teodorico amaba grandemente la música. Carlomagno hizo coleccionar los antiguos cantos de los germanos, de los cuales existe uno que se refiere al combate de Hildebrando y Adubrando y otro en que se celebra la victoria de Luis el Germánico en 887 contra los normandos. Herder cita una linda canción, lamento poético de un tal Estonio, que se duele de la opresión de los caballeros Porta-espada y Teutónicos. No es, pues, escasa la tierra alemana en flores rojas, del color de la sangre.

Recordamos algunas odas heroicas de griegos y latinos antes de llegar á las españolas; y, dejando la de Manzoni á Napoleón para un capítulo dedicado exclusivamente á las traducciones de esa poesía escultural, anotemos, como de paso, algunas canciones patrióticas ó guerreras de poetas italianos.

De *Gabriello Chiabrera* (1552-1637) son, entre muchas, las siguientes:

A Manuel Filiberto de Saboya, que venció á los franceses en San Quintín.

Oda que nos pertenece porque nuestra es la victoria y también

*e i verdi lauri alteri*

*cresciuti infra 'l sudor de' gran guerrieri.*

—A Francisco Gonzaga Marqués de Mantua, general de los venecianos.

—Al Príncipe Carlos, Duque de Guisa, por la toma de la Rochela.

Estructura de oda pindárica. Consta de estrofa, antistrofa y épodo, cinco veces repetidos.

—A Alejandro Farnesio (vincitore delle Fiandre).

Más energía y robustez que en Chiabrera, encontrará el lector en las odas de *Vicenzo Filicaja* (n. Florencia 1642 y m. 1707).

Indiquemos la *Canzone sopra l'assedio di Vienna*;—la motivada *Per la vittoria degl'Imperiali e de' Polacchi sopra l'esercito turchesco*; otra *Alla S. R. Maestá de Giovanni III re di Polonia*; y otra *All' altezza serenissima di Carlo V, duca di Lorena*.

Y no olvidaremos la gran oda de Leopardi á Italia, cuyos arcos y columnas y estatuas ve con orgullo el poeta, mientras la gloria de su pueblo yace eclipsada y su valor heroico se ejercita en pro del extranjero. Si en los apéndices cabe íntegra esta soberbia canción, la traduciremos *ad hoc* entre varias muestras de lírica desdeñadas en esta rápida enumeración.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(Se continuará.)





EL PRÍNCIPE DE BISMARCK  
EN  
LA DIETA DE FRANCFORT

1851 — 1858

CARTAS CONFIDENCIALES

Á SU MINISTRO

EL BARON DE MANTEUFFEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

*Roberto Dupuy de Lôme*

Agregado diplomático

CONTINUACIÓN (1)

VII

Situación financiera de la oficialidad prusiana en Francfort-sur-le-Mein.—El Duque de Augustenbourg.

5 julio 1851.



Si me tomo la libertad de recordar á V. E. las necesidades pecuniarias de nuestros oficiales, es porque la mayor parte de ellos, los más pobres, se tienen que entrapar forzosamente. Adjunta es una nota exactísima detallando los gastos, absolutamente

(1) Véase la REVISTA CONTEMPORÁNEA del 30 de julio último, número 232, pág. 129.

necesarios, de un alférez, y ruego á V. E. se sirva enseñarla al General de Gerlach ó al Ministro de la Guerra, quienes confirmarán mi aserto de seguro, esto es, que la vida aquí es un 30 á 50 por 100 más cara que en Berlín. Los Gobiernos austriaco y bávaro pagan fuertes indemnizaciones, reservándose el derecho de hacerse reembolsar por la Confederación y á más garantizando á los oficiales que en ningún caso podrá exigírseles á ellos el reembolso. Es de creer, por lo tanto, que dichos Estados no tendrán en cuenta lo resuelto en contra por la comisión central del 8 de febrero de 1850, resolución según la cual deberían suprimirse á partir del 21 del mismo mes todos los pagarés á cargo de la Confederación, y que trataran por el contrario de hacer valer más tarde sus adelantos.

El Duque de Augustenbourg asistió ayer, con su familia, á una fiesta dada en casa de la señora de Vrints, y allí tuve ocasión de conocerle. Está furioso contra el proceder de Dinamarca respecto de él; es muy natural, y no pudo ocultarme este sentimiento, apesar de la reserva que guardó conmigo.

---

*Informe del Sr. de Rochow, Embajador de Prusia, en la Dieta referente á su salida de Francfort-sur-le-Mein y al nombramiento de Bismarck para su puesto.*

5 julio 1851.

#### EXTRACTO

En los primeros días de mayo último tuvo V. E. á bien el anunciarme verbalmente, en nombre de S. M., mi nombramiento con carácter de temporal para Francfort, añadiendo se me daba la advertencia de que la misión de confianza que podría tener una duración de seis semanas. El espacio de tiempo ha transcurrido, termina hoy el plazo, y me tomo con

este motivo la libertad de rogar á V. E. se sirva designarme un sucesor, dándole plenos poderes á fin de que pueda yo trasladarme á mi puesto en Rusia, como parece ser la augusta voluntad del Rey.

Lo que dentro de la situación actual de Alemania es posible y útil hacer; los resultados que aquí pueden obtenerse; el cómo debe tratarse á cada uno de los miembros de la Dieta; los medios que hay que emplear para distinguir los derechos y los intereses de Prusia, puntos son estos que V. E. tiene perfectamente abarcados desde hace mucho tiempo. Hacen falta decisión, carácter firme y enérgico, dignidad en la vida, afabilidad en el trato, profundo conocimiento de los hombres, prudencia en la palabra, experiencia en los asuntos, y al mismo tiempo que el don de despertar la confianza, la cualidad de inspirar respeto.

El hombre distinguido que S. M., en su augusta sabiduría, se ha dignado elegir para desempeñar este difícil puesto, posee condiciones de inteligencia y de carácter tan eminentes, tan raro talento y tantas otras cualidades preciosas, que con ellas fácil cosa le será suplir su falta de experiencia por el momento. El Sr. de Bismarck es sin disputa la joya de la nobleza prusiana, y el legítimo orgullo de los hombres de alto vuelo, que con valor y abnegación trabajan sin descanso, tanto por el esplendor de la corona, como por la honra y la seguridad de la patria. No vacilaré en afirmar que una personalidad de tal naturaleza es, bajo muchos puntos de vista, harto eminente para el puesto de Francfort, porque en efecto el Sr. de Bismarck está tan bien dotado, que parece más bien llamado á ejercer una acción enérgica desde más altos puestos en el interior de nuestro país. Para este cargo, huelgan tan brillantes facultades á condición de que el Embajador de Prusia profese ideas conservadoras y reúna las cualidades propias de un hombre versado en asuntos serios, de un honrado y activo servidor del Rey, y en suma, de un verdadero prusiano.

Al tomarme la libertad de apreciar en tanto la capacidad particular de mi sucesor y de llamar la atención de V. E. sobre los relevantes servicios que el Sr. de Bismarck podría prestar manejando asuntos interiores del Estado, no he que-

rido decir de ningún modo que no responderá en absoluto, aquí ó en cualquier otro punto del extranjero, á la confianza de S. M. el Rey y de V. E. (1)

### VIII

La política del Príncipe Schwarzenberg.—Crítica de la misma.—Bismarck desaprueba la actitud de la *Gaceta de la Cruz*.—Juicio crítico de los *Nuevos diálogos*, del Sr. de Radowitz.—Cuatro palabras más sobre la *Gaceta de la Cruz*.

12 julio 1851.

Hoy ha llegado, procedente de Viena, el Sr. Fratz (2), con quien he celebrado una entrevista bastante larga, habiendo podido observar en ella que se ha dejado imponer por el Príncipe Schwarzenberg (3), hasta un punto que me ha sorprendido. Defiende para el Austria el sistema mismo de centralización de la burocracia que ataca con tanta violencia en los escritos que publica cuando se trata de su país, y durante la discusión que he sostenido con él sobre este asunto, se ha mostrado partidario de un principio puramente utilitario, en cuyas com-

(1) En un segundo informe, y con motivo de la visita á Francfort del Príncipe Real de Prusia, el Sr. de Rochow escribía al Ministro Presidente: «S. A. R. estuvo muy amable con el Sr. de Bismarck, y ya en el hotel me preguntó:—¿Ese teniente de la reserva es quien debe sustituirnos como en calidad de Embajador en la Dieta?—Ciertamente—contesté,—y juzgo la elección muy acertada. El Sr. de Bismarck es joven, vigoroso, y satisfará, de seguro, todas las exigencias de V. A. R.»

El Príncipe nada contestó: tiene en general muy buena opinión de tan eminente defensor de los derechos é intereses prusianos; pero creo que desearía para el Sr. de Bismarck algunos años más y el cabello gris. Yo no me permitiré juzgar si precisamente son estos atributos los que pueden contentar al Príncipe.

(2) Literato en 1851 y más tarde empleado en el Ministerio de Negocios Extranjeros en Prusia, después Canciller del Consulado general de Prusia en España.

(3) Presidente del Consejo de Ministros del Austria.

binaciones no entran para nada los factores del derecho.

El Príncipe Schwarzenberg diciendo—«No me es posible dar puestos de Gobernador á mis seis primos imbéciles,»—pone de lado á la aristocracia austriaca, la que debería, si no emplear en los servicios del Estado, sí utilizar en la organización local; pero lejos de aprovechar, dándole nuevo vigor, el rico material que posee el Austria dentro de su nobleza y de las corporaciones de sus ciudades, atendiendo así á los intereses de las provincias y cantones, coloca en su lugar á copistas subalternos y gendarmes. Si continúa extremando este sistema, podrá ocurrir que los hechos vengan á demostrarle á él mismo cuán poco merece el nombre de conservador. El Príncipe no sabe encontrar el círculo de hierro que debe mantener la organización de un Estado, una vez rotos los lazos legales y orgánicos, más que en el ejército y haciendo de él un cuerpo aislado.

Muchas objeciones pueden oponerse á semejante sistema; yo sobre todo descubro en él un peligro inminente de caer de la soberanía del pueblo en la de un ejército de pretorianos. Los acontecimientos ocurridos precisamente en Austria durante los últimos tres años, prueban hasta qué punto el temor es fundado, y más si se considera la composición de ese ejército, la sobreexcitación que existe y la circunstancia de ser extranjeros la mayor parte de sus oficiales instruídos. Tal vez en época no lejana veremos abrirse una era que podrá ofrecer campo á la ambición de otro Wallenstein (1), más afortunado que el primero.

Dígnese V. E. excusar esta fantasía política, que únicamente me atrevo á someterle en la creencia de que mi carta no será leída sino durante los ocios de Eilsen (2).

Mucho he sentido oír á Frantz defender semejante política, con tanto más motivo cuanto que me ha parecido percibir en sus palabras el eco de la voz de Meyendorff (3), quien, aparte

(1) Héroe de la tragedia de Schiller del mismo nombre.

(2) Pequeña ciudad del Principado de Schaumburg-Lippe, famosa por sus baños sulfurosos, ferruginosos y de cieno negro (Schlamm).

(3) Barón de Meyendorff, Embajador de Rusia en Viena, acreditado el 20 de octubre de 1850.

de esto, me parece concebir la idea del derecho más á la alemana que á la rusa.

• He hecho amonestar á Wagener, por mediación de amigos comunes, á propósito de la polémica de la *Gaceta de la Cruz* contra los órganos del Gobierno.

Yo entiendo que rebaja la importancia del periódico á los ojos del público desde el momento que lo despoja de su aureola pretendiendo que cada una de sus evoluciones políticas expresan las ideas del partido que representa; pues nadie creerá, en efecto, que una gran agrupación seria é inteligente puede modificar su posición respecto del Gobierno bajo el pretexto de que una sola persona, desconocida en general, ocupa un cargo para cuyo desempeño se le juzga incapaz. Esas cuestiones personales, de un orden inferior, pueden hoy menos que nunca determinar la actitud para con el Gobierno, del partido que representa la *Gaceta de la Cruz*.

He desaprobado la forma más bien que el fondo de varios artículos, y únicamente el gran quehacer de estos últimos días ha podido impedirme dirigir á Wagener mis observaciones directamente. Mas por desgracia nadie puede evitar que las nobles cualidades de energía y firmeza de carácter, tan raras en nuestros días, tengan su lado desagradable, que es preciso aceptar si se desea el todo.

Personas de diferentes partidos han juzgado en mi presencia el último libro de Radowitz *Nuevos diálogos* (1), y todos concuerdan en decir que era dado esperar más de su talento; esta obra parece haber sido escrita con cierta precipitación; el autor olvida, en detrimento suyo, el precepto que dice *nonum prematur in annum*. Comparándola con los primeros *Diálogos* se adquiere el convencimiento de que esta obra fué escrita con la firmeza y predilección del hombre que cree verdaderamente lo que dice, en tanto que el nuevo libro tiene la tarea ingrata de demostrar que todos los actos del autor se han sujetado á los principios que él desea hacer pasar por suyos.

---

(1) Los *Diálogos del presente* vieron la luz pública en 1846; los *Nuevos diálogos del presente sobre el Estado y la Iglesia*, á que se refiere el texto, aparecieron en 1851 en Erfurt, dos volúmenes.

Es un volumen inspirado por la imposibilidad del confesar «me he equivocado,» por el deseo de molestar á los adversarios y de dar á conocer al público los múltiples asuntos de que se ocupa un hombre profundamente pensador. No puedo, en verdad, creer que el Rey guarde, después de leer esta obra, la convicción de que profesan él y Radowitz idénticas ideas.

Acaba de llegar á mis manos el último número de la *Gaceta de la Cruz* y su contenido me confirma en la intención de escribir hoy mismo á Wagener invocando la influencia que de Gerlach ejerce sobre él. Siendo para mí la sinceridad un deber ineludible cuando se trata de V. E., estoy en el caso de declarar que objetivamente comparto la manera de ver de Wagener; á mis ojos tampoco el personaje en cuestión está á la altura de sus funciones. Pero si yo no puedo permitirme, ni aun en una correspondencia íntima, imponer consejo á V. E. sobre este asunto, mucho menos incumbe el hacerlo á ningún periódico, y sobre todo en un tono que imposibilite llevar á cabo el cambio reclamado, incluso en el caso en que V. E. encontrase justa la reclamación (1).

## IX

Relación, escrita por Bismarck mismo, de su entrada en la Asamblea federal.

—Comportamiento en ésta del Conde de Thun.—Bismarck juzga indispensable declarar á Francfort en estado de sitio.

27 agosto 1851.

Pongo en conocimiento de V. E. que, según he teleografiado á Berlín, he sido introducido hoy en la Asamblea federal. Decidióse en ella tan solo, nombrarme miembro, sin perjuicio de lo que pueda ocurrir más tarde, de todas las comisiones existentes de que el Sr. de Rochow formaba parte.

(1) Hasta aquí la correspondencia de Bismarck, Consejero de Legación; la carta que sigue está fechada el 27 de agosto de 1851, y con fecha 15 de julio del mismo año quedó acreditado en la Dieta como Embajador de Prusia.

El Conde de Thun, en su actitud como Presidente de la Asamblea, revela la misma falta de formas sociales que le caracteriza. Presidía hoy vistiendo una chaqueta corta y clara, que abrochada totalmente disimulaba la ausencia del chaleco, permitiendo apercibir nada más una mala corbata de *nanking* (1). En nuestras relaciones y desde mi nombramiento, se muestra para conmigo muy franco y cumplimentero. Yo entiendo que incurre en lamentable error, exagerando, como lo hace, la importancia del puesto que ocupa.

Lord Cowley (2) estaba encargado por la Cerdeña de informarse cerca de la Dieta, de si la persona del Sr. de Pralorme, actualmente en París, sería persona grata á los ojos de la Confederación para el puesto de Ministro de la Cerdeña. El Conde de Thun encuentra fuera de lugar, y yo comparto su manera de ver, que la Cerdeña haya dado este paso por mediación de Lord Pálmerston, en vez de recurrir á los buenos oficios de la Prusia ó del Austria. Así ha declarado inmediatamente negarse á dar una respuesta oficial á la pregunta de Lord Cowley. Yo, ni siquiera creo que una declaración semejante, hecha en nombre de la Dieta, sin más forma de proceso, pueda considerarse dentro de las atribuciones del Ministro-presidente, pero como al hacernos esta comunicación al final de la sesión, el Conde de Thun la llamó confidencial, y como por otra parte no he oído fuera de allí hablar del asunto he juzgado oportuno guardarme mis apreciaciones.

La misma disposición de siempre, á exagerar la importancia de su puesto de Presidente, se ha revelado en él durante el curso de una conferencia particular que hemos celebrado sobre la necesidad eventual de declarar á Francfort en estado de sitio.

El Príncipe Schwarzenberg, al comunicarle el contenido del informe que el Sr. de Rochow dirigió á V. E. con este motivo, le manifestó la intención de hacer proclamar el estado de sitio por la Dieta si los acontecimientos lo exigían. Pero el Conde de Thun cree, y yo estoy de acuerdo con él, que nunca

---

(1) Tela de algodón que se fabrica en Indias y en Europa.

(2) *Viscount* Pálmerston, Subsecretario de Estado de la Gran Bretaña.

se conseguirá decidir á la mayoría á tomar semejante resolución. Todos querrán pedir instrucciones, y muchos de ellos preferirán declararse enfermos antes que asumir la responsabilidad del acto aun después de recibir las instrucciones. Desde luego una parte principal del objeto de esta medida no sería realizable, dada la publicidad que lleva en sí toda discusión en la Asamblea. El Conde de Thun me propuso decretar el estado de sitio en su calidad de Presidente, después de haber deliberado oportunamente conmigo y de declarar en seguida necesaria esta medida, estando dispuesto á tomar sobre sí toda la responsabilidad. Le hice presente que los demás Estados se mostraban ya muy celosos de su soberanía, y que semejante manera de proceder podría hacerles temer un precedente cuya consecuencia fuese dar á la Presidencia facultades omnímodas en nombre de la Confederación. Le propuse, como más conveniente, dejar obrar en su propio nombre al comandante superior, para garantizar la seguridad de sus tropas, y el orden del servicio, reservándole los medios de justificar dicha medida delante de la Dieta Soberana. Esta entonces abriría una información á fin de averiguar la exactitud de los motivos invocados por el comandante, instituyendo al efecto una comisión, y la información hecha decidiría si era necesario mantener el estado de sitio ó levantarlo por insuficiencia de motivos. Convendría tomar esta medida antes del amanecer, con objeto de obrar por sorpresa, y ocupar militarmente las casas sospechosas, procediendo en el acto á las pesquisas necesarias.

El Conde de Thun acabó por ser de mi misma opinión.

Si tan sólo se trata de declarar ó no el estado de sitio, me pronuncio, *salvo meliore*, por la afirmativa, pues creo imposible asistir indiferente durante mucho tiempo todavía á la conspiración abierta y secreta de miles de hombres en la Alemania occidental, dado que la democracia se organiza y fortifica numéricamente todos los días á los ojos de los Gobiernos, esperando sobre las armas el día favorable á la explosión. Nos arrepentiremos demasiado tarde ya, de no haber tomado estas precauciones en tiempo de paz.

Me parece igualmente imposible obrar eficazmente contra la

conspiración, en tanto que ésta posea dentro de Francfort una guarida inaccesible al cazador, mientras encuentre aquí, centro de la vida política, un asilo contra toda intervención y contra toda censura. La prensa roja adopta desde hace algunas semanas un lenguaje más insolente que de costumbre (el jefe de policía Schulty, lleva á V. E. algunas de estas hojas), y según aviso del Mayor Deetz, que he recibido hoy mismo, gentes armadas con cuchillos de monte y carabinas llegan desde hace algunos días en los vapores del Mein distribuyéndose por la ciudad. Mas no doy importancia ninguna á estos síntomas; si los revolucionarios meditasen alguna intentona con objeto de no dejar que se adormezca el interés público, sería este un acontecimiento muy favorable que yo no quisiera ver previsto, menos desbaratado. Pero aun dado que no les precipite directamente á ello un hecho semejante, la Prusia y el Austria, entiendo yo, deben apoderarse de la policía de la ciudad; el deber de legítima defensa contra la revolución así lo exige.

No hay que contar en ningún caso con el apoyo del Gobierno de Francfort, que carece personalmente de la fuerza necesaria para obrar vigorosamente aun dado que recibiese las órdenes de la Dieta. Los más celosos conservadores de aquí, me aseguran que nadie se atrevería en Francfort á tomar la sucesión del jefe actual de policía, senador Herzenberg, quien para excusar su inacción, se dice el mismo demócrata. Los vecinos Gobiernos de Nassau y de Hesse, ocultan su pusilanimidad bajo el pretexto de que toda medida será inútil en el entretanto dure la situación actual de Francfort; pero si se diese el golpe de mano, estos Gobiernos recobrarían valor, y Maguncia se vería obligada bien pronto á seguir el ejemplo. Allí lo mismo que en Worms la demagogia es poco más ó menos tan fuerte como aquí. Creo que si el secreto de los preparativos se guardase bien, y el estado de sitio se estableciera con prontitud suficiente, caerían en poder de la autoridad documentos interesantes; pero aun dado que los revoltosos fuesen bastante prudentes para prever el caso, y no conservasen en sus manos nada sospechoso, consideraría yo esta medida contra Francfort como una necesidad política para impedir el

éxito de los demócratas que trabajan en todas las poblaciones de las orillas del Rin, por medio de folletos introducidos fraudulentamente y que multiplican sus sociedades. Tengo noticia de tentativas hechas entre los soldados, algunos de los cuales, bávaros en su mayor parte, pocos prusianos asisten á las reuniones, y frecuentan gentes sospechosas en Bornheim y otros puntos.

Para reasumir esta larga peroración, ruego á V. E. se entienda con el Gobierno austriaco para que sin tardanza se declare el estado de sitio sin esperar la provocación de acontecimientos más significativos todavía. Podrían convenir ambos Gabinetes los procedimientos que importa emplear, ó bien se nos autorizaría al Conde de Thun y á mí para aplicar esta medida, de acuerdo con el comandante superior, y conforme al tiempo y á las circunstancias. Deseando hacer comprender bien mi idea, vuelvo á repetir que no creo por el momento en sublevamientos ni en otros peligros, y que yo no los consideraría, caso de ocurrir, como una desgracia. A mi modo de ver, la toma de posesión y la entrega de la policía en manos de la tropa, constituye el eslabón indispensable á la cadena de las operaciones necesarias para luchar contra la revolución. Pero si la ejecución sufre retardos, el plan puede divulgarse y perder mucho de su efecto moral y de su material utilidad. Si se resuelve llegar á este resultado, convendría enviar aquí, algunos días antes, uno ó dos de nuestros agentes más experimentados. El jefe de policía, Schultz, hará sin duda á V. E. una relación detallada acerca de lo que ha podido ver aquí; este señor ha disgustado á de Rochow con algunas reflexiones poco hábiles que se le han escapado, según creo, sin la menor intención.

Hoy ha estado en mi casa el Sr. Goldheim, quien tiene el aire inteligente y á quien he rogado se quedase un día para familiarizarse un poco con los hombres y las cosas de por aquí. Él llevará esta carta á Berlín, de donde espero se la expedirán á V. E. á Ischi. Adjuntos van algunos informes de policía que acaban de traerme.

En la mañana de ayer, y á primera hora salió de aquí el Sr. de Rochow, todavía enfermo. Cuando V. E. reciba esta misiva, ya le habrá visto en Ischi regularmente.

## X

Curso de los trabajos en las comisiones de la Dieta.—Manera de ser del Conde de Thun, oficial y particularmente.—Exclusión de la Confederación de las provincias prusianas del Este.—Proceder del señor de Rochow con el señor de Bismarck, en las cuestiones del servicio.—Percance ocurrido á un agente de la prensa de Francfort.

6 setiembre 1851.

A la llegada de mi carta ya estará V. E. de vuelta en Berlín y lleno de salud, según es mi deseo.

Poco después de haber tenido el honor de ver á V. E. aquí, tomé la dirección de los negocios; pero la Dieta no ha celebrado nuevas sesiones.

Las deliberaciones de las comisiones son por sí mismas menos importantes, y la manera de trabajar en ellas pone mi paciencia á toda prueba. El Conde de Thun nos preside la mayor parte de las veces; pero como no lee nunca con anterioridad las notas que llegan, toma solamente conocimiento de su contenido, dando de ellas lectura á la comisión desde la cabeza hasta el pie, palabra por palabra, operación que, como sucedió por ejemplo con los treinta ó cuarenta pliegos del informe sobre la contabilidad de la flota, dura varias horas, en el trascurso de las cuales el Conde lee sin descansar con pulmones envidiables, en tanto que de Schele duerme, de Nostitz hojea un libro y el General Xylander (1), que está á mi lado, dibuja sobre el papel de su carpeta cureñas nuevas y fantásticas. Procede á esta lectura pura y simplemente para saber de lo que se trata en el documento; pero si se enterase de su contenido antes de la sesión, nos ahorraría mucho tiempo; pues nosotros podríamos juzgar más tarde el asunto por el discurso de la persona encargada de emitir dictamen.

(1) General de Xylander, Ministro plenipotenciario de Baviera cerca de la Dieta.

He manifestado y hecho algunas observaciones al Conde sobre la imposibilidad de continuar procediendo de este modo (1), y me ha contestado, simulando, como buen austriaco, no comprender de lo que se trataba, y como si otra cosa no pudiese suceder cuando sus manejos han sido ya en diferentes ocasiones objeto de reclamaciones por parte de los otros ministros y muy especialmente por parte de Schele, últimamente se picó, habló de desconfianzas, y sin más cambió de conversación.

Necesito renovar la queja de mi última carta a propósito del Conde de Thun, quien apoyándose en el hecho de poseer el cargo y en la usurpación constante de atribuciones, se esfuerza en dar una extensión excesiva al radio de los privilegios de la presidencia. Recibe con insolencia las observaciones que se le hacen á este propósito, y si bien para los negocios es más hábil de lo que yo creía, el pulimento de su exterior dista mucho de estar en relación con el origen de la persona. Ayer se salió de quicio hasta tal punto en la sesión contra de Schele, que éste hubo de encargarme provocar al Conde para un duelo, pero yo he preferido interponerme y arreglar el asunto, apesar de que cualquier otro desenlace hubiese sido indudablemente más picante.

A la primer visita que le hice en el mes de mayo, contestó con una tarjeta; pero desde entonces no ha vuelto á aparecer por mi casa, ni me ha devuelto mis numerosas visitas, ni siquiera las oficiales. Cuando voy á su casa, llamado por los asuntos de servicio, me obliga á hacer antesala para decirme después que acababa de recibir la interesantísima visita del corresponsal de un periódico inglés. No de otra manera se ha comportado el Conde Rochow, quien, según me dice Wentzel (2), ha hecho con él antesalas de veinte minutos.

---

(1) Debe tenerse en cuenta que entre éste y el anterior párrafo falta uno muy largo, lleno de quejas y observaciones referentes á la pésima dirección de los trabajos de las comisiones, que hemos suprimido juzgando su interés dudoso, dada la fecha del original.

(2) De Wentzel, consejero de la Legación de Prusia en la Dieta y Ministro Presidente en la ciudad libre de Francfort.

Jamás se levanta para recibir á nadie, ni ofrece á nadie una silla, sino que continúa sentado y arrojando por la boca grandes bocanadas de humo. Tan sólo doy á V. E. estos detalles con objeto de distraerle; por mi parte, observo este tipo excepcional de diplomático con la calma de un naturalista, y me vanaglorío de haber ya contribuído algún tanto á mejorar su educación, por lo menos con relación á mi persona, sin que nuestras mutuas relaciones hayan perdido nada de su carácter amistoso é íntimo. Las del servicio dejan más que desear, sobre todo á causa del deber en que me encuentro de guardar la dignidad de mi posición oficial con un hombre que se conduce de tal suerte.

No cuento presentar la proposición relativa á nuestras provincias del Este, sino en la próxima sesión. No he podido hasta ahora darme cuenta ni del estado de la cuestión ni del número de adictos con que es dado contar, porque el señor de Rochow en los negocios corrientes nunca se mostró lo comunicativo que yo hubiera deseado, y mi aprendizaje exigido, apesar de que al efecto tenía yo por costumbre presentarme diariamente en su casa. De un cierto número de documentos importantes he ignorado en absoluto la existencia; al irse el Sr. de Rochow, nada me ha dicho respecto al estado de las cuestiones pendientes, ni siquiera me ha rendido cuenta de ellas. La víspera me dijo que retrasaba veinticuatro horas el viaje, y al día siguiente me mandó una carta de despedida, anunciándome que el buen tiempo le había decidido adelantar un día su salida. Apenas si tuve tiempo para verle algunos minutos en la estación, y acto continuo tomé á mi cargo, *ex-officio*, la dirección de los negocios, sin que mi predecesor me enterase del estado en que se hallaban. Para que V. E. pueda juzgar hasta qué punto llegaba la reserva del Sr. de Rochow, debo decirle que no sospeché siquiera la existencia del considerable é importante rescripto de 3 de julio (1), hasta que el Sr. Quehl (2) hubo de preguntarme acerca de su resultado.

---

(1) Tratando de las disposiciones del Gobierno con respecto á la prensa.

(2) Empleado en la oficina central de la prensa, en Berlín.

Los informes que refuta en parte este rescripto no son míos, y de los más de ellos no tuve nunca noticia; otro tanto digo de los referentes á manejos de los ultramontanos. Su autor es Mentzel, y por lo poco que me ha dicho Rudlow veo que en general contienen buenas verdades. El Sr. de Rochow, por urbanidad, según creo, no me ha invitado nunca á hacer supresiones ó cambios en mis trabajos, manteniéndome siempre á respetable distancia en las cuestiones del servicio. Pero aunque sintiendo los efectos de esta situación humillante para mí, nunca he dejado de cultivar con él relaciones amistosas en el terreno particular, y ruego á V. E., por lo tanto, se sirva guardar secretos mis desahogos.

El pequeño Zirndorfer (1), á quien V. E. ha visto en Maguncia y en Baden, está desde hace algunos días muy sobreexcitado por el hecho de haber sido publicadas, en periódicos democráticos de aquí, con su firma, y bajo el título «Documentos relativos á la policía de Francfort,» dos cartas que dirigió al Sr. de Rochow, y cuyo contenido es insignificante, pero que hace alusión á informes que nos remitió á mi predecesor y á mí. Entre ambas cartas va inserto un estudio sobre los progresos de la propaganda en Francia y de sus relaciones con algunos demócratas de esta ciudad, que fué igualmente entregado á Rochow por Zirndorfer, pero no escrito por él. No he podido averiguar cómo estos documentos han caído en manos de los demócratas, pero es muy verosímil que lo robase y haya entregado á los interesados, cierto criado que entró al servicio de mi predecesor en el trascurso de las últimas semanas. Desde la publicación de dichas cartas, Zirndorfer lleva siempre sobre sí un puñal de raras dimensiones, y deseaba que dirigiese yo una nota fulminante á este Senado, con objeto de que la justicia criminal tomase cartas en el asunto; pero considerando que cuanto más importancia se le conceda á la cuestión más desagradable habrá de ser, no he querido intervenir en ella oficialmente.

---

(1) Agente de la prensa en Francfort.

## XI

Crisis revolucionaria en el año 1852.—Imposibilidad de una oposición conservadora en Prusia.

29 setiembre 1851.

Recibí anoche por el ordinario de Colonia la carta de V. E. del 25 del corriente, la que destruí conforme á vuestras órdenes. En lo que concierne á su contenido creo con V. E. que se tienen temores exagerados para el año 52; en tanto que la mayor parte del ejército francés no haga causa común con el socialismo, lo peor que puede ocurrir es una simple guerra de Francia contra una coalición europea, y yo por mi parte tampoco creo en ella. Seguro estoy de que el momento llegado todos exclamarán: *parturiunt montes*. Los trastornos en Francia ó Alemania *sin* participación del ejército francés no pueden sino favorecer la reacción, y por lo tanto me parecen más de desear que de temer. Digo esto en el supuesto de que S. M. permanecerá fiel al sistema de poner en obra todos los medios lícitos en la lucha contra las diversas fracciones revolucionarias. En todos los terrenos, pero sobre todo en el terreno de la política, es una verdad que la fe derrumba las montañas, y que el valor y la victoria son inseparables, para un Rey de Prusia, por lo menos, y á Dios gracias todavía es así.

La oposición *Bethmann-Golz* (1), así como la del periódico que dirigen, dado que adquiera éste vida propia, dará otros resultados que los que esos señores esperan. La idea de una oposición conservadora se funda en una ilusión; únicamente puede conducirse con y por el Rey, merced á influencias personales en la corte, y de ningún modo desde la tribuna públi-

---

(1) Bethmann-Hollweg, uno de los fundadores de la *Gaceta de la Cruz*, más tarde del *Wochenblatt* (hoja semanal) desde cuyas columnas comenzó bien pronto viva polémica con su antiguo periódico.

ca del periodismo. Toda otra política pierde, pues, entre nosotros á menos de convertirse en radical, y de esto se apercibirán ambos señores bien pronto y con horror: descenderán al tono de la *Gaceta de Colonia*, al tono servil del liberalismo, ó bien morirán á manos del hastío que causaran á los demás. Ni la misma nobleza provinciana, que por sus ramificaciones entre los propietarios rurales, en el ejército y en la administración, es mucho más poderosa que la oposición conservadora de las orillas del Rhin podrían hacer frente á un Ministerio enérgico, más que en el caso de contar con el Rey, no de otro modo esos hidalgos conseguirían sus propósitos, aun en el supuesto de que grandes injusticias é intereses gravemente lastimados cimentasen su unión y estipulasen su energía.

El poder del Gobierno es más fuerte y sólido en Prusia que en ningún otro país del mundo, á condición de que la Corona y el Ministerio estén de acuerdo; en tanto que sepa S. M. dar órdenes, se le obedecerá en 1852 con la misma devoción que hoy. Aun á riesgo de que V. E. me considere como un renegado constitucional, me permitirá añadir esta observación: entiendo yo que un golpe de Estado, capaz de poner de lado para siempre la Constitución, no tan sólo es de desear, sino hasta necesario en la situación actual. Se ha dado á la Constitución en estos dos últimos años una interpretación tal que ha cesado ya de ser un obstáculo al poder ejecutivo, siendo tan sólo, y esto más de día en día, vaso sagrado, sin otro contenido que el que le dan las personalidades reinantes. Creo, pues, fuera de duda, que el pretendido sistema constitucional no impone deber ninguno al Gobierno si éste no reconoce más modificaciones en el antiguo estado del derecho que las expresadas en la Constitución actual.

## XII

Oportunidad de la elección á diputado del Sr. de Bismarck.—Fiesta en Frankfurt con motivo del cumpleaños del Rey.—Explicaciones entre los señores Bismarck y Conde de Thun.

5 octubre 1851.

Me permito escribir estas líneas á V. E. con objeto de preguntarle si cree que debo ó no aceptar la candidatura para diputado. Si continúan los asuntos marchando como hasta el presente, no abrigo grande esperanza de poder prestar en las Cortes ningún servicio al Gobierno, apesar de que el Conde de Thun, con quien he hablado, me ha hecho presentir una época más tranquila, y hasta quizás vacaciones en el corriente invierno, en cuyo caso sí que podría ir á Berlín de vez en cuando y por temporadas más ó menos largas. La elección tendrá lugar el 13 del actual, y como el tiempo apremia, he declarado entretanto que estoy dispuesto á aceptar el cargo; pero si V. E. lo juzga imposible, no es tarde todavía para retirarme. Mis amigos los electores quisieran verme por allá el 12 en que celebran una reunión preparatoria; pero por un lado, los asuntos del servicio, y por otro, las disposiciones para la fiesta del Rey me retendrán aquí. Aparte de esto, los resultados de las elecciones son siempre tan inseguros, que la verdad, hubiese dudado mucho antes de abandonar mi puesto y de hacer un viaje de más de cien millas (1), quién sabe si para asistir á mi derrota (2); he resuelto, pues, no ir, con tanto más motivo, cuanto que la mayoría de los electores vota por espíritu de partido y no dominado por la influencia de la persona del elector.

(1) La milla alemana equivale á 7  $\frac{1}{2}$  kilómetros.

(2) Bismarck fué elegido.

Teniendo en cuenta la proximidad de las fiestas que han de celebrarse el día 15, me he permitido dirigir á V. E. una nota pidiéndole la concesión de suplementos pecunarios á los oficiales subalternos. Con arreglo á las tradiciones de los últimos años y dado el ejemplo de los austriacos, no es posible evitar que tomen estas fiestas un incremento muy superior á los modestos recursos con que cuentan las cajas de la oficialidad, apesar de que los gastos se reparten proporcionalmente á la paga de cada oficial. Por este sistema, el alférez desembolsa de 25 á 30 thalers, suma que, si no tiene fortuna personal, basta para quitarle el sueño antes y después de las fiestas, pues que todos los oficiales deben contribuir á su esplendor. Bajo este punto de vista, nuestra guarnición está en una situación excepcional, desde el momento en que celebra la fiesta en el extranjero y aquí donde toda manifestación prusiana es objeto de severa crítica y donde además el uso ha establecido que se festeje á los compañeros de Austria, de Baviera y de Francfort. El Ministerio de la Guerra concedió el año último cien thalers con este objeto; pero esa suma mínima produjo naturalmente una impresión más bien mala que buena, entre aquellos á quienes se trataba de favorecer. Por mi parte llego hasta creer que la oficialidad aquí tiene en cierto modo carácter de representación diplomática en el extranjero, consideración que justificaría un empréstito á los fondos de ese Ministerio de Negocios Extranjeros. Abrigo la convicción de que si V. E. se hallase dispuesto á gastar mil thalers, estarían con tal motivo perfectamente empleados.

Respecto al día 15, supongo que no cuenta el luto por el Príncipe Weilhelm (1), y en las fiestas pienso tomar la participación siguiente: Iré por la mañana á la iglesia con los miembros de la Embajada para asistir á nuestra misa militar, y después de presenciar la revista, volveré á mi casa con objeto de recibir las felicitaciones de costumbre y de dar un banquete de gala, invitando á la Dieta, á los diplomáticos acreditados, tanto cerca de ella como del Gobierno de la ciu-

---

(1) Murió el 28 de setiembre de 1851.

dad, á los dos burgomaestres y al personal de nuestra representación, sin exceptuar ni á Cruger (1) ni á Delbruck (2).

He tenido con el Conde de Thun, hace próximamente quince días, una explicación personal muy franca y muy categórica respecto á la dificultad de nuestra mutua correspondencia y de su falta de atención y de cortesía, que quita al engranaje de las relaciones entre ambos el aceite, por decirlo así, de las conveniencias sociales. Con gran extrañeza vi que acogía muy bien mi franqueza, prometiéndome renunciar á su enojosa manera de conducirse. Desde entonces, todo marcha mejor entre nosotros, y en general con todos, y en particular conmigo se muestra más amable que antes. Me tomo la libertad de incluir á V. E. una muestra de la letra y estilo del Conde, un billete que acabo de recibir de él sin ninguna importancia.

### XIII

Política comercial del Austria.—Crisis ministerial en Hanover.—Cuestión constitucional en Kur-Hesse.—Los Gobiernos alemanes sometidos á las influencias del Austria.—Creación de una policía central.—Representantes extranjeros ausentes.—La reunión de la comisión de marina demorada indefinidamente.—El Barón Dungern.—Tendencias políticas del Barón de Münch.—Asuntos concernientes á la flota.—Detalles íntimos.

9 octubre 1851.

Tengo la honra de enviar á V. E. estas líneas por conducto del Sr. Delbruck, que piensa salir esta noche para Berlín. El informe de este consejero, remitido ayer, habrá enterado á V. E. de cómo en la última sesión de la comisión especial, manifestó el Austria casi sin rodeos su intención de ampliar la procuración de los comisarios, impulsándoles á seguir un

(1) Miembro de la tesorería de la Dieta, consejero íntimo en Prusia.

(2) Comisario prusiano agregado á la Legación de su país cerca de la Dieta para los asuntos comerciales.

derrotero completamente extraño al asunto para que han sido enviados aquí; de darles, en una palabra, más que el carácter consultivo, el de negociadores revestidos de plenos poderes. Los esfuerzos del Austria para trasportar la legislación comercial alemana del Zollverein (unión-aduanera) á la Dieta, son naturales, como lo son los esfuerzos contrarios de la Prusia; para no compartir con Austria la situación adquirida; sobre todo porque la sola ventaja que la unión podría esperar, después de la convención del 7 de setiembre, sería ver al Austria disputarnos la supremacía en el Zollverein. Creo á Dellbruck bastante hábil para poner término á las tentativas constantemente renovadas de la parte adversa, sin dar á sus respuestas evasivas un sesgo capaz de infundir sospechas respecto á Prusia; pero estoy casi convencido de que el Austria no tardará en reconcentrar toda su energía y toda su obstinación en apoyo de esta política comercial y que en resumidas cuentas nos veremos obligados á tener que darle una respuesta negativa que no deje lugar á réplica.

Doy las gracias á V. E. por la carta que mi mujer me ha entregado. La pieza que era adjunta, está sin duda ninguna escrita en un tono paternal inconveniente (1); pero comparto en absoluto con V. E. la opinión de que en las relaciones diplomáticas, las palabras mordaces, cuyo móvil no es otro que el de impresionar desagradablemente al adversario, tan sólo perjudican los intereses de aquel que las emplea, aun en el caso de que se crea autorizado á ello por sus relaciones privadas. Afortunadamente, no nos encontramos en el caso de tener que recurrir á una demostración de fuerza que podría quebrantar los límites del verdadero derecho, y por lo tanto, tampoco tenemos necesidad de renunciar á las ventajas políticas que nos concede en la opinión pública la comparación de nuestra situación con la del Austria. No he podido descubrir todavía si se ha escrito en el mismo sentido á los grandes Estados; pero á los pequeños, el de Hessen á la cabeza, no me parece que se haya hecho así.

---

(1) Se ignora el contenido de este escrito.

El Consejero íntimo Klenze se muestra muy alarmado con motivo de la crisis ministerial de Hanover, llegando hasta pretender que el Conde Adolph Platen, representante de Hanover en Viena (1), pueda entrar en la nueva combinación ministerial. Platen es un adversario apasionado de la Prusia; pero á juzgarle por lo mucho que le conozco, creo que tendrá muy buen cuidado en no cambiar su agradable posición de fronde-ro y crítico cerca de la corte amiga de Viena, por el puesto peligroso de un Ministro, blanco de todas las iras y responsable de todos sus actos. Apesar de que soy radicalmente adversario de que se sacrifique en mi propia patria el derecho político, tengo, sin embargo, el suficiente egoísmo prusiano para no ser hasta tal punto escrupuloso cuando se trata de Hanover, y si V. E. me pidiere mi opinión, le aconsejaría humildemente que no apoyase allí más que un Ministerio dispuesto á unirse á nuestra política. Tenemos la casa propia en bastante buen estado para que nos sea dado tolerar y sostener en Hanover un Ministerio liberal, antes que un Ministerio austriaco.

Respecto á la cuestión del electorado de Kur-Hessen (2), dígnese V. E. recordar que le escribí anteriormente, propósito de cierta proposición presentada por el señor de Trott (3), concerniente á la toma en consideración de una garantía de empréstito. Por lo que me dijo este señor en dicha época, me inclino á creer que el tesoro del electorado se encuentra ya en la actualidad sin recursos con qué atender á sus compromisos.

El Sr. Uhden (4) habrá explicado á V. E. á qué altura se encuentra la cuestión y de qué manera el Gobierno de Kur-Hessen cuenta procurarse recursos, prometiendo un proyecto de Constitución y la creación de dos Cámaras. No hablo de

(1) Conde Adolph-Platen-Hallermund, en efecto, Ministro más tarde de Negocios Extranjeros.

(2) Habla del conflicto constitucional de Kur-Hessen, de que la Dieta se ocupaba en aquel momento.

(3) Representante del Estado de Kur-Hessen.

(4) Ministro de Prusia en Cassel, capital del Estado de Kur-Hessen.

este asunto sino para ponerme de acuerdo con V. E., pues sería conveniente aprovechar esta situación para recordar al Gobierno de Cassel que tan necesaria le es la amistad de la Prusia como la del Austria. La necesidad que tienen de nuestro concurso para apresurar el establecimiento de esta Constitución, nos autorizaría á ello.

Uno de los motivos principales por los cuales gran parte de nuestros confederados alemanes se muestran más sensibles á las influencias del Austria que á las de Prusia, se funda en el temor que les inspira de aquélla, el rencor y la sed de venganza, en tanto que á nosotros se nos considera más bonachones y de mejor pasta; otras razones contribuyen además á este resultado: la desconfianza que abrigan contra los planes unitarios de la mediatización y la esperanza que tienen las pequeñas cortes de obtener del Austria un poder más ilimitado que de nosotros.

El Conde de Thun, accediendo á mis deseos, ha diferido para la próxima sesión la presentación del proyecto relativo á la policía central (1), con objeto de ganar antes alguna voluntad entre los Ministros.

Por parte de Baviera esperamos enérgica oposición; pero yo creo, sin embargo, que el proyecto pasará. Cuando esta institución funcione, ofrecerá quizá el medio de apoderarse de la policía de Francfort, poniendo fin de esta manera á los inconvenientes que resultan de la ausencia de toda policía local, pues en tanto que el cuidado de la seguridad y de la vigilancia esté confiado á un burgomaestre renovado todos los años, y á un senador prefecto de policía, nombrado asimismo cada tres años cobarde y sin experiencia, no es dado contar con ninguna mejora; añadid á esto que el círculo de acción de los agentes de policía de una ciudad tan grande y de un centro internacional tan considerable termina en las murallas, no pudiendo extenderse á mayor distancia sino merced á un sistema de requisición muy lento é imperfecto. Además, la gendar-

---

(1) Este proyecto fué presentado á la Dieta el 11 de octubre del 51, pero no se aprobó durante la misión de Bismarck en Francfort.

mería de aquí es un cuerpo cuyos miembros pertenecen más bien á la categoría de los agentes ó vigilantes nocturnos (serenos) de las pequeñas ciudades, que á la de empleados del poder ejecutivo, y están en parte afiliados á la democracia.

Varios de los Ministros representantes extranjeros se encuentran ausentes. El Sr. Bauks (1) en Italia, y en muy mal estado de salud. Schele escribió ayer diciendo que no volverá tan pronto como creía y que no le es posible fijar la fecha de su regreso.

Indicios bastante seguros me hacen creer que el Conde de Thun ha consentido en diferir hasta la vuelta del Sr. de Schele la reunión de los tres comisarios de marina, invocando el pretexto de quehaceres extraordinarios del servicio.

He pedido inmediatamente, y con éxito, que se llame de nuevo á Brommy (2); Thun tomó también un tono indignado á propósito de la ausencia de Brommy; pero la víspera me había expresado el deseo de presentar oportunamente, de acuerdo con la Prusia, la nueva proposición del Austria, sobre la organización de la marina, á fin de que pueda servir de base á las deliberaciones de los tres comisarios, y añadió que sería muy sensible que Schele no volviese antes de dicha época. Le dije que no me era posible todavía declararme respecto de esta nueva proposición, y que esperaba instrucciones. Esta proposición es, según la propia opinión de V. E., prematura é injusta.

Dungeru (3), representante del gran ducado de Nassau, se encuentra en Austria desde hace algún tiempo, con objeto de colocar en el ejército, en calidad de cadetes, á algunos parientes mozos.

El Sr. de Munch (4) estuvo en Bélgica, donde ha puesto á sus hijos en un colegio. He sabido últimamente que es católico, y esto me ha dado nueva luz sobre su tendencia políti-

(1) Ministro de la ciudad libre de Hamburgo en Francfort.

(2) Contraalmirante de la escuadra alemana en el mar del Norte.

(3) Y también de Braunschweig.

(4) Barón de Münch-Bellinghausen, representante del gran ducado de Hesen cerca de la Dieta.

ca; V. E. juzgará en qué extremo se coloca como hombre de Estado, cuando le diga que Munch en una conversación privada, me declaró que vería desaparecer con el mayor disgusto de la fachada del palacio federal, en donde flota siempre, la bandera negra, roja y oro. Pretende que *por este camino* se abandonaría á la democracia el dominio de las simpatías nacionales, mientras que se las alejaría de semejante elemento, cuya expresión está en los tres colores, conservando á la confederación dicha bandera. Todas las notas federales llevan todavía una cubierta negra, rojo y oro, y los cañones, etc., etc., así como los muros de las fortalezas propiedad de la confederación, ostentan los susodichos colores. Cuando participé ayer al Conde de Thun que Prusia pagaría la contribución de Dresde (1), me abrazó de alegría: acababa de recibir un telegrama dándole orden de pagar la cuota del Austria.

Si realmente hemos hecho esta promesa á Dresde, nuestro honor exige que paguemos; en cuanto al compromiso de pagar el segundo plazo, todavía podré, en un cierto modo, explotar el tiempo, como desde luego prescribe la instrucción.

Desde que mi mujer y mis hijos están conmigo, veo á Francfort con mejores ojos, apesar del desorden y molestias que me ocasionan los numerosos obreros que tengo en casa.

(*Se continuará.*)

---

(1) Para el sostenimiento de la escuadra alemana.





## VARIEDADES

---

**O**BSERVATORIO METEOROLÓGICO DE MONTSOURIS.— Todos los años publica este centro un elegante volumen en que se dan multitud de noticias curiosas y se insertan memorias y trabajos de sumo interés, realizados bajo la alta dirección del notable físico Mr. Marié-Davy. En el *Anuario* correspondiente á 1885 hay, aparte de otros datos, tablas psicrométricas é higrométricas, cuadros numéricos para uso de los agricultores, y antiguas observaciones meteorológicas verificadas en París. Sigue un resumen hecho por Mr. Descroix, de las observaciones meteorológicas efectuadas en Montsouris durante un período de doce años, respecto á la temperatura, estado higrométrico, evaporación, presión barométrica y lluvia. Baste decir que los resultados de tan numerosas observaciones ocupan veintiseis cuadros.

Mr. Leon Descroix publica también una sucinta Memoria sobre la variación secular, en dirección, de la aguja magnética horizontal, Memoria que complementa la que en el año anterior dedicó á las variaciones de la dirección de la fuerza magnética en Montsouris.

Encuétrase á seguida una concienzuda Memoria que se titula *Meteorología aplicada á la higiene y á la agricultura*,

compuesta por el ilustre sabio Mr. Marié-Davy y por su hijo Fernando, ayudante del Observatorio. Contiene las divisiones generales que siguen: 1.<sup>a</sup> *Instrumentos meteorológicos*. 2.<sup>a</sup> *Aplicación de la climatología á la higiene*. 3.<sup>a</sup> *Aplicación á la agricultura*. Y 4.<sup>a</sup> *Cultivos en el agua de la alcantarilla de Genevilliers*. Forma parte de este importante estudio una serie de consideraciones que se desprenden de las observaciones practicadas. Esbózase á la ligera la monografía del trigo, incluyéndose varios cuadros respecto á los fenómenos de la germinación, efectos de las heladas y lluvias, etc. Especialmente merecedora de atención es la monografía de la vid, considerada desde el punto de vista de sus diversas fases vegetativas, foliación, floración, etc., relacionadas con las distintas circunstancias meteorológicas. Se ha emprendido una serie de observaciones para determinar qué influencia ejerce el uso de las aguas de los pozos negros, empleados en abundancia como riego, en el desarrollo de las plantas leñosas, roble, chopo, sauce, fresno, arce y abeto rojo. Claro está que como estas plantas necesitan bastantes años para fructificar, se tardará todavía mucho tiempo en obtener resultados.

Mr. Alberto Lévy prosigue sus investigaciones sobre el *Análisis del aire, de las aguas meteóricas, de las de las alcantari-llas y de las aguas corrientes*. Algunas de las observaciones se refieren á las aguas del Sena, tales como las envían las bombas á los habitantes de París; en el análisis del aire son muy curiosos los procedimientos que se adoptan en las experiencias para la investigación del ozono; las relativas al ácido carbónico inducen al Sr. Lévy á poner fuera de duda que la proporción de aquel gas contenido en el aire varía sensiblemente de un año á otro, de un mes á otro y hasta en dos días consecutivos, si bien las medias mensuales correspondientes á varios años de análisis dan resultados casi idénticos.

Termina el *Anuario* con un trabajo del Dr. Miquel, que se titula *Septima Memoria sobre los organismos microscópicos del aire y de las aguas*. Se divide en seis capítulos denominados: I. *Bacterias del aire de París*. II. *Pureza del aire de las montañas*. III. *Organismos microscópicos del aire del mar*. IV. *Cultivo*

*de las bacterias. V. Variaciones horarias de las bacterias. Y VI. Bacterias de las aguas de lluvia.*

Indicaremos muy en extracto algunos de los hechos más salientes. La dosificación de los gérmenes ó bacterias contenidas en diferentes atmósferas conduce á los resultados que siguen: mientras la atmósfera marina del Océano Atlántico no acusa ni aun una bacteria por metro cúbico, sino solamente la fracción 0,6, el aire de la calle de Rívoli da 3.480. El aire de las casas nuevas de París da 4.500, el de las casas viejas 36.000 y el del hospital de la Pitié 79.000. En las altas montañas se reduce este número á la unidad. En las habitaciones de los buques elevase ya á 60. En lo alto del Panteón de París no hay más que 200 bacterias por metro cúbico; en el parque de Montsouris 480.

Refiere después Mr. Miquel los experimentos del micrografo suizo Freudenreich (de los cuales ya hemos dicho algo en un número anterior de la REVISTA), efectuados en medio de las nieves, á altitudes comprendidas entre 2.000 y 4.000 metros, con el fin de recoger y dosificar el aire de estas regiones. Se da cuenta en el capítulo III de los viajes hechos por el Atlántico y el Mediterráneo por Mr. Moreau, comandante de la marina francesa, durante los que se dedicó á interesantes experiencias de micrografía. He aquí los principales resultados: á unos 100 kilómetros de la costa es casi completamente puro el aire del mar, lo cual ocurre también en las costas, en la playa y hasta en los puertos mismos, cuando el aire sopla del mar. De suerte que éste purifica rápidamente las atmósferas contaminadas que recibe de tierra adentro.

El *cultivo* de las bacterias, de esos microscópicos organismos entre los cuales tantos enemigos tiene el hombre, es una de las cosas más sorprendentes. Infiérese, no obstante, que sólo por el cultivo de los gérmenes infecciosos es como se conseguirá determinar su naturaleza y los medios de combatirlos eficazmente, si no destruyéndolos, preservándose de ellos, por lo menos. En el capítulo IV expone y discute muy acertadamente el Dr. Miquel los procedimientos que para aquel cultivo se emplean en los laboratorios. Grande amor á

la ciencia es preciso para observar día por día y hora por hora la cantidad de bacterias contenidas en el aire atmosférico, y este trabajo lo efectúa con incansable actividad el sabio doctor Miquel, quien, con el propósito de facilitar esta y otras penosas tareas, ha ideado ingeniosísimos instrumentos, que denomina *aeróscopo registrador* y *udobacterímetro*.

Para concluir, enviemos nuestra enhorabuena á cuantos contribuyen á la formación del utilísimo *Anuario del Observatorio meteorológico de Montsouris* y muy especialmente á su célebre director Mr. Marié-Davy, que tanto honra á Francia con sus talentos y grande actividad.

\*  
\* \*

UNA PLANTA CARNÍVORA.—La señora M. Treat ha efectuado en estos últimos años muchas experiencias sobre una planta carnívora de la Florida, denominada *Sarracenia variolaris*. El periódico inglés *Nature* analiza en su número de 30 de julio último el resultado de estas investigaciones, que resumiremos brevemente. En las *Sarracenia* el nervio medio de la hoja se prolonga más allá del vértice y forma una especie de urna de seis á ocho centímetros de profundidad y de dos á cuatro de anchura.

El orificio de esta urna hállase cubierto por una tapadera que se abre y se cierra bajo determinadas influencias. Por la mañana está llena la urna ó copa de agua clara, y la tapadera está aplicada al orificio; en el curso del día se levanta la tapadera poco á poco y el agua se evapora en parte. Una zona de tejido, color púrpura, rodea el borde de la urna y segrega un líquido azucarado que atrae á los insectos. Las hormigas, en particular, apetecen mucho esta secreción; se las ve dirigirse en largas filas hacia la urna, pero ninguna vuelve. Los insectos que prueban la secreción azucarada, no tardan en presentar fenómenos particulares; tiemblan, hácese inconexos sus movimientos y se caen fácilmente. Si se les quita de la hoja, se quedan quietos y tranquilos algún tiempo; pero en cuanto les es posible vuelven á la carga, tan-

to las atrae el veneno, como el borracho torna á beber vino y el fumador de opio ó de tabaco coge de nuevo la pipa. Los insectos de mayor tamaño presentan los mismos fenómenos que las moscas y hormigas, pero el mal progresa con menos rapidez: la Sra. Treat se expresa del modo siguiente: «Una gran cucaracha ocupábase en nutrirse de los productos de secreción de una hoja fresca que aún no había atrapado más que pocas víctimas. Después de haber comido un rato, se introdujo en el interior de la urna hasta el punto de que no pude sacarla ni aun invirtiendo la hoja y golpeando fuertemente sobre el fondo de la urna. Era ya á hora bastante avanzada de la tarde cuando la ví entrar; al día siguiente por la mañana abrí la urna, cortándola; la cucaracha vivía aún, pero estaba recubierta por una secreción producida por la superficie interna de la urna, y sus patas se desprendieron del cuerpo al querer sacarla de su prisión. Según todas las apariencias, la terrible *Sarracenia* estaba comiéndose viva á su víctima. Quizás, apesar de esto, no debería llamarla «terrible,» porque al parecer la planta da á sus víctimas, antes de devorarlas, una especie de brebaje que recuerda las aguas del Leteo.»

Mientras es corto el número de insectos contenidos en la urna, no se percibe ningún mal olor; pero en cuanto aumenta la cantidad de éstos se desprende un olor fétido. A la planta no la molestan la putrefacción de sus alimentos, antes por el contrario se acomoda á ella perfectamente. Digiere muy bien la carne fresca, pero es necesario para esto que sea completamente embebida. La asimilación debe verificarse rápidamente, porque al cabo de tres ó cuatro días á lo sumo, no quedan de los insectos más que las alas y las partes duras. Sería interesante conocer la composición química de los flúidos digestivos, la forma en que son absorbidos los alimentos y la manera cómo éstos penetran y circulan por la planta.

\* \* \*

NUEVO MAPA DE ESPAÑA.—Antes quizás de sentir el hombre deseos de conocer la verdadera figura del pequeño planeta que habitamos, procuró formarse idea del rincón del mundo á que dió el hermoso nombre de patria. Mas, como en todo, hubo de cometer grandes errores en los comienzos de la cartografía, errores inevitables á causa de hallarse en la infancia artes y ciencias que hoy han progresado considerablemente. No poseía el hombre de remotas edades los anteojos de poderosísimo alcance que le ayudan ahora en sus investigaciones, ni los medios conducentes á determinar los ángulos con la asombrosa precisión de décimas de segundo, ni era la electricidad su esclava...

Pero á tenor de los adelantamientos logrados han crecido las exigencias, de suerte que mapas que fueron antiguamente maravilla del ignorante y aun del sabio, tendríanse hoy por croquis groseros, apenas dignos de que fijase en ellos su mirada la persona inteligente. De aquí que hoy, como ayer, sea empresa ardua y por demás difícil la formación del mapa general de un país de tan extensa superficie como el nuestro y con tan especiales condiciones estadísticas y topográficas. Si tiene gran copia de datos geográficos y noticias útiles, requiere excesivas dimensiones, con lo cual ni es posible inspeccionarlo prontamente ni se le maneja con la facilidad que exige un mapa de uso frecuente y práctico. Por el contrario, si se quiere en reducido espacio situar y designar con sus nombres, no siempre breves, todas las entidades de población, á partir de cierta cifra poco elevada, sin omitir la orografía é hidrografía del suelo y otros datos de gran utilidad y aplicación, el trabajo no es ya difícil, sino materialmente imposible.

El cartógrafo debe dar á conocer los hechos tales como se presentan á su estudio, con la mayor extensión, claridad y armonía. Pero á menudo resultan incompatibles estas condiciones cuando se trata de un mapa general de reducido tamaño, y entonces no es raro que el premio á los afanes del autor sea una crítica despiadada ó malévola, crítica temible porque la hacen personas que disfrutan fama de competentes, ansiosas de poner reparos y encontrar lunares á un tra-

bajo que tal vez no hubiesen sido capaces de ejecutar. Tal habitante de determinada comarca observa y censura que su pueblo natal no aparece en el mapa que examina, al paso que otros, quizá de menor población, están incluidos; pero ¿ha tenido en cuenta el crítico la situación geográfica de aquél y de éstos; si el pueblo que se omitió es ó no capitalidad de Ayuntamiento, si está ó no rodeado de entidades mayores ó más importantes de población en condiciones tales que, sin perjuicio de la claridad, hubiera sido imposible poner su nombre; y por último, si otros detalles cartográficos ineludibles, como por ejemplo, la orografía, los ríos, las líneas férreas, carreteras, etc., han podido acaso oponerse á ello? Relacionada íntimamente la densidad de la población con la naturaleza del suelo, el clima y la topografía del país, acumúlase aquélla en las regiones más favorecidas, al paso que en otras escasea. Hay, pues, imprescindible necesidad, al formar nuestro mapa para publicarlo en pequeña escala, de omitir pueblos (á veces importantes) en determinadas comarcas, al par que en las extensas de la Mancha y otras análogas poco pobladas, deben insertarse, por razón de estética, pueblos relativamente pequeños.

Los diferentes elementos que han de formar un mapa general están, por consiguiente, subordinados unos á otros, y para hacer la elección definitiva de los que han de entrar á componerle, necesitase un largo y detenido estudio comparativo. Pero á estas dificultades, que ligeramente apuntamos, se une otra de mayor cuantía, cual es la carencia casi absoluta de datos en algunas provincias.

Habiéndose encomendado en 1882 al ilustre General don Carlos Ibáñez é Ibáñez de Ibero la demarcación de las zonas militares para situar las reservas y depósitos de todas las armas del ejército, interesante trabajo en el que debe tomarse en cuenta la densidad de la población, la orografía é hidrografía del país, la importancia militar de algunas comarcas, los medios de comunicación y hasta los elementos de riqueza de cada una de ellas, tuvo necesidad nuestro sabio compatriota, para dar feliz acabamiento á la obra titulada *Zonas militares asignadas á los Cuerpos del Ejército para su reemplazo y*

*organización de sus reservas y depósitos* (1), de reunir gran número de datos que supliesen á la falta de buenos mapas provinciales.

Grande y muy singular encomio merecen la asiduidad, constancia y vastos conocimientos militares y administrativos que revela en esta obra el Sr. Ibáñez; pero aún merece mayores alabanzas, porque apenas terminada aquélla, ha dedicado todo su empeño á la realización de una empresa que, sobre ser igualmente importante, ofrece campo más extenso y provechoso á los usos de la vida. Quería dotar á España de un mapa general en escala de 1 : 1.500.000, en el cual, utilizando los elementos que antes había acumulado para la expresada obra, los ya adquiridos por el Instituto Geográfico y Estadístico, que tan acertadamente dirige, y los trabajos antiguos y modernos merecedores de crédito, contuviese en pequeño espacio mayor copia de datos geográficos y noticias útiles que los comprendidos en las mejores publicaciones del extranjero. Con esto conseguíase que adelantase considerablemente la geografía de nuestro país, tributaria hasta entonces, por lo que toca á esta clase de mapas, de una casa alemana.

Compréndese en cierto modo lá importancia y exactitud del nuevo mapa general de España, fijando la atención en la siguiente lista de los trabajos, datos y publicaciones que han contribuído á su formación:

- 1.º La red geodésica de primer orden de España, establecida por el Instituto Geográfico y Estadístico.
- 2.º Determinaciones astronómicas, hechas por este mismo centro, de las latitudes, azimutes y diferencias de longitud de varios vértices geodésicos situados en las costas y en el interior.
- 3.º La traza de las costas de la Península, publicada por la Dirección de Hidrografía.

---

(1) Publicada por el Ministerio de la Guerra é impresa en la imprenta de la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico. Un tomo de xx-484 folios y un mapa, 1882.

4.º La red altimétrica de precisión, debida también al Instituto Geográfico y Estadístico.

5.º Las triangulaciones de segundo y tercer orden geodésicos de todas las provincias ya trianguladas por el mismo Instituto.

6.º La triangulación topográfica de las nueve provincias de Madrid, Toledo, Albacete, Ciudad Real, Jaén, Córdoba, Sevilla, Cádiz y Málaga; en las que se hallan terminados ó están á punto de terminarse los trabajos topográficos hechos por el repetido Instituto.

7.º La proyección horizontal ó planimetría del territorio de dichas nueve provincias, determinada asimismo por el Instituto.

8.º Varios reconocimientos topográficos parciales ejecutados por dicho Centro.

9.º Toda la superficie comprendida en las hojas del mapa de España en escala de 1 : 50.000, ya publicadas, y en las que tiene dibujadas para su próxima publicación el Instituto Geográfico.

10. Las noticias publicadas por la Dirección general de Obras públicas sobre ferrocarriles y carreteras del Estado.

11. Las mismas noticias referentes á carreteras provinciales.

12. Estadística telegráfica publicada por la Dirección general de Correos y Telégrafos, que comprende todas las estaciones telegráficas, tanto del Gobierno como de las empresas de ferrocarriles, con expresión de los servicios permanente, completo y limitado de cada una de ellas.

13. Todos los mapas generales y provinciales publicados hasta el día, tanto en España como en el extranjero.

A fin de no romper la unidad geográfica de la Península, se ha hecho una indicación de Portugal (y así se expresa en nota al pie del mapa) tomando lo indispensable de los trabajos portugueses.

El mapa de España, compuesto por el General Ibáñez, está grabado á dos tintas en una sola hoja de 0<sup>m</sup>,84 por 0<sup>m</sup>,61. También por su parte material puede competir con las mejores publicaciones del extranjero, lo cual se debe tanto

á la perfección con que se estampa en la excelente litografía del Instituto, como al talento artístico de D. Pedro Peñas, profesor jefe de los grabadores de este centro, que ha realizado con suma delicadeza este importante trabajo.

Así es que aun cuando el número de pormenores que constan en el mapa es muy considerable, se ha conseguido esto sin perjuicio de la conveniente claridad, no obstante haberse aumentado mucho las noticias con respecto á las contenidas en el mapa alemán de Stiller, que de igual tamaño, aunque en cuatro hojas, había hasta ahora dominado sin rival en la geografía española.

\*  
\* \*

PUBLICACIONES.—Dos sabios franceses de gran renombre, los señores Paul Bert y Rafael Blanchard, acaban de publicar un excelente libro de estudio titulado *Elementos de Zoología* (1), en el que exponen de modo elemental y sencillo y con suma claridad y precisión los principios más indispensables para el conocimiento de la historia de los animales, sus funciones, caracteres que distinguen á las clases, órdenes, familias y géneros, desde los bimanos, incluso el hombre prehistórico; hasta los protozoarios y moneras, esto es, hasta el límite inferior de los seres organizados.

Parece lo más verosímil que fueron éstos los que primeramente aparecieron en el mundo. ¿Pero cómo aparecieron? ¿Se han convertido, mediante lenta y progresiva transformación, en seres más complicados? La solución de estas importantísimas cuestiones, relacionadas con la filosofía, resérvanla los autores Mrs. Paul Bert y Blanchard para darla en un nuevo libro que preparan, dedicado á los alumnos de facultad.

Aun cuando á muchos de nuestros lectores cause extrañeza, la obra de que vamos á hablar ahora, que trata de entomología y es verdaderamente notable, está compuesta

---

(1) *Éléments de zoologie*, por Paul Bert et Raphaël Blanchard.—Un tomo en 8.º con 613 figuras intercaladas en el texto; París, G. Masson, 1885.

por una señorita. Titúlase *Manual de insectos dañosos* (1) y su autora se llama Miss Eleanor A. Ormerod. Es un libro en que se compila lo más importante respecto á los insectos que atacan á las plantas agrícolas é infestan á menudo los montes. Para ello, la escritora, después de imponerse en los adelantos y principios todos de la zoología, ha consultado las principales obras publicadas en Alemania, Francia é Inglaterra sobre entomología.

Las descripciones que hace de los insectos son muy precisas, el orden en que los va estudiando el más apropiado al objeto que persigue y los métodos para destruirlos son también los mejores. En todo el libro demuestra profundísimo saber su ilustre autora, y bien quisiéramos que aquél fuese traducido al español, porque encierra grande y muy útil enseñanza para nuestros agricultores. Este es el único deseo que nos atrevemos á manifestar, ya que fuera ilusorio pretender, por el momento, que nuestras compatriotas imiten el ejemplo de Miss Eleanor A. Ormerod, quien con tal afán trabaja que anualmente publica una Memoria en que da cuenta de sus observaciones sobre los insectos perjudiciales.

R. ÁLVAREZ SEREIX.

(1) *A Manual of injurious insects with methods of prevention and remedy* by Eleanor A. Ormerod.—Un tomo en 8.º de 324 páginas con numerosas figuras en el texto.





## NOVELAS NORTE-AMERICANAS

# EL CORONEL.—MI SUEGRA

### CONTINUACIÓN (1)



A idea me parece excelente—añadió el teniente coronel,—por lo tanto, propongo esa candidatura.

—Yo apoyo la proposición—exclamaron muchas voces.

Se procedió al escrutinio, y no apareció ni una papeleta contraria á Jonas.

Por unanimidad fué elegido por segunda vez coronel del 901.

Su sorpresa y gozo cuando le anunciaron este resultado son más fáciles de concebir que de explicar.

En vano se resistió á aceptar el nombramiento; no tuvo más remedio que ceder.

El más contento de todos fué el coronel Withers.

—He presentado ayer tarde la dimisión—le dijo Jonas durante el almuerzo.

(1) V. la pág. 350 de este tomo.

El coronel se preguntó si su futuro yerno no estaría calenturiento.

—¿La dimisión?—replicó.—¿La dimisión de coronel?

—Sí, señor.

—Pero el regimiento le ha reelegido por unanimidad, papá—exclamó Kitty.

El coronel respiró, bebió un vaso de vino, reflexionó un momento y se convenció de que no había otro medio más digno de corresponder á las bondades del bravo regimiento 901, que invitarlo en masa á la boda de Kitty y Jonas.

No hay que decir que esta boda fué la más ruidosa de la temporada.

El entusiasmo llegó á su colmo al desfilarse los novios en un elegante carruaje delante del regimiento, Kitty con su lindo traje blanco y Jonas con su flamante uniforme de gala. La explosión fué general, prorrumpiendo todos en un atronador:

—¡Hurra por el coronel Smith!

---

## MI SUEGRA

—Carlos, te lo ruego; no hables á mi mamá con ese tono. Aunque no fuese más que por consideración á tu mujercita...

—Sí, ya conozco que me excedo un poco; pero no lo puedo remediar. Siempre acaba por exasperarme. ¿No podría ella, por su parte, mostrarse, al menos, algo deferente conmigo? Nuestro casamiento es un hecho irrevocable, ¡qué diablos! Las objeciones que me hace tu mamá no vienen á qué... ¿Piensa acaso que me voy á dejar llevar en andadores como un niño?

—No hay que ser muy exigente, querido... ¿Por qué no tratas de atraértela? Hazlo, te lo ruego, hazlo por mi amor.

He aquí mi situación después del primer mes de matrimonio. La luna de miel no había terminado todavía. Mi esposa y yo lo pasábamos en una linda estación veraniega, donde todo lo que nos rodeaba era risueño y elegante. El hotel, aunque pequeño, estaba admirablemente dispuesto, y el trato no dejaba nada que desear. Mi querida Bessie, mi ángel de amor, no deseaba otra cosa más que ser dichosa y hacerme á su vez feliz. Todo, lo repito, parecía estar dispuesto á medida de nuestro gusto, para pasar una deliciosa temporada.

Todo, digo, siempre que Bessie hubiese sido huérfana. Desgraciadamente, mi mujer tenía una madre, que á las dos semanas de nuestra boda tuvo por conveniente venir á reunirse con nosotros, con el propósito, tal vez, de permanecer á nuestro lado toda la vida.

La perspectiva no era, en verdad, muy halagüeña.

Hasta entonces me había parecido simplemente ridículo el pensar que Bessie y yo pudiéramos tener cuestión alguna jamás, ni llegar tan siquiera á hablarnos en un tono más ó menos duro.

Yo no carecía de experiencia. Tenía delante el ejemplo, entre otros, de mi alegre amigo Fred y su encantadora esposa. No hacía dos años que se habían casado y ya existía entre ellos cierta frialdad que todo el mundo notaba. ¿Un movimiento de impaciencia del marido, un simple fruncimiento de cejas ante el público, no son accidentes bastantes para revelar la existencia de accesos de cólera y de querellas en la intimidad del hogar doméstico? No había más que reparar en la altanería desdeñosa de la dama, ó recoger de pasada alguna de sus frases, para comprender que la llama del amor se había apagado ya entre los dos esposos, en el espacio de aquellos dos años.

Por lo demás, en el mundo se encuentran á cada paso muchas sociedades conyugales, cuyas relaciones están á cero grados, si es que no pueden considerarse como rotundamente hostiles.

Pero hay que observar que yo no tenía nada de fastuoso, y que Bessie no había tenido nunca aspiraciones á la elegancia. Nos diferenciábamos, bajo muchos conceptos, del común

de las víctimas. Nuestra unión había sido un verdadero matrimonio por amor. Bessie era una mujer sensible y sin pretensiones, razonable y de corazón puro; no pensaba más que en ser una esposa fiel y amante, hasta que la muerte nos separase. Por mi parte, excusado es decir que era generoso, tierno y que estaba dispuesto á hacer toda clase de sacrificios y todos los esfuerzos imaginables para justificar la confianza que aquella dulce criatura había depositado en mí. En nuestro cielo no debía haber nunca nubes; nunca debía mostrarme egoísta ó impaciente; nunca debía oscurecer la más débil nube aquella fresca imaginación, ni herir, por mi parte, aquel corazón sensible con la menor imprudencia ó ligereza.

Pero lo malo era que yo no podía vivir en buena inteligencia con su madre. Y he aquí por qué antes de terminar nuestra excursión y antes de que estuviéramos instalados en nuestro hogar donde por lo menos, los cuidados y los deberes son accidentes de antemano previstos, llegamos á impacientarnos y á tratarnos en tono algo duro, comenzando Bessie á mover sus frescos labios con aire mohino y á golpear nerviosamente con la punta de sus pequeños dedos en la balaustrada del balcón. Todo porque acabo de manifestar mi piadoso deseo de ver á su mamá... en Jericó.

De pronto me pareció ver algunas lágrimas en los adorables azules ojos de mi esposa, y furioso contra mí mismo, pasé mi brazo alrededor de su cintura, apoyando mi mejilla en la suya y diciéndole tiernamente:

—Dejémoslo, querida. Lo he dicho sin reflexionar. No pensemos más en ello, te lo ruego...

Siguió á esto un momento de silencio, durante el cual no pude menos de hacer algunas tristes reflexiones sobre el porvenir. La Sra. Pínkerton debía vivir con nosotros; era una de las condiciones más formales de nuestro pacto matrimonial, y siendo así, de seguro que iba á poner á prueba mi paciencia toda.

Bessie no tenía más que doce años cuando su madre enviudó. Poseían las dos una bonita casa de campo en los arrabales de Nueva York, y una renta bastante regular en valores del Estado. Por lo que á mí hace, ganando bastante en

los negocios para poder subvenir á todas las necesidades domésticas, resolví no echar mano del capital de mi mujer ni cambiar su colocación para cubrir las atenciones ordinarias. Lo malo era que la vieja—ya había llegado á llamarla así, apesar de que no tenía cincuenta años—debía vivir con nosotros.

Yo no había hecho objeción alguna á este artículo del tratado. Mi prometida lo había querido, y esto bastaba. Por lo demás, cualquiera otra cosa que hubiera yo hecho sobre este punto hubiera parecido fuera de razón, tanto más cuanto que no tenía, en suma, más que llevar mis pantuflas para encontrarme instalado en la linda casita amueblada de mi suegra, cuya situación, á las puertas de la ciudad, era encantadora.

La Sra. Pínkerton era una buena mujer á su manera. La madre de un ángel no podía ser un demonio. Sus intenciones eran las mejores del mundo, lo reconozco sinceramente. Como yo sentía la necesidad de vivir en buena inteligencia con ella, tomé desde un principio la resolución de hacer todo lo posible para conseguirlo; pero no sé por qué, existía entre los dos cierta antipatía natural, y cuando esto sucede, las personas de mejor carácter encuentran dificultad en vivir en buena armonía.

¡Cuán distintas eran nuestras relaciones con Bessie! Nuestro amor nació repentina y espontáneamente. Apenas había sido presentado á ella, por su hermano Jorge, mi compañero de colegio, cuando me sentí ya subyugado por su dulce fisonomía y su delicioso carácter. Por su parte, ella no fué insensible á la independencia varonil, al buen sentido y á la generosidad, que forman la base de mi naturaleza. Me expreso así sin vanidad alguna, rindiendo culto á la verdad.

¿A qué vendría el escribir este estudio si no se estableciesen con claridad los hechos?

Nos apasionamos repentinamente uno de otro y nos convencimos en seguida de que habíamos nacido para vivir unidos. Resistir á esta inclinación nos parecía que era huir de la felicidad.

Faltaba conquistar á la madre. No era esto muy fácil, porque bien claro veía que no me dispensaba su superior aprobación. El día en que le fuí presentado comenzó por medirme

con la vista de pies á cabeza, fijando en mí sus grandes ojos azules de porcelana. Parecía como que trataba de inspeccionar hasta mi calzado. Tengo la evidencia que me tomó por un joven presuntuoso y arrogante, al cual era necesario inculcarle principios de modestia, por medio de una disciplina vigorosa y un tratamiento adecuado.

No carezco de serenidad y valor; pero debo confesar que me sentí intimidado. «No se parece á su hija,»—dije para mí. El hecho es que ella había sido directora de un colegio de señoritas en su juventud, y esto fué bastante para que adquiriera la costumbre de mandar y ser obedecida. Poco trabajo me costó adivinar que el difunto Sr. Pínkerton debió comprender muy pronto la inutilidad de la resistencia, contribuyendo así, al someterse sin reserva á aquella autoridad, al desarrollo de sus instintos despóticos. A esto habían seguido siete años de viudedad, de independencia y de responsabilidad, que no contribuyeron, seguramente, á suavizar el carácter de aquella buena señora.

Afortunadamente, amaba con ternura á su hija, y deseaba con toda sinceridad verla feliz. Esta era la única probabilidad de éxito que tenía por mi parte. Yo sabía que Bessie, dulce y paciente como era, no renunciaría jamás á mí, ni trataría de buscar su dicha más que en mi amor. Así es que puse manos á la obra, con un valor extraordinario.

—No falta más que obtener el consentimiento de mamá—me dijo Bessie, una tarde memorable al regresar de un largo paseo en carruaje, en el que acabó, después de una hora de dulces confidencias, por entregarse, con los pies y las manos atadas, al cuidado de mi futura autoridad.—Es la mejor madre del mundo; me quiere con ternura, pero tiene sus rarezas, y temo que no le hayas gustado mucho. No quisiera causarla la menor pena, por nada en el mundo..... Como yo pueda evitarlo...—añadió la encantadora niña, mirándome fijamente como quien dice:

—Suceda lo que quiera, es negocio entendido; pero trata de que mi mamá dé gustosa su consentimiento...

El día en que comencé las operaciones del sitio, la señora Pínkerton se había entronizado en una butaca cerca de la

ventana, y no hacía nada. Yo estaba algo encogido y sentía cierta desconfianza, aun cuando no acostumbro á entregarme jamás en brazos del desaliento. Aunque viviera más que Matusalem, no olvidaría nunca la cara que aquella señora puso en tan solemne ocasión.

Antes de que yo abriese la boca, sabía ya, esto es evidente, lo que iba á decirle, lo cual le dió tiempo para endurecer más su corazón contra mí. Todos mis argumentos estaban previstos; mi demanda desechada; mi sentencia firmada de antemano. Su mirada decía claramente:

—Joven, conozco su lamentable historia; es inútil que me la cuente. Usted se ha dejado ir de su capricho, como un atolondrado, y piensa que es muy fácil sustituir el cariño de una madre por el suyo en el corazón de esa niña inexperta... Pero antes es preciso vencerme á mí, y yo soy de diamante... de diamante, ¿lo entiende V.? Sus intenciones son honradas, pero no por eso deja V. de ser un miserable intruso... Sus letras de cambio son protestadas á su presentación.

Comprendí desde luego la dificultad de mi empresa. Re-concentré todas mis fuerzas y tomé la palabra:

—Sra. Pínkerton—dije modestamente,—creo que es inútil andarse con rodeos en la presente ocasión. Amo á su hija y tengo el honor de ser correspondido. Pienso que puedo hacerla feliz. De lo que estoy seguro es de que yo no puedo serlo sin ella; por lo tanto, mi visita tiene por objeto el solicitar de V. el oportuno consentimiento para nuestra boda.

Dicho esto, bajé la cabeza, como un estudiante que va á ser castigado.

La Sra. Pínkerton se quitó el lente para volverlo á colocar sobre su nariz, y fijó en mí su mirada. Yo estaba literalmente en el estado del hombre que se dispone á gritar «al asesino» y á tomar la puerta. Sin embargo, pude tenerme en pie, y oír de ella la pregunta siguiente:

—Por lo que parece, ¿mi hija y V. están en relaciones?

La frase en sí era muy sencilla, pero el tono con que fué dicha, significaba:

—Es V. un títere.

Necesité de toda mi calma y cortesía para permanecer tranquilo y responder friamente:

—Así es; salvando siempre su aprobación, señora.

—¿Y no ha oído V. nunca, caballero, que antes de pasar tan adelante, es costumbre el obtener el consentimiento de los padres?

—Señora, perdóneme V. Llevado de mi sencillez, he creído que este consentimiento sería tan valedero antes como después, ó por mejor decir, no he pensado en ello jamás. Mi amor por Bessie me lo ha hecho olvidar todo. He hablado antes de meditar. De otro modo, crea V. que...

—Sí, sí—replicó la Sra. Pínkerton;—si los atolondrados reflexionasen, sin duda que obrarían de otro modo que lo hacen... Bessie ha debido ser más juiciosa. Las jóvenes del día aceptan sin mirar el primer marido que la suerte les depara, con la misma frescura que si se tratase de una pareja de baile ó de un compañero de *croquet*... He debido ser consultada... Nunca aprobaré la exagerada libertad que se da hoy á las jóvenes, en asuntos de esta importancia.

Comenzaba á faltarme la paciencia.

—Señora—dije yo con tono suplicante,—V. no nos rehusará su consentimiento... la felicidad de Bessie, la de todos nosotros, la mía y la de su hija, quiero decir...

—Su propia felicidad es, sin disputa, un objeto de primera importancia para V., Sr. Travers; pero por lo que hace á la de mi hija, permítame V. que le diga que estoy encargada de ella, desde hace algunos años, y que me lisongo de poderla asegurar en el porvenir...

—No será así, si V. nos separa—exclamé exasperado y sin cuidarme ya del plan de ataque que había combinado.—Usted podrá rehusar el consentimiento que le pido, pero no podrá impedir que nos amemos.

—De seguro. Ya sé yo que cuando ciertas personas quieren ponerse en ridículo, no hay nada que lo pueda impedir; y luego ¡ay! bastan dos ó tres meses de matrimonio para curarlos de sus tonterías sentimentales.

—¿No querrá V. concedernos esa probabilidad de cura?—le dije, reponiéndome un poco.

Pareció reflexionar, en tanto que yo cobraba ánimo. Por fin, dirigiéndome una mirada inquisitorial, replicó:

—No hay necesidad de que desarrolle V. su tesis. Sé bien todo lo que V. puede decirme: que ama V. á Bessie con locura y que destrozará sin piedad su corazón, si le obligo á renunciar á la posesión de su mano; que V. le será fiel hasta la consumación de los siglos y aun más allá; que V. pondrá á sus pies todo lo que una mujer puede ambicionar, y que le profesará una afección eterna, sin límites... y así seguirá V. en el orden acostumbrado, hasta el final del capítulo. Supongamos, por lo tanto, que todo esto ha sido ya dicho, y así abreviaremos el asunto. ¿Y V. piensa que con esto basta para dejarlo todo arreglado é inducirme á que piense como V.? Permítame V. que se lo diga; estoy admirada del descaro de los jóvenes que penetran tranquilamente en nuestras casas, y pretenden enseñar á las madres el modo de labrar la felicidad de sus hijas, estableciendo por principio, entre dos bocanadas de humo de cigarro, que tres semanas de gárrulas conversaciones á la luz de la luna, pueden hacer olvidar una afección de toda la vida....

Empezaba á ver claro en la cuestión. Los celos eran los que animaban á aquella buena señora, de lo cual no podía en justicia quejarme: sus objeciones eran más bien generales que personales. Era preciso renunciar al asalto directo, y recurrir á otra estrategia más adecuada á la situación. Repliqué, pues, con toda la dulzura de que soy capaz:

—Crea V., señora, que conozco muy bien la naturaleza del sentimiento con que una madre debe acoger la petición de un hombre que viene á solicitar de ella la entrega de su tesoro más estimado. Pero yo amo á su hija, esta es mi excusa. Y, después de todo, este acontecimiento no debe ser imprevisto para V. Está dentro de lo natural y corriente, que su hija ame y sea amada, lo cual no quiere decir que su madre tenga que perder la más mínima parte de su cariño...

—No prolonguemos este inútil debate—dijo la Sra. Pinkerton, interrumpiéndome.—No tengo nada que decir en contra de V. personalmente; pero el hecho es que no estoy dispuesta á conceder por ahora la mano de mi hija; esto es

todo. Añadiré, además, que la opinión que tengo de los hombres es buena en general, en tanto que no vengan á colocarse entre mi hija y yo.

—Su opinión es sin duda muy acertada—repliqué sonriendo;—pero permítame V. que abrigue la esperanza de que respecto á mí, la cambiará V. del modo más favorable así que me conozca mejor.

—¡Muy bien! Es V. modesto.

—¿Por qué no? Hace tiempo que he conocido que nadie está dispuesto á hacerme justicia si yo no lo hago; así es que no pierdo ocasión de prestarme este servicio, cuando llega el momento oportuno.

—Sobre todo, cuando trata V. con la madre de la que desea V. hacer su esposa, ¿no es cierto?

—Claro es, puesto que ella abriga ciertas prevenciones contra mí... Mi querida Sra. Pínkerton, se lo ruego á V., dígame qué tengo que hacer para agradarla.

—Una cosa muy sencilla, no hablarme de lo que V. sabe.

—Cualquier cosa, menos eso. V. reconoce que soy un buen muchacho y que Bessie acabará un día ú otro por casarse conmigo. Yo le suplico á V. que me diga: ¿por qué, pues, nos niega el consentimiento que nos haría tan dichosos? No es posible que V. acceda á ello, lo reconozco, sin lacerar su corazón. Esta debilidad la honra á V., pero otórguenos V. el derecho de consolarla.

—¿Viniendo á ser objeto de esa pasión? No, gracias. No ha llegado todavía ese caso, y para resolverme á ello necesito tiempo para pensarlo.

La envié mentalmente al diablo. ¿A dónde nos iba á conducir esta terquedad? Al levantarme para despedirme tuve una inspiración.

—Señora—le dije con gravedad,—la indicación que V. ha hecho de los lazos de cariño que le unen á su hija me ha conmovido profundamente. Los jóvenes no sabemos apreciar en lo que se merece el cariño maternal. Es un sentimiento profundo cuya existencia solemos olvidar con facilidad. Perdí á mi madre en edad temprana. Si ella estuviese aquí, ella defendería mi causa...

Dicho esto, giré sobre los talones, y me declaré en retirada.

Al llegar al jardín, lo primero que hice fué encender un cigarro para reflexionar mejor. Me hubiera sido muy difícil poder decir si mis pretensiones cerca de la Sra. Pínkerton habían mejorado ó empeorado mi situación.

En esto se acercó Bessie, preguntándome con una mirada lo que había pasado, porque mi aspecto no la tranquilizó.

—¿Y bien?—dijo, tomando mi brazo.

—Y bien... que la cosa no marcha, hija mía. He sido rechazado con pérdidas. Tu madre tiene el corazón de roca.

—¿Qué ha dicho?

—Lo que podría decir una madre que desease que su hija permaneciese soltera toda la vida... que los enamorados no conocen la crueldad de separar una hija querida del lado de sus padres... que necesita tiempo para tomar una resolución... y que... ¡Nos hemos lucido! ¿No es verdad?

Bessie frunció sus delicados ojos, y golpeó con su diminuto pie la arena del paseo.

—¡Si yo le hablase!... Tal vez... dijo.

—Se puede probar, pero temo que esto no servirá de nada. Es necesario darle tiempo, como me ha dicho. De aquí á ocho ó diez años, creo que nos dará una contestación... En el fondo, querida mía, lo que hay es que tiene celos de mí, y que me considera como un intruso...

—¡Pobre mamá!—murmuró Bessie con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Pobre mamá! Hubiera querido que la hubieses visto hace poco pisoteando mi amor, ó poco menos. Como hubiera podido confundirme con la mirada, de seguro que lo hubiera hecho. El caso es que me ha maltratado, y que he necesitado hacer un gran esfuerzo para contenerme...

Bessie estaba resuelta á no ceder. Celebró con su madre una y otra conferencia, y puso en juego súplicas, sonrisas y lágrimas; pero todo esto no sirvió para nada.

La vieja se mostró insensible á todo.

Ignoro hasta cuándo se hubiera prolongado este triste estado de cosas, si por una gran casualidad, un incidente dra-

mático é inesperado no hubiera venido á provocar la crisis poniendo fin á la cuestión.

Una cosa había á la que la venerable Sra. Pínkerton profesaba el más santo horror, después de los pretendientes y el tabaco: á los ladrones. Añádase al temor el odio, y se tendrá una idea de la suerte que tuve al poderla proteger casualmente contra los ataques de uno de estos industriales.

Habían trascurrido unos ocho ó diez días después de nuestra entrevista. La Sra. Pínkerton había dirigido su vuelo hacia las orillas del mar en un lugar poco concurrido, creyendo que de este modo me haría perder su pista, pero no soy de los que se entregan fácilmente, y por lo tanto, la seguí de cerca, yendo á parar al mismo hotel en que ella se encontraba con su hija.

(Continuará.)





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR

**A**LEMANIA y algunos de los planes del Canciller Bismarck preocupan casi exclusivamente á los jefes de los cien partidos ó subpartidos en que creen ciertos políticos eficacia bastante para conquistar las alturas del poder en nuestra nación desdichada. Porque no es todo patriotismo lo que aparece en el fondo de la cuestión de las Carolinas; en esto, como en todo, hay y no puede menos de haber gran ocasión para las más sutiles malicias y las más ingeniosas habilidades de los hombres ya adiestrados en los azarosos juegos que tan á menudo comprometen la suerte y hasta el porvenir de los pueblos. Cuando la cuestión sanitaria ha conseguido en España los honores de altamente política, sin que el aspecto de una epidemia terrible valiera para contener á los políticos, no sabemos ya qué terreno vedado existe para los que se dedican á las cábalas que favorezcan la pronta llegada á la meta.

Lo cierto es que no puede en manera alguna evitarse que en el fondo de todo palpite siempre, más ó menos al descubierto, una cuestión política, y no como quiera política, sino de interés para una fracción dada ó lo que convenimos en llamar un partido, cuando no para varias fracciones ó partidos diversos.

Al presenciar el domingo 23, en la Carrera de San Jeróni-

mo y en la calle del Príncipe, la brillante demostración de patriotismo que como elocuente protesta recorría las calles, aplaudíamos en el alma aquella sensatez de las comisiones, de los círculos, de los representantes de la prensa, de algunos centros obreros y también de los estudiantes, confundidos todos en un mismo sentimiento de dignidad y de amor á la patria. La bandera y las colgaduras con los colores nacionales entusiasman siempre á todo el que amamantó en tierras de España. Pero, sin saber por qué, sentíamos que la iniciativa de los más calurosos, los más frenéticos vivos, partiese precisamente de determinados balcones y de determinados labios, y hubiéramos entonces preferido no oír más que el mágico grito de ¡viva España! espontáneamente proferido por los manifestantes y por los que presenciaban el desfile. Es más; la manifestación partía con nobilísimo instinto del campo de la lealtad, del inmortal recuerdo levantado al *Dos de Mayo*, y por inexplicable contrasentido veíamos la bandera francesa enlazada con la española y llevada por un grupo cuyas intenciones podían torcidamente interpretarse.

Una fatal asociación de ideas traía á la mente aquel otro día memorable en que todas las clases sociales se confundían delirantes, desde la estación del Norte á la calle de Bailén y á la plaza de Oriente y hasta invadían el real alcázar, para aclamar con un frenesí que nunca fué mayor ni cabe ser más espontáneo al joven Alfonso XII, tan soezmente insultado en las calles de París á su regreso de Alemania. Entonces vimos tremolar banderas del imperio del Norte, y era la colonia francesa y no la alemana la que sentía los pesares y trataba de justificarse á los ojos del pueblo español ofendido. Bastan unos cuantos meses para que las decoraciones teatrales cambien; pero nada basta para justificar que, en cuestiones de honra, busquemos jamás otros ideales que los que al corazón inspira la bandera española. Esta es la única que queremos ver siempre en manos de los nuestros, porque nacimos los españoles con arrogantes bríos y fiera independencia, y no comprendemos que se den torpes motivos á que alguien sospeche que podemos prestarnos á ser instrumentos de nadie.

Enemigos de todos los entusiasmos que á veces decretan las pasiones políticas, y refractarios á manifestaciones concebidas y reglamentadas previamente en las grandes fábricas de opinión pública, aplaudimos, sin embargo, con toda el alma el acto realizado por el pueblo en las calles de Madrid el día 23 de agosto. A fuer de españoles, es para nosotros cosa muy sagrada la integridad de la patria y el honor de las armas de España. La indignación general es justa, y nunca será mucho exigir una reparación cumplida por los agravios que al buen nombre de nuestra patria se infieran.

\*  
\*\*

¿De qué se trata?

Es una cuestión de legítimo amor propio, una cuestión de honra, que es siempre lo que más debe privar en los corazones bien nacidos. La noticia de que Alemania había enarbolado su bandera en una de las islas Carolinas y declaraba allí su protectorado, era fundamento bastante para las más vivas explosiones de patriotismo en una nación tan susceptible como la nuestra. Aun suponiendo que el hecho no tenga material importancia; aun suponiendo que la bandera imperial esté izada, como dice parte de la prensa extranjera, en una roca escueta, en la que viven de dos á tres mil salvajes, esta roca es de España, y aquí tenemos grandísimo apego al más insignificante terruño que nos recuerde los trabajos y la noble herencia de nuestros padres.

Pero antes de hablar de una muy clara cuestión de derecho, consignamos algunas noticias geográficas que más tarde podrán tal vez servirnos para discurrir acerca de la importancia que las islas Carolinas tienen y de las ventajas que de su dominio material resultarían.

\*  
\*\*

El archipiélago que codician ahora los alemanes está situado entre el 5.º y 10.º grado al Norte del Ecuador, y entre el 135.º y el 161.º de longitud Este. Dista igualmente de Fi-

lipinas y de Nueva Guinea, y se compone de un grupo de islas, montañosas unas y llanas otras y sentadas sobre el coral.

Nuestro buen Mariano Torrente nos decía: «Estas islas, descubiertas por los españoles en 1686 y llamadas Carolinas en honor de Carlos II, Rey de España, forman un grupo muy considerable, y veintisiete están muy pobladas. Los naturales se parecen á los filipinos, y se alimentan de pescado y de nuez de coco. Según noticias de los jesuitas, cada una de estas islas tenía un jefe particular sujeto á un soberano que residía en *Lanurec*. Sus moradores creen en espíritus celestiales que bajan á bañarse al lago sagrado de Fallalo; pero no tienen templos ni ídolos, ni apariencia alguna de culto exterior. Los de Yap adoran una especie de cocodrilo, y creen en la magia. La poligamia es permitida. El castigo de los reos consiste en ser desterrados de una isla á otra. Por armas se sirven de lanzas con un hueso puntiagudo en la extremidad. Tienen tambien esclavos negros. En una ó dos de estas islas se observa alguna mezcla en las castas, que sin duda deriva de los veintinueve españoles que en ellas quedaron en el principio de su reconocimiento. La más considerable es *Hogolen*, que tiene veintiseis leguas de largo y once de ancho. *Yap* está en segundo rango, mas apenas será la tercera parte de *Hogolen*.»

Algunos geógrafos, con datos más modernos, nos describen bastante minuciosamente las islas Marianas, á las que su descubridor Magallanes llamó *de los Ladrones* en 1521, por la propensión al robo de sus habitantes; pero pasan á la ligera al hablarnos de las Carolinas ó *Nuevas Filipinas*. Consignan, sin embargo, que los indígenas son de buen aspecto, afables é industriosos, habiendo cierta unanimidad en consignar las excelentes condiciones de algunas de aquellas islas para colonias penitenciarias, á imitación de las que en la Oceanía han formado los ingleses.

Lo cierto es que apesar del considerable espacio de mar que limita las Carolinas, su territorio es poco extenso. Entre los quinientos islotes reconocidos, muchos son inhabitados, y algunos son formaciones relativamente recientes, obra de

los zoófitos, y sembrados de peligrosos escollos, mientras que las islas del grupo del Este, cuya parte central llega á una altura de 900 metros, sirven á veces de descanso á los barcos balleneros que allí encuentran protectores refugios.

Hay allí transacciones con Europa; importaciones de objetos de hierro, tabaco, vino y aguardiente; exportaciones de aceite de coco y otros productos, contando aquellas islas algunas pequeñas colonias europeas que especulan en negocios de buen resultado. El clima es agradable; el calor está templado por las brisas del mar y la gran cantidad de lluvia que en el verano cae, durando los aluviones veinticuatro horas á veces. Su vegetación es, generalmente, admirable; hay selvas espléndidas con los más preciados frutos de las zonas tropicales.

Sin embargo, doloroso es confesar que ni la ciencia ni particularmente España, han sacado de las Carolinas el provecho que hubiera debido sacarse.

\* \*  
\* \*

¿A quién pertenecen de derecho las islas Carolinas?—A España. Nadie lo puso jamás en duda.

El novísimo derecho internacional en lo que se refiere á la posesión de las colonias, está comprendido en las estipulaciones del último Congreso de Berlín.

Pero es claro que estas estipulaciones no tienen ni pueden tener efecto retroactivo. Ninguna nación necesita notificaciones oficiales á las potencias acerca de derechos antiguos é inconcusos. En los mapas de los centros de enseñanza de la misma Alemania han figurado siempre aquellas islas como españolas. Y el derecho es claro: españoles fueron los que las descubrieron; españoles fueron los que de ellas se posesionaron; españoles los misioneros que allí han llevado los primeros gérmenes de cultura, y españoles siempre los que allí han ejercido actos de soberanía. Hasta el derecho antiguo está en favor de España, existiendo una bula ya famosa, la que expidió Alejandro VI cuando Carlos I de España y V de

Alemania cedió á los portugueses el Maluco. En esto, no cabe cuestión alguna.

La historia de actualidad es sencilla. Algunos comerciantes ingleses y norte-americanos establecidos en Yap se dirigieron hace siete ú ocho meses á las autoridades de Filipinas, excitándolas á que enviasen representación española á aquel archipiélago, tanto para garantía propia, como para contrarrestar propósitos atribuídos al Gobierno alemán sobre ocupación de algunas de aquellas islas.

El comandante general del apostadero de Filipinas empezó á ocuparse del asunto, preparando la marcha de algunos de nuestros cruceros con una misión y alguna fuerza de desembarco; pero tuvo que suspenderse la expedición al verificarse el nombramiento del General Terreros para el mando superior del archipiélago, pues no se quiso proceder de ligero ante la eventualidad de que el nuevo Gobernador estimase inconveniente el envío de buques de la Armada á las Carolinas.

Llegó á Manila el General Terreros, aprobó en principio el pensamiento, y acordó que se aplazase su realización para cuando volviese de su visita á las provincias; y, en efecto, verificada ésta, hubo de suspender nuevamente la expedición, por necesitar algunas reparaciones el crucero *Manila*, uno de los designados para realizarla.

El decreto dictado hace cinco meses por el Gobernador general de las islas Filipinas, es del dominio público y conocido; pero tenemos empeño en consignarlo en la REVISTA CONTEMPORÁNEA, porque viene á afirmar con importantísimo acto los innegables derechos de España sobre las Carolinas. Está concebido en los términos siguientes:

«Autorizado por el Gobierno de S. M. en telegrama fecha 3 de marzo último, confirmado por real orden de 11 del mismo, para tomar posesión efectiva en las islas Carolinas y Palaos, este Gobierno general viene en decretar lo siguiente:

1.º Se crea un Gobierno político militar en las expresadas islas, que se denominará Gobierno político-militar de las islas Carolinas y de Palaos, el cual será desempeñado por un jefe ú oficial de la Armada, que residirá en la isla de Yap.

2.º Las atribuciones de dicho Gobernador serán, hasta que otra cosa se resuelva, las mismas que determinan las disposiciones vigentes para los Gobernadores políticos y militares de los distritos de Mindanao, Paragua y Balabac, disfrutando del sueldo y gratificaciones que figuran en el presupuesto para los funcionarios de su clase.

3.º El expresado Gobierno político-militar será dotado de un secretario oficial subalterno del ejército, un intérprete y un escribiente, que disfrutará: el sueldo de su clase y plus de campaña el primero, 300 pesos anuales el segundo y 150 el tercero, señalándose para gastos de material la cantidad de 200 pesos.

4.º Se establecerá desde luego una misión en la expresada isla de Yap, que será administrada por padres agustinos descalzos.

5.º También se establecerá un destacamento del ejército, compuesto de una sección con un teniente, un alférez, las clases correspondientes, más 25 disciplinarios con su oficial ó dotación debida, entre ellas un sargento europeo, y el personal y material sanitario que se considere indispensable para cubrir las atenciones de la nueva colonia.

6.º Por la comandancia general de Marina se designará el buque ó buques de guerra que deben desempeñar la comisión de ir á Yap á tomar posesión material de la isla, y propondrá á este Gobierno general el jefe ú oficial de la Armada que, á su juicio, reúna las condiciones necesarias para ocupar el puesto de Gobernador P. M. de la misma.

7.º La capitanía general dictará las órdenes oportunas para el debido cumplimiento de la parte que á la misma se refiere en el presente decreto.

8.º Por la intendencia general de Hacienda se incoarán, con toda la premura que tan importante asunto requiere, los oportunos expedientes de crédito á que da lugar la creación del Gobierno P. M. de que se trata, dictando desde luego, ó proponiendo á mi autoridad, las disposiciones que estime convenientes á fin de que al Gobernador de la nueva provincia se le anticipen los fondos necesarios para sufragar los gastos de personal y material de la misma por espacio de seis meses.

9.º Para atender á los gastos de instalación provisional de la nueva autoridad, construcción de iglesia, cuartel, hospital, casa para el padre misionero, adquisición de herramientas y demás útiles para el trabajo, por la dirección general de Administración civil se concederá, previas las formalidades debidas, y con toda la urgencia posible, un crédito extraordinario de 10.000 pesetas, con cargo á la Caja central de fondos locales, de cuya inversión rendirá cuenta justificada el Gobernador político-militar.»

En cumplimiento de este decreto, fué nombrado Gobernador político-militar de las Carolinas el teniente de navío señor D. Enrique Cabriles y Osma, designándose el transporte *Carriedo*, hoy llamado *Manila*, para conducir la expedición. Al propio tiempo se concedió un crédito extraordinario para la adquisición y sostenimiento de un buque suficiente para el servicio del archipiélago carolino, y se ha creado una estación naval en aquellas islas.

¿Qué ha pasado después? Esto es lo que á la hora en que escribimos no se sabe oficialmente todavía.

\* \* \*

No es perceptible el interés que guía á la política alemana, y nadie comprende los móviles del gran Canciller Bismarck al dirigirse á las Carolinas. Que hay en todo ello algo más profundo que lo que en la superficie aparece, no hay que dudarlo. La historia contemporánea nos descubre que Alemania sabe acudir á medios indirectos en las ocasiones solemnes, y no podemos dudar que la indignación de España y la sorpresa de Europa son hechos previstos de antemano y perfectamente calculados. Es más que seguro.

¿Cabe una guerra entre España y Alemania? No queremos discutirlo. Lo que sí es cierto que la disparidad material, caso de un duelo, sería inmensa. Puede Alemania poner dos millones de hombres sobre las armas, mientras que España difícilmente pondría doscientos mil. Cuenta Bismarck con todos los elementos efectivos que pueden idearse, con una or-

ganización científica sin rival posible y con factores modernísimos que sorprenden, cuando nosotros no contamos con más armas que un patriotismo á toda prueba, un patriotismo que en todos tiempos obró milagros.

No lo desconocen los periódicos franceses que se felicitan del incidente y nos alientan con sus aplausos, llamándonos ahora hijos de la raza del Cid. «La historia y la poesía, dicen, nos transmiten en todas las edades el triunfo del valor individual sobre el número de los combatientes, el triunfo del heroísmo instintivo sobre la estrategia sabia. ¿Qué eran los trescientos guerreros de Leónidas, los diez mil griegos de Jenofonte, los treinta mil macedonios de Alejandro, comparados con los millones de soldados de que disponían los Reyes de Persia? Un puñado de individualidades, dispuestas previamente al sacrificio. Pero aquel puñado de hombres obraba por el sentimiento moral que le alentaba, y morían ó vencían, porque estaban resueltos á vencer ó á morir... Los españoles de hoy dan un vivo ejemplo á Europa y levantan el nivel moral de la humanidad, dispuestos á afrontar los conflictos diplomáticos y hasta la guerra para salvar su dignidad nacional amenazada.»

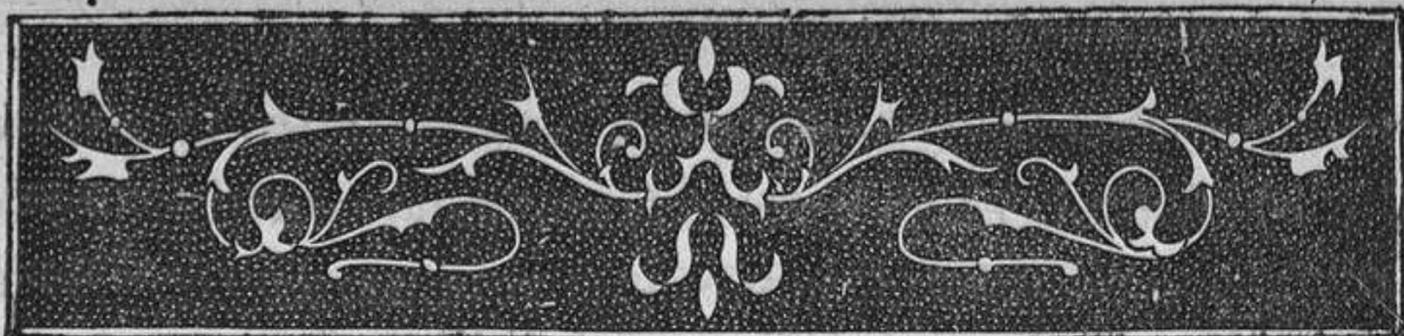
Comprendemos perfectamente el alcance de este lenguaje de última hora. Lo que no se explica tanto es el coro que á tales palabras hacen algunos de nuestros políticos, menos fríos y serenos de lo que en los momentos graves conviene. Queremos que el patriotismo se lleve á los últimos límites de lo posible y aun de lo imposible; pero ingenuamente confesamos que España no está tampoco dispuesta á esas amorosas alianzas traspirenaicas que, como único y satisfactorio *desiderátum*, algunos anteponen á todo. La historia es muy elocuente; no olvidaremos sus enseñanzas, y sabemos ya que los cantos que se entonan á la unión de los pueblos latinos, son muy poéticos en ocasiones, pero nunca fueron prácticos ni propios de grandes políticos y hombres de Estado. No llegó tampoco el momento de inconcebibles aventuras.

En las anteriores líneas está en embrión el punto más negro y temible que, á nuestra manera de ver, hay en el fondo del asunto de las Carolinas.

Fuerza es hoy dejar este capítulo abierto para que con su acostumbrada elocuencia hablen los hechos. Ellos han de decirnos muy luego si nos hemos ó no equivocado al juzgar que la política de partido ha tenido y tiene siempre entre nosotros uno de los más importantes papeles.

S.





## REVISTA EXTRANJERA

---



IGNOS de estudio son esos grandes movimientos electorales que tanto perturban la normalidad de los pueblos y poco ó nada beneficioso producen. No hay duda que *in illo tempore*, cuando cambien costumbres y sistemas, podrán leer maliciosas sátiras y epigramas chistosos los hijos de nuestros hijos.

Francia se encuentra en vísperas de elecciones generales; es una vez más dueña de sí misma, como enfáticamente suelen decir nuestros vecinos, y es inconcebible el número de programas que diariamente aparecen, son maravillosas las promesas que se hacen y las reformas á que miles de candidatos se comprometen. El prospecto electoral abunda tanto como el prospecto de la tienda, ansiosa de despachar su mercancía, y la ambición política no escatima tampoco frases de efecto ni vistosos relumbrones que, pasada la elección, quedarán reducidos á fantásticas excentricidades sin ninguna consecuencia favorable al bien del país. Lo más notable en estos casos es la indiferencia de la mayoría de los electores con conciencia propia, la indiferencia de los que pagan, callan y se sonríen con amarga tristeza. Larguísimos años de práctica en el sufragio universal no han sido aún suficientes en Francia para sacar á los pueblos de su menor edad, y aunque nada esperan, se dejan al fin conducir y engañar como en todas partes y siempre.

Se siente y se palpa el exceso de fórmulas y teorías políticas; se siente y se palpa la esterilidad de las doctrinas abstractas sobre formas gubernamentales y que en todo caben vicios profundísimos y tergiversaciones inmensas; se siente y se palpa que no son las aventuras políticas las que han ordenado la hacienda y dado vida en circunstancias críticas á la industria, á la agricultura y al comercio, y sin embargo, los políticos se limitan á ofrecer nuevas libertades, nuevas crisis, ridículas autonomías y luchas sin cuartel de los cien partidos que por el triunfo definitivo disputan. Razón tienen muchas personas sensatas al pensar que el mejor de los programas sería dejar á un lado la política y sus pasiones, y emplear todas las fuerzas en el alivio de la agricultura, en el desarrollo del trabajo, en la multiplicación de los cambios, en la mejora de la condición del obrero y de los desgraciados, en la desaparición del déficit y en todos los trabajos conducentes á dar riqueza, fecundidad y dicha á los individuos y á los pueblos.

Sin embargo, los comités se agitan, las candidaturas y los manifiestos circulan, hay millones de electores absolutamente libres, y bien puede asegurarse que ni la situación económica ni la social dependen en Francia de las próximas elecciones, cuando lo natural parece que supiesen decidir con acierto aquellos mismos electores que á las cargas públicas han de contribuir con sus sudores y hasta con su sangre. ¿Puede explicarse tanta contradicción entre la teoría y la práctica? ¿No cabe extrañar las singulares consecuencias del sufragio universal, cuyo mecanismo resuelve el problema de dar á los pueblos lo que ellos no quieren?

Pero dejemos hoy á un lado esas honduras de los políticos artificios, y esperemos para formar juicio terminante á que el telégrafo nos diga el resultado, no dudoso en concepto nuestro, de las próximas elecciones generales en Francia.

\*  
\*  
\*

Importancia capital viene concediendo la prensa europea á la entrevista celebrada estos últimos día en Varzin, una de

las residencias de Bismarck. Sabido es que Kalnoky, Canciller de la monarquía austro-húngara, ha ido allí en persona, y la prensa oficiosa nos ha enterado de que el objeto de aquella visita era ultimar un convenio de unión aduanera entre los dos Imperios del centro de Europa. Ciertas distinciones honoríficas y excepcionales concedidas estos días por el Príncipe de Bismarck á determinados personajes de Austria que se han manifestado más celosos y activos, parecen confirmar los rumores y las noticias de la prensa. Si es así, bien puede decirse que las fronteras mercantiles de Alemania y Austria han desaparecido en gran parte ó se han allanado mucho por lo menos.

Pero la experiencia nos enseña que son siempre misteriosas las evoluciones del gran Canciller, y sus potentes esfuerzos no pueden á primera vista juzgarse. Aquel diplomático profundo desorienta fácilmente y sorprende con inesperados cambios. Francia en primer término, y luego Inglaterra, Italia y hasta Rusia, pueden atestiguar las aparentes veleidades del hombre de Estado al que, no sin razón, dan algunos el apodo de *Esfinge*. España misma, sin saber cómo ni por qué, parece hoy envuelta en una de esas nebulosas combinaciones que por el momento no se explican.

El gran Canciller de Alemania, sin perder de vista lo presente, trabaja sin descanso para el porvenir del poderoso Imperio que es obra de su indiscutible talento. Por de pronto, aparecen ya incalculables las consecuencias económicas de su último convenio. Austria, que tiene los puertos de que carece Alemania, será el agente de exportación de la pequeña industria prusiana, tan pujante hoy por la baratura de sus producciones. Las vías férreas de Suiza, de Italia y hasta las de Francia serán ya innecesarias para el tránsito de las procedencias de Holanda, de la Alsacia y de las orillas del Rhin que se destinen á algún puerto del Mediterráneo ó del Adriático; los puertos de Austria podrán dar salida al tráfico de los ferrocarriles alemanes, y las mercancías tomarán de hoy más el camino de Trieste ó del Danubio. Por otra parte, Austria y Hungría tocarán otras ventajas, encontrando abiertos los mercados alemanes á sus productos agrícolas.

¿Puede además de estas favorables consecuencias económicas esperarse algún político resultado de la última modificación en las buenas relaciones de vecindad que ya existían entre los dos Imperios? Este es precisamente el secreto de la diplomacia.

\* \* \*

Sigue preocupando la cuestión del Afghanistan, y el interés que inspira, en vez de decrecer, aumenta.

Las negociaciones continúan en Londres, y los ánimos están mucho más preocupados allí que en San Petersburgo. Se da poca importancia al cambio de personal en la representación de la Reina de Inglaterra en la corte del Czar. El Ministro inglés Mr. Thornton ha sido sustituido por un diplomático eminente, Mr. Morier, que acaba de dejar el cargo de Embajador de Inglaterra en España.

Dícese que las conferencias entre el representante de Rusia en Londres y Lord Salisbury son cada día más frecuentes, de lo que deducen algunos que hay en ambas potencias el mismo deseo de un próximo acuerdo. Se observa, sin embargo, que el lenguaje de la prensa rusa es siempre muy tranquilo, al mismo tiempo que profundamente irónico, indicando á las claras que el Ministerio de la Guerra en San Petersburgo está dispuesto á todo lo que ocurrir pueda.

La opinión dominante es que hoy podrá evitarse una ruptura. Pero nosotros seguimos creyendo, como al principio de esta cuestión intrincada, que no han de pasar muchos años sin que Rusia sea dueña del codiciado Afghanistan y de sus futuros destinos. La lógica de la historia se impone en este caso concreto como en otros muchos.

\* \* \*

No ceja el Gobierno inglés en sus tentativas de obtener una alianza ofensiva y defensiva con la Sublime Puerta.

Sir Henry Drummond Wolff ha recibido del Gabinete Salisbury la misión extraordinaria de ir á Constantinopla y llevar

al Gobierno del Sultán prevenciones precisas, previendo eventualidades positivas y solicitando la acción de las fuerzas militares turcas en el caso de estallar la guerra entre Rusia y la Gran Bretaña. Esta Embajada ha producido una viva emoción en San Petersburgo, en Viena, y hasta en Berlín, y motivos hay para ello. Si Turquía prestase su concurso á los ingleses, el campo de la lucha armada podría extenderse desde la frontera de las Indias al Asia Menor y á Europa. Rusia, para defenderse, tendría que amenazar á Constantinopla, y ésta amenazada vendría á modificar la política austriaca y el equilibrio de las fuerzas de diferentes Estados de Europa, decidiéndose además en la contienda la suerte definitiva de Egipto, que, caso de triunfar los coaligados ingleses y turcos, tendría que elegir entre la anexión inglesa ó el vasallaje á Turquía.

Pero el Sultán Abdul-Hamid parece poco dispuesto á oír á los ingleses, y su Gran Visir le repite siempre que la primera condición para entrar en tratos y en connivencias es que los ingleses evacuen inmediatamente el Egipto, cuya soberanía suprema se han usurpado.

Prevedemos que el viaje de Sir Wolff al Bósforo no alcanzará grandes resultados ni en favor de la cuestión de Egipto ni tampoco de la proyectada alianza. También Rusia trabaja para atraerse á los turcos, prescindiendo en este instante de su historia y de sus antiguos proyectos. Sabe que una amistad sincera es imposible; pero le basta neutralizar las tentativas inglesas.

Muy comprometida es de todos modos la situación de la Sublime Puerta, acepte ó no las proposiciones de Londres. El pobre Imperio otomano sigue, como vulgarmente se dice, entre la pared y la espada. Es claro que si Turquía se uniese á Inglaterra y los ingleses fuesen derrotados por los rusos, serán los turcos arrojados de Europa por el Czar y el Emperador de Austria que fácilmente se pondrían de acuerdo en el reparto de los despojos. En el caso de que la victoria fuese de los ingleses, éstos se harían dueños de Egipto y hasta de los turcos, porque proverbial es la mala fe británica y nadie ignora lo que suelen ser las alianzas y los protectorados de

Inglaterra. En Gibraltar, sin ir más lejos, tiene un vivo y patente ejemplo todo el mundo.

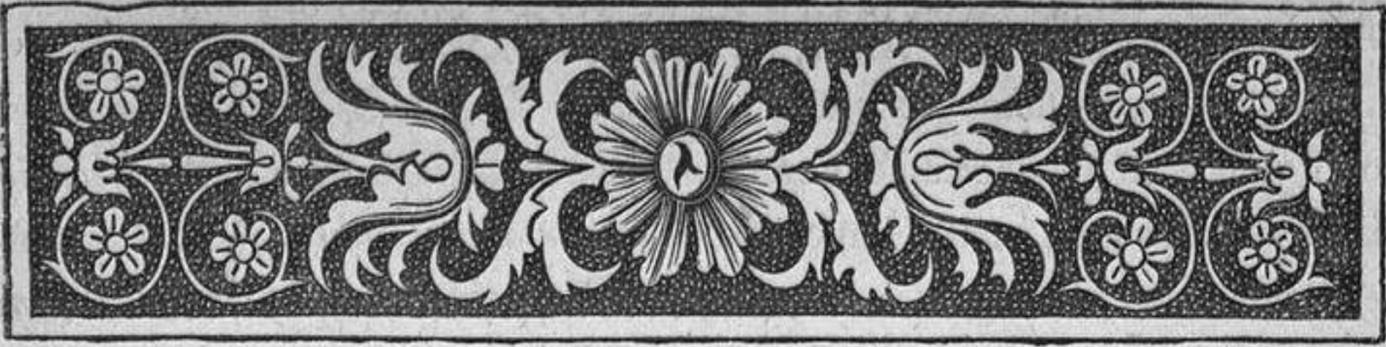
El interés de Inglaterra es que Turquía tenga á todo evento abiertas las puertas del mar Negro, y el interés de Rusia está en que las cierre. ¿A cuál de estos dos peligrosos extremos ha de inclinarse el Califa de los creyentes?

Creemos, pues, que la intentada alianza entre Londres y Constantinopla no pasará de un deseo ó de una ilusión de los ingleses. Nos alegraremos de que así suceda, porque es el medio de que se descarten muchas probabilidades de guerra inmediata, y también porque el desgraciado país de Egipto puede, si no estalla la guerra entre ingleses y rusos, emanciparse al fin de la dominación de la Gran Bretaña y de la pesada tutela de Turquía.

Son muy preferibles por el momento los triunfos de la diplomacia á los de las armas.

A.





## BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO <sup>(1)</sup>

---

**Bosquejo geográfico é histórico-natural del archipiélago Filipino,** por D. RAMÓN JORDANA Y MORERA, *ingeniero de montes, ex-inspector del ramo en aquellas islas.*— *Un tomo en gran folio de 461 páginas, ilustrado con cromos para mejor inteligencia de las razas humanas que habitan sus territorios, de la original faena y hora que enriquecen sus bosques, así como de los numerosos pescados de sus aguas.*— *Obra publicada de real orden en vista del favorable informe de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.*

El archipiélago Filipino era desconocido, en cuanto su parte científica; ni un solo libro digno de atención puede contarse acomodado á su rica y privilegiada naturaleza; hay sí ligeros apuntes, noticias apreciables por lo antiguas, pero rudimentarios, incompletos, erróneos algunos, llenos de patrañas y ridículas consejas otros, pero nada en cuanto á lo que pueda

instruir medianamente relativo á la historia natural de las islas. Ni aun éstase sabía con certeza cuántas eran.

No es la culpa sólo de nuestra proverbial indiferencia. El imperio español era tan grande, que no es raro se ocultaren algunas de sus partes á la atención más privilegiada. Siempre fué común en las casas de inmensa riqueza no saber de cierto el caudal que sus arcas atesoran.

Pero aquellos tiempos pasaron, y pluguiera á Dios nunca hubieran existido, pues la excesiva grandeza signo fué para las naciones de una decadencia proporcionada, bien sea en virtud de la ley de las compensaciones, quizá con arreglo á la opinión de que la humanidad camina en círculo, ó por causas que fuera impertinente tratar.

Hoy nos hallamos en el caso de atender con esmero á lo que nos ha quedado, y entre ello las islas Filipinas merecen especial privilegio por

---

(I) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

su situación, productos naturales é importancia, en fin, que aumentará de día en día, hasta un punto imposible de calcular.

Era necesario aquilatar su valor, y el Sr. Jordana ha satisfecho esta patriótica necesidad levantando una punta del velo que oculta el germen de su riqueza. Otros seguirán sus huellas estimulados en el ejemplo y advertidos que de hoy en adelante contraen el compromiso de igualar, si exceder no es posible, una obra de superiores condiciones, al lado de la cual será grande honra colocarse, pero arriesgada también la empresa si falta vuelo para llegar á semejante altura.

Ni una palabra más puedo añadir en elogio de la obra. Parte del informe de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, transcrito por el Sr. D. R. Álvarez Sereix en la página 88 del presente tomo y el juicio razonado y laudatorio emitido á continuación por el mismo señor, me privan en absoluto de aventurar opinión acerca de los *Bosquejos del archipiélago Filipino*, caso que mi competencia fuera suficiente; cuando no me lo impidiera considerar que en líneas anteriores recomiende lo peligroso de alzar el vuelo donde las fuerzas no alcanzan, y ni aun como inadvertido pudiera disculparse.

Para dar cuenta he dicho lo suficiente; para lo demás llegué tarde.

\*  
\*  
\*

**Leyes de procedimiento, en las reclamaciones contra la Administración del Estado y de organización de la Hacienda pública en las provincias,**

*de 24 de junio de 1885; con los reglamentos dictados para su ejecución; con notas y apéndices.—Madrid, 1885.—Un volumen en 16 de 236 páginas.—Precio, 1,50 pesetas.*

**Manual del impuesto de consumos, comprende la ley, reglamento y real decreto de 16 de junio de 1885; las reales órdenes de 23 de mayo y 16 de junio del mismo año y la parte de la legislación anterior sobre la materia que continúa vigente.—Madrid, 1885.—Un volumen en 16 de 185 páginas.—Una peseta.**

**Ley de reclutamiento y reemplazo del ejército de 11 de julio de 1885, con algunas notas aclaratorias, reglamento para su ejecución y cuadro de exenciones físicas.—Madrid, 1885.—Un volumen en 16, de 25 páginas, en tela.**

Las tres obritas cuyos títulos acabamos de consignar, son de utilidad evidente y de oportunidad incuestionable. Toman parte de la excelente Biblioteca de Bolsillo que viene publicando la acreditada casa editorial de Góngora, San Bernardo, 50, 2.º, y con la cual presta un verdadero servicio á cuantas personas, y son las más, necesitan conocer la extensión legal de sus derechos y obligaciones, como ciudadanos y contribuyentes al Estado por distintos conceptos. El reducido precio de cada volumen, el tamaño diminuto en que se publican, la claridad y corrección con que están hechos y las notas y apéndices que los ilustran y completan, los ponen al alcance de todas las fortunas y les dan un carácter de utilidad y aplicación práctica que es su mejor recomendación, y por lo que no dudamos en encarecer su adquisición. —D. CH.

# ÍNDICE DEL TOMO LVIII

15 DE JULIO DE 1885

	<u>Páginas</u>
El Cisne de Vilamorta, por D. Lorenzo Benito .....	5
Las Catacumbas (continuación), por D. A. Fernández Merino .....	16
Adición á las cosas de Madrid (conclusión), por D. Dionisio Chaulié.	29
En los días de un amigo (soneto), por D. Víctor Suárez Capalleja...	48
Extinción de la Orden de los Templarios en la Corona de Aragón, por D. Buenaventura Hernández Sanahuja.....	49
La Oda (continuación), por D. Miguel Gutiérrez.....	65
Variedades, por D. R. Alvarez Sereix. ....	82
Revista de teatros, por Ramiro .....	91
Novelas norte-americanas: El coronel.—Mi suegra (continuación)...	101
Crónica política, por S.....	108
Revista extranjera, por A.....	117
Boletín bibliográfico.....	124

30 DE JULIO DE 1885

El Príncipe de Bismarck ante la Dieta de Francfort, por D. Roberto Dupuy de Lôme.....	131
Juegos literarios, por D. M. Gutiérrez.....	147
Extinción de la Orden de los Templarios en la Corona de Aragón (conclusión), por D. Buenaventura Hernández Sanahuja.....	174
Memoria sobre el tema X del cuestionario de la comisión para la me- jora de las clases obreras, por D. Benedicto Antequera.....	188
Variedades, por D. R. Alvarez Sereix.....	211
Revista de teatros (continuación), por Ramiro.....	217
Novelas norte-americanas: El coronel.—Mi suegra (continuación)...	226
Crónica política, por S.....	238
Revista extranjera, por A.....	245
Boletín bibliográfico..	253

## 15 DE AGOSTO DE 1885

	Páginas
Don Rodrigo en la horca, por D. Javier Ugarte.....	257
Memoria sobre el tema X del cuestionario de la comisión para la mejora de las clases obreras (conclusión), por D. Benedicto Antequera.	269
La Oda (continuación), por D. Miguel Gutiérrez.....	293
Los escándalos en Londres, por D. José Jordana y Morera.....	308
Para el álbum de M. S., por D. Manuel del Palacio.....	314
Historias increíbles, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	315
Variedades, por D. R. Alvarez Sereix.....	333
Revista de teatros (continuación), por Ramiro.....	341
Novelas americanas: El coronel.—Mi suegra (continuación).....	350
Crónica política por S.....	362
Revista extranjera, por A.....	372
Boletín bibliográfico.....	380

## 30 DE AGOSTO DE 1885

El lujo y sus desastrosas consecuencias, por D. Francisco de P. Vilanova y Pircueta.....	385
Historias increíbles (conclusión), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.	408
En el país de los pobres (romance), por D. Rafael González.....	421
La Oda (continuación), por D. Miguel Gutiérrez.....	433
El Príncipe de Bismarck ante la Dieta de Francfort (continuación), por D. Roberto Dupuy de Lôme.....	445
Variedades, por D. R. Alvarez Sereix.....	470
Novelas norte-americanas: El coronel.—Mi suegra (continuación)...	481
Crónica política, por S.....	493
Revista extranjera, por A.....	503
Boletín bibliográfico.....	509

